





MAS ALLÁ DEL TIEMPO

JOHN E. MULLER



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



John E. Muller

MÁS ALLÁ DEL TIEMPO

Título original: *Beyond Time*
John E. Muller, 1962

INTRODUCCION

Si un hombre de 1920 hubiera cogido un periódico de hoy, lo habría tomado por un relato de ciencia ficción. De la misma manera, si un hombre de 1960 pudiera enfrentarse con un periódico nacional de dentro de treinta años, movería su cabeza y lo leería considerando todo su contenido como algo rotundamente descabellado.

Interrupción. Pensamiento. Asombro.

Una cosa normal para el mañana sería un milagro hoy. Una cosa normal en nuestros días fue un milagro ayer. La mayoría de las cosas cambian, algunas más aprisa que otras. Lo que cambia más lentamente es la naturaleza humana.

La espada dio paso al revólver, pero la mano que sostiene el revólver no es ni más valiente ni más cobarde que la que sostuvo la espada. El revólver da lugar al rayo de calor y barrenero de energía, pero la mano que lo sostiene sigue perteneciendo a un héroe o a un cobarde.

El mayor drama del mundo es el drama “humano”, El pueblo es todavía fundamentalmente pueblo. Los hombres del espacio son parte integrante del pueblo. Tendrán también nuestros problemas humanos dentro de cien años.

Esta es la historia de un pueblo del futuro que se enfrenta con problemas básicos, como los nuestros, es un medio ambiente más complejo.

CAPITULO PRIMERO
PRIMERA ORBITA

Leslie Scott, tan inflexible y tan del Norte como su nombre indica; Paul Tregarth, de Cornualles; Dai Morgan de las montañas de Gales; Tim O'Riley de Dublín, y el campechano *cockney* Bob Walters, estaban esperando en el campo de pruebas de Wiltshire.

Mientras esperaban, leían distintos números de diferentes periódicos.

—¡Muy bueno, hombre, escuchad lo que dicen en el *Bugle*! —indicó Leslie, rompiendo su acostumbrado e inflexible silencio mientras leía en voz alta sosteniendo el periódico en sus manos.

«*Daily Bugle*, viernes, 6 de julio de 1962. Mañana, cinco atrevidos astronautas del Reino Unido intentarán ponerse en órbita de la Tierra. El nuevo combustible del profesor Jennings, que todavía es uno de los secretos más celosamente guardados dentro de la tecnología del espacio británica, se sabe será empleado en el lanzamiento de cohetes, para seguir el sistema de tres plataformas normal.

»Un vehículo experimental de mando automático aterrizará dentro de doscientas yardas de área objetivo, y se espera que cuando los cinco voluntarios sean lanzados mañana, las condiciones serán tan satisfactorias como lo fueron previamente.

»El profesor Jennings, quien está al mando del proyecto, tiene depositadas todas sus esperanza» en el perfecto funcionamiento de cohete ya que todos los detalles serán mera rutina. Mensajes de estímulo han sido enviados desde Europa Occidental y América. Si el proyecto es un éxito, ello significará una gran vindicación al nuevo combustible del profesor Jennings. Los cinco héroes...» —Hizo una pausa para intercalar unas palabras—: ¡Vaya, nuestras fotografías! «...son el capitán Leslie Scott, bien conocido por su servicio en la aviación civil. El capitán Scott tiene 43 años», no está mal la fotografía —dijo Leslie con una mueca—. «El oficial aviador Paul Tregarth, de Cornualles, que tiene 39 años. El doctor Dai Morgan, de la Universidad de Cardiff, de 37 años. El profesor Tim O'Riley de la Universidad de Dublín, de 41 años, y el capitán Bob Walters, de Londres, renombrado piloto de pruebas, que es el *peque* del grupo, de 35 años.»

—¡No me gusta tu fotografía, Bob! No se ven los cuatro pelos que luces en tu linda cabeza.

—De acuerdo, ranúnculo —respondió Walters con una mueca—, la hierba no crece en una calle muy frecuentada, ¿no lo sabías,

compañero?

Leslie Scott quedó silencioso contemplando el periódico.

—El *Blare* tiene también algo que decir al respecto, amigos —dijo el oficial aviador Paul Tregarth—. ¡Escuchad! Uno puede confiar en lo que dicen en el periódico *The Blare*!

Nadie discutió su indicación y Tregarth comenzó a leer.

—«Día Orbita. Mañana, siete de julio de 1962, cinco heroicos astronautas serán lanzados al espacio», me gusta lo de *heroicos astronautas*, ¿eh?

—¡Cabeza de chorlito! —exclamó Leslie Scott haciéndole una mueca.

—A ti te gusta lo mismo que a mí —dijo Tregarth—, no vengas con cuentos.

Era el tranquilo gigante de Cornualles, de hablar agradable y suave. No había nacido todavía el hombre que no pudiera llevarse bien con el oficial aviador, Paul Tregarth. Estaba hecho del mismo material de héroes que había producido a Francis Drake y Hawkins.

—¿Y qué me decís del *The Globe*, pues? —dijo Dai Morgan—. Verdaderamente sensacional. ¡Escuchad esto, chicos!; «Riesgo de vida o muerte para cinco astronautas. Gallardos héroes que serán lanzados en órbita, Scott, Tregarth, O'Riley, Morgan y Walters, arriesgando sus vidas en el combustible de Jennings». Casi suena dramático, ¿no os parece? —dijo sonriendo infantilmente—. ¿Os dais cuenta de que si fuéramos la mitad de valientes de lo que todos aseguran, poseeríamos tantas medallas y condecoraciones que la nave no podría despegar?

Jim O'Riley estaba leyendo el *Daily World*.

—¡Ah!, aquí hay una fotografía mía —dijo, con aquella su mueca amplia, ladeada, tan irlandesa. Tim O'Riley tenía unos ojos de mirada audaz, de color gris azulado. Era una especie de extracto o personificación del impetuoso chico colonial. Toda la rudeza de la sangre gálica y céltica corría por sus venas. Luchar en el espacio, o con un hombre a puñetazo limpio, significaba poca diferencia para Tim.

—¡Hombre! ¡Menuda fotografía! ¡Es espléndida! —repitió, más para sí que para los demás—. Escuchad lo que *The Daily World* dice de nosotros: «Cinco hombres excelentes arriesgan su vida para probar el combustible de Jennings». ¡Me gusta eso! Me gusta que me llamen *hombre excelente*, ¿y tú, Bob?

Bob Walters, sonrió.

—A mí no —repuso—. No acostumbran a llamarme *hombre excelente*, excepto un magistrado.

—Ah, vamos. ¡Eres tan excelente como pueda serlo cualquier otro. ¿Y hablando de todo un poco, qué estás leyendo?

—Para variar un poco, he cogido el *Daily News* —dijo el *cockney*—. Generalmente acostumbran a ensalzarme en mis vuelos de pruebas ordinarios, o sea que, no sé qué van a decir ahora. —Los titulares en negro fuerte encabezaban aquel artículo en primera página: «Atrevido piloto de pruebas dirige a un grupo espacial del Reino Unido para colocarse en órbita». ¡Ahí va! —dijo Bob—. ¡A cada cual lo que le corresponda! Me gusta lo de *dirige*.

—Hombre, ya sabes por qué lo dicen, ¿no? —dijo Tim O'Riley, en su tono acostumbrado—. Es porque esos escritores de ciencia ficción son tan astutos de presentar en todos sus escritos a un capitán al mando de sus naves. No son capaces de comprender que un equipo formado por cinco hombres científicos pueda arreglárselas sin un oficial capitán. Y debido a que tú eres un piloto de pruebas piensan que tú estás al mando de esto.

—¡Y a mí qué! —dijo Bob—. Esto no es más que una innovación periodística!

—Ah, eso sí que es una frase espléndida para la mañana de un viernes —exclamó Tim O'Riley.

—Desde luego, caramba —dijo el doctor Dai Morgan, de la Universidad de Cardiff—. ¡Una espléndida frase, mira!

—Oh, esa sí que es una palabrita hermosa de usar —concedió también el capitán Leslie Scott.

Tregarth se limitó a sonreír silenciosamente.

La puerta de la habitación donde se hallaban los astronautas fue abierta dejando paso al profesor Jennings.

—¡Buenos días, caballeros! ¡Confío en que todos ustedes se encuentren bien!

Sebastián Jennings parecía un renacuajo apoyado sobre sus patas. Tenía una enorme cabeza que parecía estar en proporción directa con su fantástico talento.

—¡Buenos, Sebastián! —respondió Bob Walters.

Más bien prefería llamarle Jennings, pero poseía un malévolo sentido del humor, y sabía que Jennings se ponía malo cada vez que se oía nombrar por su nombre de pila. Jennings le dirigió una mirada aguda, durante un segundo, pues a pesar de su talento, más bien estaba libre de aquel sentido del humor que acostumbra a habitar en los mortales vulgares.

—¿Qué os parece si damos un último repaso, chicos?

—Bien, por mí que no quede —repuso Tim O'Riley—. ¿Cuál es la

opinión del resto de la asamblea?

—O.K., estamos conformes con oírlo de nuevo —dijo Leslie Scott —. No podemos pensar en otra cosa, debemos reconocerlo.

—Vale, vuelva a repetirnos todas sus indicaciones, amigo —dijo el rudo hombre de Cornualles, con una sonrisa.

—Estoy deseando oírle de nuevo, desde luego —contestó a su vez el doctor Dai Morgan, de la Universidad de Cardiff.

Sebastián Jennings paseó la vista por todos los periódicos que habían estado leyendo sus colegas.

—Veo que vuestra próxima escaramuza hacia la eternidad no os ha desposeído de vuestro entusiasmo por las glorias de la fama mundana —dijo en un tono ligeramente sarcástico.

—Nunca me cansaré de la fama mundana —respondió Bob Walters —. Nunca. Oh, no podré leer lo que inscriban en mi tumba, ni podré leer mi esquela, pero desde luego pienso leerme todo lo que digan de mí mientras yo esté aquí para divertirme con ello.

—¡Ja, ja! Estos son sentimientos verdaderamente loables, puedes estar seguro, caramba, hombre —dijo O'Riley.

—Me siento inclinado a opinar más o menos lo mismo, de cualquier modo —dijo Morgan.

—La mejor época para disfrutar de la vida, es mientras estás vivo —dijo el de Cornualles, con una grave sapiencia local que saltaba a la vista por su sencillez.

El capitán Leslie Scott, el hosco norteño, sonrió enigmáticamente para sí.

—De acuerdo, pues, caballeros —dijo Sebastián Jennings, en un tono de voz más bien profesional—. Volveré a repetiros las cosas, rápidamente, escuetamente, y tal vez podamos hacer un pequeño cuestionario, al terminar. Mañana es el día previsto para que seamos lanzados ..., o mejor dicho, para que seáis lanzados al espacio, y deberé ser yo quien os haga despegar, en el primer intento del Reino Unido hacia los espacios siderales, en un intento de colocaros en órbita. Pruebas anteriores han sido un verdadero éxito llevando a bordo uno o dos hombres, rusos o americanos, pero no se ha pasado de aquí. Nosotros creemos que un equipo formado por uno o dos hombres incluso por tres hombres, sería inadecuado para los pesados trabajos que debe realizar todo buen equipo de astronautas exploradores. Hemos creído que aumentando el equipo podemos hacer correr la carga, lodos estamos interesados en diferentes esferas del programa de investigación. Todos vosotros sois expertos en distintos campos, el profesor O'Riley, de Dublín es uno de los matemáticos más

expertos del mundo. El capitán Walters, uno de los tres pilotos de pruebas mejores. El doctor Dai Morgan figura entre los primeros físicos mundiales. El capitán Leslie Scott, del departamento de investigación científica de la Armada, amablemente cedido a nuestro propósito, es un químico de internacional reputación ...

—Oh, no —protestó Scott.

—¡Oh, sí! —contradijo Jennings, con una sonrisa—. No me salgas con falsa modestia a estas horas, capitán.

El rudo Scott se encogió de hombros.

—¿Y yo qué? —preguntó Tregarth—. ¿De qué se me supone experto?

—Vaya, jamás hubiera creído que te hubieran olvidado con una reputación como la tuya... —dijo Jennings, sonriendo suavemente—. Cuando he dicho que el capitán Walters era uno de los tres pilotos de pruebas mejores, te he incluido a ti entre los otros dos. Acuérdate de todo lo que hiciste mientras estuviste en la R.A.F.

—¡Muy amable! Pero, sin embargo, yo sé que todo eso no es cierto —respondió Tregarth, sintiéndose ligeramente incómodo.

—Querido amigo: Nos sentimos muy modestos esta mañana. ¿Pretendes decirme que todos estos periódicos no se os han subido a la cabeza como yo suponía? En confianza creía que os lo habíais tomado de otra manera.

—Oh, tenemos suficiente confianza en nosotros mismos y no necesitamos que nos lo digan los de Feet Street —replicó Scott.

Sebastián siguió con el punto siguiente:

—Mañana, caballeros, a las 10, según horario Greenwich, nuestra nave JX2...

—Supongo que eso de JX debe querer decir: *Jennings Experimental*, ¿no? —preguntó Bob Walters.

—Eso es —repuso Jennings—. Ved, caballeros, que 110 pretendo ocultarme bajo falsa modestia, tampoco. ¿Se os ocurre un nombre mejor?

—Realmente, no —replicó el piloto de pruebas.

—Bien, como íbamos diciendo —prosiguió Sebastián—, la JX2 será lanzada al espacio y se colocará, si todo va bien, en órbita alrededor de la Tierra. Después de haber dado un poco más de una vuelta alrededor de la Tierra, seréis recogidos en el Atlántico a unas cincuenta millas al oeste de la costa Oeste de Irlanda. Las condiciones son favorables. Hemos recibido un buen informe del servicio meteorológico y, salvo repentina variación del tiempo, todo se desarrollará tan convenientemente como se ha previsto para este viaje

en el vacío.

—Estás empezando a hablar como todos esos periódicos —dijo Leslie Scott.

—¿De veras? —murmuró Sebastián Jennings—. Por Dios que no es mi deseo. Creo que toda esa publicidad me ha excitado más de la cuenta.

—Bueno, ¿vamos a dejar tod0 eso de la publicidad para cuando hayamos regresado, eh? —dijo Scott.

—Magnífica idea —contestó Jennings—.

Absolutamente magnífica. Bien, caballeros, ¿alguna pregunta?

—No creo que hayas venido a darnos un compendio de todo —dijo Scott—. Has venido únicamente para comprobar si todo estaba en orden, y para asegurarte de que ninguno de nosotros se había fugado. ¿Por qué no vas a ver lo que las polillas han hecho en tus preciosos depósitos de combustible, y que la ratas no estén intentando agujerear de dentro afuera o viceversa nuestra nave. Mira, chico, nosotros estamos todos bien. Somos magníficos, excelentes; somos tan felices como los cinco negritos...

—Tal vez podamos escribir una nueva estrofa para la vieja canción de cuna —dijo el incorregible Jennings—. «Cinco negritos, viajando en una nave...»

—«El profesor Jennings habló demasiado y los derrotó» —añadió el escocés, terminando la estrofa por él.

—Ahí va otra —anunció el irlandés:

«Cinco pequeños astronautas, viajando por el espacio».

«El combustible de Jennings explotó y de ellos jamás se supo».

—¡Dios mío! —dijo Sebastián—. Espero que tus palabras no sean proféticas, mi querido profesor O’Riley.

—Ah, sea lo que sea, no he sido nunca profeta —respondió el irlandés, pero él no podía saber cuán extrañamente cierto sería el final de aquella estrofa que acababa de decir.

CAPITULO II
LA NUBE GRIS

Sábado, siete de julio de mil novecientos sesenta y dos, cinco hombres tendidos en el suave y blando acolchado. Cinco hombres, cada uno con sus propios pensamientos esperando a que el sexto hombre, afuera en el hangar apretara el contacto. Una nave alta, brillante, construida con tres plataformas, de berilio y cesio, construida con las aleaciones más poderosas y resistentes al calor conocidas por el hombre. Cinco hombres en un continente esférico que les colocaría en órbita alrededor de la Tierra.

—Me siento como una carpa dorada en una linda pecera —exclamó Tregarth.

—Bueno, esperemos que no hayan gatos por aquí —repuso Leslie Scott con su voz inflexible.

El doctor Dai Morgan, el físico galés sonrió para sí mientras se recostaba en la confortable almohadilla. Tim O'Riley, el profesor de matemáticas de Dublín, estaba tarareando un trozo de la canción *Wearing of the Green*. Bob Walters contemplaba el cronómetro situado sobre su cabeza.

—¿Sabéis una cosa, chicos? Si esto fuera un film de ciencia ficción algún comediante empezaría a decir: «Cero menos un minuto»

Y, como si aquellas palabras hubieran sido una señal, la radio empezó a sonar dentro de la cabina:

— *Cero menos un minuto*...

Todos soltaron la carcajada, Bob Walters había sabido cronometrar al segundo su observación. Lo había hecho deliberadamente. Había querido suavizar la tensión que pudiera reinar entre sus compañeros. Cada hombre tenía sus propios pensamientos. Walters estaba recordando su infancia, en el arduo barrio pobre del East End de antes de la guerra, su infancia durante la depresión... Su talento y el permiso del Consejo del Condado londinense, le habían llevado hasta la Universidad y de ésta a las fuerzas aéreas, y de aquí a la tarea de piloto de pruebas que él había realizado tan bien.

Por una extraña coincidencia todos ellos estaban pensando en su infancia. Tim O'Riley estaba retrocediendo, mentalmente, unos cuarenta años, a su más tierna infancia en la Isla, verde. Se veía a sí mismo cuando chico, un menudo chiquillo en brazos de su madre, luego empezando a andar, más tarde creciendo. Se acordaba de sus correrías por las escarpadas colinas, viendo a las mujeres de tierra adentro recociendo patatas, oyéndolas hablar un lenguaje que por lo

particular no conoce ningún extranjero... Había visto el sol poniéndose en la bahía Galway; se había sentado al lado de fuegos de turba; su infancia había sido muy pobre, pero desde luego muy feliz.

Dai Morgan había crecido en Rhondda. El recuerdo que guardaba de su infancia, unos treinta años atrás, eran recuerdos de coros de iglesia, y poesía, y grandes montones de grasa negra, hombres sudorosos y pobreza. Dai Morgan había tenido una despierta inteligencia que le habia permitido recorrer un largo camino desde aquellos lejanos días.

Leslie Scott era el hijo de un pastor de Highland, y su familia poseía un árbol genealógico que se remontaba a seiscientos años atrás. Estaba pensando en las pendientes de las colinas y en los valles y en los brezos al anochecer...

Paul Tregarth estaba pensando en su herencia de Cornualles; pensando en los hombres del Sur, pensando, bastante extrañamente, en el animado poema sobre uno de los mayores hombres de todos los tiempos: Drake. Sus estrofas iban pasando por su mente en curioso desorden:

Drake está en su hamaca, y a mil millas lejos.
Capitán, ¿estáis vos durmiendo ahí abajo?
Oscilando entre la bahía de Nombre Dios.
Y *soñando todo el tiempo en Plymouth Hoe.*
Llevad mi sombrero a Inglaterra...

Aquella última estrofa le martilleaba el cerebro una y otra vez.

Llevad mi sombrero a Inglaterra; llevad mi sombrero a Inglaterra.

Si no regreso, pensó, no habrá nadie que se ocupe de llevar mi sombrero a Inglaterra, pero habré hecho algo por Inglaterra, regresemos o no.

Su mente retrocedió de nuevo a su infancia. Cuevas, escabrosas líneas de la costa, playas y lanchas pesqueras, y un poco de contrabando también. A su rústica manera el hijo de Cornualles era un poco poeta:

Veinticinco caballitos trotando en la oscuridad.
Brandy para el clérigo, tabaco para el sacristán...

Parecía tan sencillo, tan acogedor, tan cotidiano, tan normal, y sin embargo, allí estaba, apenas sin saber por qué, descansando en la acolchada litera, el sábado siete de julio de mil novecientos sesenta y

dos, a punto de ser lanzado fuera de la faz de la Tierra…, literalmente hablando.

Sus vidas dependían del combustible de Sebastián Jennings y de las circunstancias que les rodearían una vez puestos en órbita.

—El próximo tren está a punto de salir, chicos —dijo el hijo de Gales, riendo tranquilamente.

Eran hombres valientes, que podían bromear en un momento como aquel de suprema tensión; la broma les ayudaba a aliviarla.

—¡Iza la escalerilla, Jack, ya estamos todos a bordo! —dijo Tregarth siguiendo la broma.

—Bueno, si deseáis que diga algo típico en mí, supongo que lo mejor que puedo hacer es decir: ¿regresaremos alguna vez? —dijo Leslie Scott. Y el tono que empleó hizo soltar la carcajada a todos sus compañeros.

—¡Ave, César! —dijo Bob Walters—. Los que van a morir, te saludan.

—¡Ave, Jennings! —dijo Dai Morgan—. Los que vamos a ser lanzados al espacio rogamos para que tu combustible sea tal cual Dios manda.

— *Cero minutos, treinta segundos* —anunció una voz a través de la radio como si fuera una respuesta a sus continuas bromas.

—Ha llegado la hora —dijo el *cockney*, Bob Walters— de hablar de muchas cosas, naves, y zapatos y cera para el techo, y si las cerdas tienen alas…

—Si las naves espaciales tienen alas —dijo Dai Morgan—, míralo, chico, ésta sí tiene. Será un horrible anticlímax si cayera plano sobre su cara, ¿no?

—Verás, no creo que tuviéramos cara alguna si eso sucedía, de cualquier manera —protestó Leslie Scott.

—Eso suena tan alegre como un chico a bordo de una nave y en medio de una gran tormenta, diciendo: «Oiga, capitán, me parece oír las rompientes. Debemos estar cerca de las rocas» —dijo el de Cornualles.

— *Cero minutos veinte segundos* —anunció la radio. Era como la voz de la sentencia.

— *Cero minutos diez* —anunció la radio.

—Demasiado tarde para retroceder —dijo Bob Walters haciendo una mueca.

—Atención, todos a tierra los que van a desembarcar. Caramba —dijo Tim O’Riley.

Después de esto nadie dijo nada.

Nueve.

Walters no era precisamente demasiado devoto, pero empezó a rezar. Los pilotos de pruebas lo hacen con cierta frecuencia. Los hombres que viven con el peligro conocen esta necesidad de rezar.

Ocho.

El profesor Tim O'Riley, el brillante matemático de Dublín, empezó a rezar también. Había encontrado la respuesta a su pregunta acerca de la eternidad a través del estudio de las altas matemáticas. Su respuesta al problema planteado por los metafísicos era observar el universo entero con la suprema atención en la mente de un supremo matemático, pero él sabía que en cuanto a sus ensayos sobre el infinito, apenas había alcanzado el borde de todo lo que se conocía.

Dai Morgan había sido profundamente religioso durante su infancia. Había crecido en la religiosa región de Gales. La Capilla del Valle había formado parte integral de su vida desde que fue suficientemente mayor para tomar en consideración pensamientos conscientes. Como físico, su estudio de la ciencia, y las maravillas del universo físico, le habían puesto en concordancia con el Infinito de la misma manera que el profesor Tim O'Riley habíase puesto en concordancia con el lado matemático de la Divina Creación. Los científicos verdaderos, hombres de prominente genio, como O'Riley y Morgan, sabían que la antigua controversia entre la religión y la ciencia había sido resuelta. Ya no era algo paradójico para sus mentes que un hombre pudiera ser a la vez científico y un hombre de fe. Lejos de conocer todas las respuestas, los científicos de su calibre sabían que ellos estaban tan sólo empezando a aprender en cómo hacer una pregunta. Y todas las preguntas parecían estar apuntando a algo… al Gran Principio sin Origen. Algo detrás de todo. Algo detrás de todas las cosas… Algo más allá del Tiempo. Algo más allá de la Eternidad. Algo que podía ser únicamente llamado Dios.

Siete.

Paul Tregarth deseaba vivir, volver a ver la Tierra de nuevo. Amaba él el buen país rojo-castaño y los árboles y las flores. Amaba el mar, las naves, las rocas, la bahía, las cavernas y las voces de los pájaros marinos, y el viento a través de las cumbres de los riscos. Amaba los páramos y la alta montaña; amaba Devon y Cornualles, y la región del Oeste. Sentía que era parte de sí mismo y que él era parte de todo aquello, y aunque se había alegrado de poder tomar parte voluntariamente en aquel viaje, como copiloto de pruebas, aunque se había alegrado de prestar su especializado conocimiento a la Corporación de Desarrollo de naves espaciales del Reino Unido,

dirigido por Jennings, seguía rogando todavía poder regresar sano y salvo a la tierra de las flores, árboles verdes, pastos y pequeñas embarcaciones que moteaban de blanco el mar azul. Deseaba ver de nuevo los arenques en las redes. Deseaba oír otra vez las finas voces de Cornualles. Quería ver a los pescadores de músculos de hierro tirando las redes; quería sentarse de nuevo a la sombra de su pequeña taberna favorita en St. Austell y beber una pinta de dulce sidra. Quería volver a probar el delicioso sabor de la crema de Devon y; de los pastelillos de Cornualles. Había tantas cosas buenas en la vida, que él deseaba fervientemente poder volver a ellas.

Seis.

El capitán Leslie Scott era un estricto creyente en servicio. Para él aquello era hijo de la severa voz de Dios. Sabía, sin esconderse tras una falsa modestia por un lado, o pretendiendo hacer uso de una petulancia fuera de lugar, por otro, que él poseía un cierto conocimiento especializado vital en su comando. Supo que era su deber ofrecer aquellos conocimientos al proyecto de Orbita del Reino Unido. Cumpliendo con su deber sentía que mantenía su fe puesta en Dios y en los hombres y, ante todo, él deseaba *mantener su fe.* Ahora que se encontraba tan cerca, mucho más cerca que nunca, de las garras de la muerte, deseaba ser capaz de enfrentarse con esas garras con el conocimiento dentro de sí de que había cumplido con su deber…

Cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

El chasquido de la radio fue ahogado por el rugido del cohete cuando se conectó la primera plataforma del mismo. Por un segundo no sucedió nada, aparentemente; la gran nave sufrió una sacudida como se sacude un perro cuando sale del agua, tras haber cogido la prenda que su dueño había, arrojado al río, y luego, tras sacudirse, corría adelante; avanzó adelante como un perro corre hacia su dueño que le recibirá con afecto y al cual conoce y ama. Las suaves almohadillas de las literas parecían absorber dentro de sí a los hombres que estaban tendidos en ellas. Estaba magníficamente diseñado para contrarrestar la aceleración poderosamente multiplicada. El *cockney* Bob Walters tuvo la sensación de caer en una montaña de plumas, y que iba navegando entre ellas hasta que venía a descansar en la cima de aquella montaña, para ser quietamente sofocado por el montón de plumas que iban cayendo para llenar el agujero que había hecho su cuerpo al descender.

Tim O'Riley opinaba de la situación, para, sí mismo, que parecía estar *nadando en melado*. Se imaginaba lo que sería caer en una gran

masa de melazas suaves, calientes… No era desagradable pero participaba con Bob Walters de una sensación más bien enervante de la cual no sería la mitad de fácil el salir sin pasar de nuevo por aquella sofocación. Se repetía una y otra vez que las almohadillas aquellas no habían sido diseñadas para ahogar a aquellos que debían usarlas.

Dai Morgan se imaginaba estar sentado en la cima de un montón de suave cereal en el suelo de los malteados, y que el montón había descendido bajo él en un gran colador. Se iba hundiendo en el grano y con el grano. Era una sensación muy extraña. Sentía un ligero hormigueo ligado a la otra sensación, singular más que desagradable, y muy peculiar. Paul Tregarth estaba sentado, en imaginación, en un montón de suave arena seca. Más suave que ninguna clase de arena que hubiese conocido en su vida y en la cual se hubiera sentado anteriormente. Luego su imaginación se tambaleó y le pareció hundirse en un gran pantano negro.

Leslie Scott, descendiente como era de una estirpe de pastores, se imaginaba a sí mismo al lado de las ovejas. Estaba encima de un gran montón de copos de lana, hundiéndose más y más en la gloriosa fibra natural. La aceleración fue igualándose gradualmente. Salieron de su lana y melado, fuera de sus pantanos y de los montones de arena, y de los de grano hasta recobrar el debido sentido común otra vez.

Mientras, las sensaciones que los hombres habían experimentado habían sido muy agudas, pero la realidad había llegado en su rescate. Era bueno saber que la suave, sustancia que le rodeaba a uno era únicamente una almohadilla de goma-espuma especialmente preparada y brillantemente rellenada y diseñada, después de todo.

Tan grande había sido la fuerza de la aceleración que casi habían quedado sumergidos dentro del acolchado. Este había sido tratado y probado muchas veces en aceleraciones artificiales y ahora acababa de pasar su última prueba con ondulantes colores.

—¿No habéis experimentado una sensación extraña? —decía el *cockney*—. Creía estar en un montón enorme de fiebres extrañas.

—¡Oh!, creía que ibas a decir algo sobre las *Cuarenta mil fiebres en un arestín* —dijo Scott—. ¿No es una cosa que acostumbran a decir tus hombres de Londres?

—Oh, bien, pero no tiene ni punto de comparación con eso de *es una hermosa, brillante noche de luna*, la noche o cualquier otra expresión por el estilo que acostumbran a emplear los individuos del norte de la frontera, como tú —dijo el piloto de pruebas *cockney*.

—¡Empate de tantos! —concedió el escocés—. He tenido una extraña sensación. Me parecía estar encima de un montón de suaves

copos de lana.

—Yo tuve la sensación de encontrarme en la playa, amigos, en una playa de suave, fina y cálida arena —dijo el de Cornualles.

Se contaron unos a otros sus experimentaciones mentales durante su zambullida en la almohadilla.

—Qué gracioso, mientras realizamos las pruebas en la rueda móvil, nunca tuve esa misma sensación. Sólo me daba cuenta de la suavidad y de la almohadilla —dijo el *cockney*.

—Lo mismo que yo, desde luego —dijo el matemático de Dublín.

—Lo cual, sólo llega a demostrar, de todas maneras —dijo el galés —, que hay una diferencia muy importante entre la teoría y la práctica en cada escuela de la vida. No importa lo. que hagas, nunca es lo mismo cuando debes hacerlo realmente, en la práctica. Si comprendéis lo que quiero decir…, recuerdo que una vez cuando era un chiquillo en Eistedford hacía ensayos a horas, consiguiendo lo que pretendía y cuando tuve que hacerlo realmente en la plataforma delante de toda aquella gente, no fui ni la mitad de bueno que cuando yo lo había ensayado. Gracioso, ¿verdad? Otro tipo que conocía no era capaz de hacer nada bien en los ensayos, pero cuando veía a la multitud a su alrededor se sentía inspirado. Y lo hacía brillantemente. *Brillantemente*. ¿Curioso, eh?

—Sí, la diferencia entre la teoría y la práctica —dijo el escocés—. Toda la diferencia en el mundo, amigos míos.

Se levantaron de las literas y moviéronse cuidadosamente por el vehículo espacial. Su interior era algo vagamente parecido a una especie de batisfera.

—Es como si fuera el velador de un faro, ¿no os parece, chicos? — dijo el galés.

—Puede ser, puede ser —replicó el irlandés—.. ¿Has cuidado alguna vez un faro, pues, Dai?

—No, cuidar lo que se dice cuidar, no realmente. Pero he estado dentro de uno. No de esos que están en el mar, sino de los de tierra. Es un lugar realmente curioso. El mobiliario ha de ser adecuado para acoplarse a su estructura redonda, sabes? Creo que han de hacerlo especialmente.

Miraron la Tierra…

Naturalmente era una visión muy extraña. Estaban mirando la Tierra objetivamente. Sentían de una manera extraña, casi psíquica e imponente que ya no pertenecían a ella. Ya no sería más *su Tierra*, sino simplemente *la Tierra*.

Todo hombre siente afecto por el planeta en que vive, se mueve y

tiene su existencia. Amamos a la Tierra de una manera que no podremos amar jamás a la Luna porque nunca hemos puesto los pies en ésta. Esa era la sensación que embargaba a aquellos hombres en aquel momento. Marte, Júpiter, Venus, Urano, Saturno, Neptuno, Plutón. Los celestes cuerpos eran solamente celestes cuerpos. Eran estrellas y planetas con nombres Betelgeuse, Castor y Pollux, aquellas cosas, eran estrellas..., luces en medio del cielo, por lo que a emociones se refiere... No formaban parte del mundo de los hombres y ahora, los cinco atrevidos astronautas sentían que, si bien no iban a salir de la benigna influencia del campo de benevolente gravedad de la Tierra, ellos iban, sin embargo, alejándose del entrañable contacto personal con la Madre Tierra que es la subconsciente patrimonialidad de toda criatura humana que respira. El sociólogo y el sicólogo pueden probar de forma bastante conclusiva, empíricamente y de otra manera, que la mente humana, el organismo humano, debe ser miembro de un grupo. Cada entidad individual humana debe ser capaz de decir *yo pertenezco*...

Debe tener un grupo al que pertenecer. Las relaciones sociales son, en mucho, parecidas a un modelo de aros concéntricos. Ahora por vez primera, los hombres del espacio se daban cuenta de que ellos necesitaban pertenecer al planeta. Cada uno se sentía intensamente derrotado en su interior, por primerísima vez, vencido, mucho más de lo que se habían sentido cuando niños en la primera ocasión en que tuvieron de alejarse de su madre por unas horas para estar en un jardín de infancia.

El grupo perteneciente más básico de todos, un hombre y su planeta, habían sido separados por lo que a ellos competía; separados por el frío, aterrorizador y prohibitivo espacio...

No se parecía en nada a la sensación que se experimenta al ir en avión. Ordinariamente los vuelos atmosféricos difieren sólo ligeramente del ascenso a un alto edificio, montaña o a la copa de un árbol; pero aquella sensación era nueva.

Leslie Scott la resumió con directa y potente simplicidad.

—Me siento como un niño pequeño que se ha perdido, sólo que algo peor —dijo, y los demás movieron la cabeza afirmativamente comprendiéndole.

Paul Tregarth fue el siguiente en hablar con su acento cerrado, de la región del Oeste.

—Es como la sensación que experimenta un hombre que se encuentra en un promontorio peñascoso, rodeado por mar por tres lados, y de súbito, mira a su alrededor y ve que la marea ha ido

subiendo separándole, de manera que se encuentra rodeado por todas partes de agua y él sabe que tendrá que permanecer allí hasta que baje la marea de nuevo. Los hombres por ser hombres, y el miedo por ser miedo, él se pregunta si la marea bajará o si, por el contrario, llegará a cubrir la parte más alta de las rocas en las que él permanece.

—Muy bien expresado, amigo —acordó Dai Morgan—, muy bien expresado, desde luego; seguramente este bien supremo es algo parecido a la soledad de las montañas de Gales, sólo que algo peor, puesto que no tenemos ninguna montaña debajo de nuestros pies. No tenemos nada más que una pequeña esfera de metal debajo de ellos. A veces había ido en una pequeña barca al lago de la montaña, que era profundo y negro, y más bien asustaba, ¿sabéis?; pues bien, a veces me encontraba pensando en que entre mí y aquellas aguas que me ahogarían, sólo había media pulgada de madera. Sólo media pulgada de maderamen entre yo y aquella terrible, profunda y negra agua. Esa es la sensación que experimento ahora... sólo hay una ligera capa de metal entre nosotros y el Infinito..., ¿comprendéis lo que quiero decir?

—Comprendo lo que sientes, exactamente, chico —respondió O'Riley—. Cuando un hombre se pasea por el solitario y maravilloso terreno de Killarney, cuando contempla los lagos y las cascadas, se siente solo con la Naturaleza, pero la sensación de la tierra, con los lagos y las cascadas a su alrededor le hacen comprender que no está realmente solo, por descontado. Recuerdo una vez, cuando era un chiquillo, que fui enviado al despacho del director de la escuela por alguna tontería cometida..., no me acuerdo exactamente de qué se trataba, y vi al salir de aquel horrendo salón, que habían dos o tres chicos más esperando su turno también. Empezamos a hablar de los motivos que nos habían llevado allí, uno por haber roto el cristal de la ventana, otro por haber contestado indebidamente a uno de los profesores jóvenes, y otro se había olvidado sus juguetes; entonces empecé a darme cuenta de que lo que yo había hecho, que, ahora me acuerdo, había sido olvidarme de hacer el deber, no era peor de lo que ellos habían hecho, y, como ellos dijeron, la desdicha desea compañía, y si a uno le ahorcan junto a otros cinco, la horca no es tan mala, pero si tienen que ahorcarte solo, ¡ah, amigos míos, es terrible!

—¡No lo sé! —dijo el *cockney*, Bob Walters—. ¡Nunca me han ahorcado!

—Dejadme terminar de explicar lo que estaba diciendo —exclamó el irlandés—, cuando uno anda por los lagos y páramos de Killarney, quiero decir alrededor de los lagos, no a través de ellos, se sobreentiende. —Paul Tregarth soltó una reprimida carcajada y el

rudo Leslie Scott se limitó a sonreír—. No se siente solo, ¿comprendes? —siguió el irlandés, tratando desesperadamente de seguir el hilo de sus pensamientos—. ¿Comprendéis? No está solo con la naturaleza, aunque esté solo con la naturaleza, sus otros hijos están allí también, mi hermano el lago, mi primo el páramo, mis tíos los árboles, mis hermanas la hierba..., ¿comprendéis? Todos somos hijos de la Naturaleza y sea como fuere su terrible presencia no es tan mala, pero aquí... he dejado a toda mi familia terrestre, los árboles, el lago y la hierba, mis hermanos y hermanas, los otros hijos de la Naturaleza, los he dejado atrás, allá abajo en la Tierra, porque no podemos llevarlos aquí en la nave. Esta nave en la que vamos, no tiene el menor parecido con un hijo de la Naturaleza, es hija del hombre, es un hijo de leche, es un cuclillo en el nido, y no se siente confort en su presencia. Los otros chicos que estaban conmigo en el despacho del director de la escuela eran amigos míos. Lamentaba lo que pudiera sucederles, pero cuando están dos o tres amigos juntos poco importa en realidad lo que pueda decir el director, pero aquí ,no tengo ningún amigo..., os tengo a vosotros, nosotros cinco, pero aparte de nosotros, estamos terriblemente solos. Ya conocéis la expresión matemática... *Infinito más uno, tiene un valor equivalente a cero*, e infinito más cinco, sólo puede tener el valor de cero multiplicado por cinco, sigue siendo cero...

El *cockney* Bob Walters estaba rascándose la cabeza.

—Tienes razón, Tim —dijo—, lo has definido muy bien. He tomado parte en una serie de vuelos de prueba, pero nunca en ninguno parecido a éste... ¡Estoy por decir que debo haber subido casi tan alto, y que debo haber ido casi tan aprisa, como ahora, pero nunca me había sentido tan solo! Volando en atmósfera normal a uno le parece estar menos solo que disfrutando de esta cosa con cuatro individuos más. Como tú has dicho, Tim, somos buenos compañeros, lo hemos sido para formar este equipo de trabajo; comprendemos que dependemos uno de los otros, comprendemos lo muy necesitados que estamos de gozar de la simpatía de los otros cuatro hombres que pueden darnos esa sensación de unión, pero..., es esa terrible sensación de separación lo que hace daño. Eso es lo que encuentro más difícil. Había experimentado algo parecido cuando era niño, correteando por la calle, exclamando: «Quiero a mamá». Ella probablemente había entrado en alguna tienda a comprar algo, sólo que yo no me había dado cuenta en cuál había entrado... Yo había visto a chiquillos en el mar frente a Brighton, andando arriba y abajo de la mano de un policía, lloriqueando y gritando que querían a su

madre. Más pronto o más tarde llegaba mamaíta al puesto de policía. Nunca se ha podido saber quién era más feliz, si la madre por encontrar al chiquillo, o éste por encontrar de nuevo a su mamaíta. Yo me siento igual que uno de esos chiquillos, y yo quiero a Madre Tierra. La quiero desesperadamente, pero no hay ningún policía que coja mi mano, a menos que pensemos en el viejo Sebastián Jennings como el policía, en quien debemos confiar para poder regresar a la Madre Tierra, y en lo pronto que demos la vuelta entera y regresemos, lo cual será lo que más celebraré. De todas maneras no siento como si perteneciera aquí arriba. Estoy interesado en las cosas del espacio, naturalmente, lo estoy. Creo que un viaje espacial es algo espléndido. Había una vieja canción, hace años, y que me divertía mucho, y que era algo así.

»No voy a contarla, porque no recuerdo la música, y no puedo recordar tampoco todas las palabras, pero recuerdo que era algo así —los demás escuchaban atentamente—. Se llamaba *Cualquiera, pero yo no* y resultaba ser un circo que había llegado al pueblo, y el dueño del circo se acercó a un chico y le dijo: dos tigres de bengala acaban de escaparse, chico, y el domador está muy enfermo, en la cama, ¿qué te parece si vas a tratar de hacerlos entrar? El hombre que consiga traérmelos de nuevo vivos, será un gran héroe, ¿comprendes? El tipo que le escuchaba dijo: Sí, claro, lo comprendo, es una magnífica ocasión para cualquiera, pero para cualquier otro, pero no yo.

»En el segundo verso varios chicos habían estado jugando a los dados, produciéndose una pequeña disputa por ello, terminando con varios disparos de revólver muriendo uno de los chicos, cayendo al suelo y todos comprendieron lo que pasaría excepto uno de ellos. Saliendo del fregado. Uno de ellos, desde fuera, dijo al chico que había quedado dentro: Alguien tiene que quedarse para afrontar los hechos y explicar a la policía lo que ha sucedido cuando vean que éste no está vivo, y el que lo haga obtendrá una gran notoriedad..., será una magnífica oportunidad para *cualquiera*. El chico que estaba dentro repuso: Sí, magnífica oportunidad para *cualquiera*, pero tendrá que ser *cualquier otro*, pero yo, no. Algo dentro de mí desea que hoy, sábado, siete de julio de mil novecientos sesenta y dos, pudiera estar sentado allá abajo viendo mi televisión y viendo que cualquier otro ha sido lanzado al espacio. Algo muy dentro de mí que me dice la verdad, la verdad con la que a veces temo enfrentarme, desea que yo estuviera allá abajo leyendo más o menos esto en mi periódico: «Estos tipos deben ser condenadamente valientes, deben ser maravillosos... o bien deben estar locos».

—Todos sentimos de igual manera —convino Leslie Scott—. Desde luego, todos nosotros sentimos lo mismo.

Durante unos minutos reinó el silencio. Entonces el grandullón y poderoso hombre de la región del Oeste, Paul Tregarth, miró hacia una de las ventanas.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¿Veis lo que veo yo?

Todos ladearon la cabeza levantándola ligeramente de la almohadilla de sus literas.

Delante de ellos había una espesa nube gris. Parecía como si estuviera compuesta de millones de diminutas partículas de polvo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Leslie Scott, retóricamente, puesto que sabía que ninguno de sus compañeros sabría contestar seguramente a aquella pregunta.

Sus compañeros estaban tan a oscuras respecto a la naturaleza de aquella nube gris como él mismo.

—Tiene el aspecto de una cosa extraña —comentó Tregarth.

—¡Dios mío! ¿Qué diantre puede ser? —exclamó Dai Morgan.

—¡Cáspita! —dijo Tim O’Riley.

—¡Repámpanos! —exclamó, sorprendido el *cockney*, Bob Walters.

Al cabo de un instante, al momento siguiente, la cápsula que había sido lanzada al espacio para colocarse en órbita, avanzaba hacia aquella extraña cosa, aquella rara nube, hasta entrar en aquella masa gris.

CAPITULO III
ATERRIZAJE DE EMERGENCIA

Lo gris les envolvió, la luz del ventanal frontal de observación desapareció; las luces de los demás puestos de observación desaparecieron también; y lo mismo sucedió con el puesto de observación de altura.

El capitán Bob Walters dio la vuelta a los conmutadores de luces de emergencia. Por una razón extraña aquella nube gris parecía absorber la luz que se emitía desde la cabina. Era como si absorbiera toda la energía radiante, como una esponja.

—¿Creéis que podría tratarse de alguna clase de nube compuesta por partículas cósmicas? —preguntó Bob Walters, dirigiéndose más bien hacia Dai Morgan, el brillante físico del país de Gales.

—No puedo estar ni remotamente cierto —respondió Morgan—, no me parecen precisamente átomos de polvo cósmico, y si lo son, ¿por qué diablos se han congregado precisamente aquí arriba?

—¿Crees que puede tratarse de alguna nueva jugarreta que los rusos se hayan sacado de la manga? —preguntó Bob Walters de nuevo.

—¿Qué quieres decir? ¿Algo parecido a lo del proyecto *Needles* que hicieron los americanos, sólo que en este caso sería el proyecto *Polvo*? ¿Qué objeto tendría, cuál sería el motivo? —preguntó Dai Morgan.

—Estaba preguntándome si sería alguna especie de experimento de comunicación —explicó Bob Walters—. Ya sabes, partículas sensibles alrededor de un pequeño vehículo retransmisor, que lanza señales.

—Oh, tú quieres decir algo parecido a un aparato detector —contestó Morgan—. Una nube de humo, formado por partículas de polvo metálico, que detectan la presencia de cualquier proyectil orbital o vehículo que pase a través de ellas transmitiendo inmediatamente. Una especie de sistema de alarma sólo que terriblemente perfeccionado...

—Eso es lo que estaba pensando —explicó el *cockney* Bob Walters.

—Parece muy factible y práctico —comentó convencido Dai Morgan.

—Nosotros no hemos conseguido nada parecido, que yo sepa. Pero ello no quiere decir que los rusos no hayan podido conseguirlo. Nunca se sabe lo que obtienen.

—Debe ser una nube muy grande, ¡cáspita! —dijo Leslie Scott—. Ya sabéis que ahora avanzamos a una velocidad superior a las 18.000 millas por hora. —Observó el cronómetro colocado en la pared—. Lo

cual significa que esta nube debe tener una extensión de varios centenares de millas, por lo menos.

—A menos que, naturalmente, esté *agarrada* a nosotros —replicó Bob Walters— y se mueva con nosotros. Puede que sea pequeña, si hemos tenido la desgracia de meternos en ella y hacer las órbitas con ella.

—Es posible, desde luego —dijo Paul Tregarth.

—Es posible, desde luego —repitió como un eco Tim O'Riley—, pero difícilmente se me ocurriría suponer que tenga alguna probabilidad matemática. Sabemos que todo es *posible*. Si sientas a un mono frente a una máquina de escribir durante treinta mil años, y el mono va pulsando las teclas guiándose por el ruido, existirá la posibilidad de que este mono llegue a escribir la Enciclopedia Británica, pero las probabilidades son tan remotas que podríamos decir que se hallan en una relación de infinito contra uno.

—Ya estamos otra vez con tus infinitos, ¿eh? —comentó Dai Morgan—, pero debo reconocer que estoy de acuerdo contigo, Tim, es una posibilidad.

Por unos instantes reinó el silencio en la cabina..., silencio y grisor.

—¿Creéis que pueda producirnos algún daño? —preguntó Bob Walters.

—Es difícil de decir, me parece —respondió Leslie Scott—, pero es posible, diantres, es posible.

—No parece habernos hecho mucho daño todavía —observó Paul Tregarth.

Dai Morgan estaba manipulando en uno de los mandos del tablero cuyo sensible contacto estaba conectado con la cáscara de la nave.

—No parece haber incrementado mucho el valor de la radiación —dijo—. Está solamente algo más de lo que estaba previamente..., no, ya vuelve a estar como antes, debemos haber atravesado una banda de cósmicos extrafuertes en este momento. ¿Muy extraño, no? Nunca había visto algo parecido; es algo totalmente desconocido para los físicos, ¿sabéis?

—No sé si está compuesto de partículas sólidas o si es alguna clase de gas gris, puedo asegurároslo —confesó Tim O'Riley.

—¿Has atravesado alguna cosa parecida a esto, alguna vez, Paul? —preguntó Bob Walters, interrogando al otro piloto de pruebas.

—En ninguna parte —dijo Tregarth—. Nunca he visto nada parecido, ni en la atmósfera, ni en la atmósfera superior.

—No, yo tampoco —replicó Bob Walters—. Esto debe ser uno de los pequeñuelos del espacio, y por su aspecto sabe defenderlos.

—He tenido una sensación verdaderamente extraña —dijo Leslie Scott—. ¡Caramba, una sensación muy extraña, chicos! ¡He tenido la sensación de que esa nube no pertenece a *ahora*!

—Pues, o no pertenece ella o no pertenecemos nosotros —dijo Bob Walters—. ¡Aquí no hay sitio para ambos! ¡Aquí no hay sitio para ambos! —repitió.

—Hay *algo* en esa nube…, y esto es sólo una especie de sensación intuitiva —dijo el escocés— que no se basa en nada, sólo es como una especie de presentimiento que los hombres exploradores acostumbramos a tener de vez en cuando, pues nos enfrentamos con un problema que no puede ser resuelto mediante las leyes naturales. La sensación que tengo es que esa cosa, esa misteriosa nube gris, nos va a perjudicar, es… —se interrumpió a media frase—, es difícil expresarlo en palabras, porque no hay palabras en ningún diccionario del mundo, que puedan describir esa sensación que estoy experimentando ahora. Puedo sentir los nervios en mi estómago retorciéndose y agitándose. Puedo sentir el pelo que se me eriza en el cogote. No me gusta eso, no, señor. ¡No me gusta! Es la clase de sensación que se experimenta cuando se está sentado frente al fuego del hogar en una noche muy fría en pleno invierno, y el viejo abuelo empieza a contar historias de fantasmas y aparecidos, que luego no te deja dormir. No me gusta, no, señor. ¡No es nada celestial, pero desde luego no es terrestre, estoy seguro!

—Estoy de acuerdo contigo, Leslie —dijo Tregarth—. He experimentado una sensación que un hombre no puede describir; pero es una sensación que nace más bien del corazón y del alma que de la mente. Es una sensación de *falsedad,* una sensación como si hubiéramos tocado algo que parece estar totalmente *fuera* de nuestra total experiencia científica y de nuestro mundo cotidiano. No creo que sea nada de fantasmas porque no creo en ellos. Opino más bien que debe tratarse de uno de los grandes misterios del estupendo universo, que la vulgar ciencia mortal no puede explicar, porque la vulgar ciencia mortal no es lo suficientemente útil. Esto es lo que me hace pensar que la ciencia es algo así como un diminuto cortaplumas de juguete, y el hombre es como un chiquillo con su pequeño cortaplumas, tratando de abrir una puerta de acero de tres pies de grosor con una cerradura con veintisiete seguros y acción de pasador escondida. No tiene la más remota esperanza de poder abrirla ni en cien mil millones de años. Pero esto no quiere decir que haya nada de sobrenatural o fantasmagórico en aquella puerta, sino que quiere decir que el hombre no es lo suficientemente fuerte, mentalmente, y que la

herramienta que está empleando, vulgarmente, la ciencia mortal, no es tampoco suficientemente fuerte. Ahora, siguiendo empleando estos términos, no sirve enviar a un chiquillo en una misión de hombres, ¿no? No sirve de nada pretender emplear la ciencia mortal si ésta no sirve para el encargo. —Dirigiéndose a Tim O'Riley, el profesor de matemáticas de Dublín, añadió—: ¿Podrías enseñar cálculo superior a un pobre y desgraciado chiquillo que hubiera nacido con un C.I. de 50 o 60 puntos?

—¡Ah, repámpanos, naturalmente que no! ¡Nadie podría hacerlo! —exclamó el irlandés—, su mente no sería capaz de asimilarlo.

—En efecto, en efecto —convino Tregarth.

—Absolutamente imposible —dijo Bob —dijo Walters.

—Eso es, pues, lo que yo quiero decir —dijo Tregarth—, no es que el cálculo superior no exista, sino que el pobre chiquillo había nacido con una inteligencia muy limitada, muy reducida y no puede comprenderlo. Yo creo que hay cosas que son perfectamente reales y perfectamente lógicas, pero la humanidad tiene una inteligencia demasiado corta, demasiado reducida, incluso los genios como nosotros, y no puede asimilarlas. Hay cosas en este universo que no podemos comprender. Uno no puede esperar que su perro vaya a recogerle el periódico, lea sus artículos y luego lo comente con él. No se esperará de él, tampoco, que realice un partido de ajedrez. No puede esperarse que un gato conduzca un coche. Pues es algo de eso. Tu perro puede ser el mejor amigo que tengas en el campo del deporte, cuando se sale con la escopeta, porque él comprende que cuando haces caer un pájaro él debe ir a buscarlo para traértelo a ti. Tu gato puede ser un experto cazador de ratones, pero no puede realizar cosas para las cuales la naturaleza no lo ha preparado.

Dai Morgan le interrumpió:

—Poco antes de morir H.G. Wells, escribió un libro titulado: *La mente cuando no sabe ya qué hacer*, un libro maravilloso en verdad, pero más bien aterrador, y el argumento era que la mente humana ha creado para sí misma un medio ambiente que era tan complejo que no le sería posible convivir mucho tiempo en aquel medio ambiente, y que de la misma manera que un dinosaurio era incapaz de competir con las condiciones climáticas cuando éstas no eran ya favorables, así la mente del hombre ha creado problemas con los que no puede ya enfrentarse de la misma manera que el pobre viejo dinosaurio pudo enfrentarse con los hielos, ¿comprendéis?

—Sí —dijo Paul Tregarth, con su acostumbrado acento—. Sí, más o menos es lo mismo que siento yo. Opino que existen algunas cosas

más allá de las tres dimensiones a nuestro alcance, que están por completo fuera de nuestra capacidad y de las cuales nunca podremos llegar a tener un conocimiento adecuado. Esa cosa es probablemente natural, siempre y cuando nosotros pudiéramos comprender las leyes naturales bajo las que funciona. —Dirigió la vista al cronómetro situado en la pared—. Os dais cuenta del tiempo que llevamos en ella ya, y a menos que esté asida a nuestra velocidad exactamente, debe alcanzar por lo menos una extensión de miles de millas… Ahora bien, si hubiera una nube gris de partículas de una clase determinada, y con una extensión de miles de millas, los compañeros del telescopio Jodrel Bank Radio, lo habrían descubierto tan fácilmente como si nada.

—Naturalmente —dijo el *cockney* Bob Walters—. Tal vez esté compuesta de algo que no se puede descubrir, tal vez ellos no hayan podido descubrirla…, no me preguntéis por qué. Nadie ha sospechado jamás la existencia de una gran nube gris ahí arriba.

—Tal vez —dijo Tim O'Riley haciendo chasquear los dedos en un momento de inspiración—, tal vez, chicos, eso se deba a que no estuviera aquí antes. Como si hubiera aparecido en el mismo momento que nosotros.

—¿Quieres decir que esa cosa se ha movido hacia la Tierra desde cualquier lugar *de fuera*? —preguntó Bob Walters.

—Es muy posible, desde luego —dijo Leslie Scott.

De nuevo un silencio largo, tenso, casi atemorizante reinó en la cabina.

—La radiación está aumentando —anunció Dai Morgan, el físico—, aumentando muy rápidamente, chicos. Sólo podemos hacer una cosa, y es usar el equipo de emergencia para empezar a descender. Desde luego no podríamos resistirlo en el supuesto de que la protección que nos proporciona la cápsula no sea suficientemente fuerte para ello. Moriremos a consecuencia de la radioactividad en cuestión de horas en caso de que no consigamos salir de aquí. ¡Fijaos en *esto*!

El contador oscilaba de manera asombrosa como si hubiera perdido el control, tratando de establecer un nuevo récord.

—De acuerdo, pues, preparémonos para el aterrizaje de emergencia —dijo Scott.

—Sólo deseo que el equipo de aterrizaje de emergencia del viejo Jennings funcione tan perfectamente como él suponía —indicó Paul Tregarth.

—Bueno, de todas maneras en caso contrario, nunca podremos llegar a saberlo, ¿no? —dijo Bob.

Entonces comenzó a actuar el equipo de emergencia.

Poco a poco, con cuidado, tal como se había previsto, el equipo automático de emergencia fue realizando su cometido, con toda perfección. Poco a poco la velocidad fue disminuyendo, Gradualmente, muy gradualmente, la cápsula giratoria empezó a entrar en las capas superiores de la atmósfera. La nube gris se adelgazó un poco, dando paso a una pálida, fría, más bien evaporada luz que comenzaba a filtrarse desde su interior.

—¡Gracias a Dios! El nivel de la radioactividad está disminuyendo de nuevo —dijo el galés—. ¡Habia llegado a creer que estábamos perdidos! No está todavía lo baja que debiera, pero no es ni la mitad peligrosa que antes —informó Dai, aliviado—. La nube fue haciéndose todavía más tenue—. Hemos llegado ya al nivel adecuado —exclamó Dai, exuberante—. ¡Loado sea el cielo por esto! Creo que de todos los peligros desconocidos y misteriosos que puedan encontrarse en el espacio, el de la radioactividad creo que debe ser el peor. Se me ocurren infinidad de muertes mejores que la que produce la enfermedad de la radioactividad. Es una cosa horrible. Estuve trabajando en colaboración con algunos colegas médicos en la tarea de tratar de aliviar un poco la parte peor de esta dolencia. Y algunas de las cosas que vi en aquel hospital japonés me hicieron envejecer varios años en diez minutos. No quiero entrar en detalles, pero fue algo verdaderamente horrible, absolutamente horrendo, podéis estar seguros.

—Parece ser que ha desaparecido —dijo Leslie Scott. Sólo quedaban algunos pequeños rastros afuera de la cabina.

—Debemos dar gracias a Dios por ello —dijo el hombre del Oeste, expresándose con sincera y franca sencillez.

—St. David sea loado —exclamó el galés.

—Y St. Patrick. Creo que todos deben haber estado trabajando desde allá arriba en favor nuestro —dijo Tim O’Riley.

—Bien, me alegro ¡de habernos podido librar de esa nube —exclamó Bob Walter«—, pero he tenido la vaga sensación de que este aterrizaje de emergencia no va a ser demasiado agradable.

Uno a uno, los aparatos amortiguadores iban abriéndose; uno a uno iban realizando su cometido. Al final la cápsula quedó apoyada sobre el gran plano de descarga principal, florando como una pelota argéntea sostenida del extremo de un pañuelo. Lentamente fue descendiendo, más bien con desgana.

—¿Tenéis alguna idea de dónde podemos encontrarnos? —preguntó Dai Morgan.

El *cockney* movió la cabeza.

—Según los mapas, deberíamos encontrarnos en algún lugar cercano al Atlántico —dijo—. Pero no creo que sea demasiado probable. Cuando se tiene que acudir a los equipos de emergencia para realizar un aterrizaje de emergencia también, no es posible contar demasiado con los cálculos hechos previamente. No tengo ni la más remota idea de dónde podemos estar, honestamente. Tal vez en Europa, quizás cerca de Asia, o puede que hayamos ido a parar a los Alpes. Reconozco que tenemos toda clase de posibilidades.

—¿Y si no pueden dar con nosotros? ¿Y si no son capaces de seguir nuestro rastro? —preguntó Leslie Scott.

—Claro que podrán seguir nuestra pista, hombre. Puedes tenerlo por seguro —contestó el físico galés, pero su tono desmentía la animosidad de sus palabras—. Claro que podrán seguir nuestra pista, puesto que poseen un magnífico equipo de búsqueda.

De nuevo los astronautas recuperaron el valor y se echaron a reír. Los hombres que son capaces de reír cuando están dentro de una cápsula de metal y penden de un paracaídas, descendiendo hacia Dios sabe dónde, es que desde luego son valientes.

El capitán Bob Walters estaba observando, curiosamente el altímetro. Agarrándose a los costados de su litera, exclamó:

—¡Atención, chicos! ¡Dentro de un momento!

Todos estaban en tensión. ¿Irían a estrellarse contra las rocas? ¿Irían a hundirse en un enorme marasmo? ¿O tal vez caerían en medio del inmenso océano, de donde tal vez no serían jamás rescatados…?

De súbito una idea muy extraña acudió a la mente de Leslie Scott, y que no se les había ocurrido antes debido a su preocupación por la nube aquélla.

—Bob —exclamó, repentinamente, unos momentos antes de aterrizar—, no hay contacto de radio con la Tierra…, en absoluto. ¿Crees que la nube ésa haya tenido algo que ver con ello? —Walters no tuvo tiempo de responder. Hubo una fuerte sacudida que pareció que iba a hacerles saltar los dientes de sus mandíbulas, y que les cortó la respiración, pero de todas maneras habían llegado a tierra sanos y salvos.

Hubo un momento de silencio, y luego Dai Morgan dijo:

—Bien, no estamos flotando sobre agua… puedo verlo a través del puente de observación. Nos mantenemos fijos donde hemos aterrizado.

—Oh, repámpanos, qué bueno estar de vuelta a la Tierra —exclamó Tim O’Riley.

—Daría no sé qué por saber *dónde* estamos —dijo Bob Walters.

—Naturalmente —convino Leslie Scott—. Yo haría lo mismo.

—Creo que no se trata de Cornualles —rió Paul Tregarth.

—Y me imagino que Gales tampoco —añadió Dai Morgan.

—Desde luego, Irlanda no es —indicó Tim O'Riley—, la hierba no es suficientemente verde, y no puedo ver ningún trébol blanco.

—Os apuesto diez contra uno a que es Hyde Park Corner —exclamó Bob Walters.

—Yo diría que es la orilla del lago Leman —dijo Leslie Scott.

—Hay una manera de averiguarlo —dijo Bob—, y ésta, compañeros astronautas y héroes hermanos —dijo sonriendo, aliviado por haber realizado un aterrizaje perfecto—, es abrir la puerta y salir.

Comenzaron a soltarse los cinturones de seguridad, que les mantenía amarrados a sus literas.

Bob Walters una vez libre se ocupó de poner en marcha el mecanismo que debía abrir la portezuela, pudiendo comprobar que afortunadamente las cerraduras y mecanismos no habían sido perjudicados por el impacto recibido al aterrizar.

La portezuela se deslizó a un lado quedando abierta. Los cinco astronautas quedáronse contemplando con los ojos muy abiertos lo que les rodeaba como si trataran de orientarse.

Estaban en la Tierra, pero estaban rodeados de una especie de cosa, que parecía ser algo como un polvo de tono gris pálido, arenoso.

Bob no había visto en su vida nada parecido.

CAPITULO IV
EL DESIERTO GRIS

Lentamente, como si no se atreviera a confiar en lo que sus ojos le mostraban, el capitán Bob Walters, el capitán honorario de la nave JX2, descendió hasta el suelo de polvorienta arena gris.

Había un lánguido aroma de carboniza en el aire, como si todo el mundo hubiérase convergido en las cenizas de un enorme fuego que hubiera arrasado suelos, árboles, casas, plantas, y hombres en una increíblemente llama consumidora.

El sol estaba cerca de su cénit, pero aquel polvo gris parecía incluso haber afectado la brillantez del astro rey, ya que su resplandor era más bien algo apagado y extrañamente teñido de gris. Una frase de Tennyson acudió a la mente de Bob Walters al contemplar todo aquello.

El esplendor caído en las murallas del castillo.

Cada vez que oía esa frase acudían a su mente las viejas paredes de piedra, con la luz del sol sobre ellas, iluminándolas, dándoles nueva vida, dándoles belleza a las ruinosas piedras. Era una especie de desafío, como si las ruinosas piedras con su grisor y su vejez y con su aire decaído y mortecino, no pudieran contender con el glorioso y dorado resplandor del sol.

Pero aquel desierto gris parecía haber hecho precisamente lo contrario. En lugar de iluminar el gris con el dorado, el gris parecía absorber incluso la luz del sol. Bob alejó el pensamiento de sí como algo fantástico, pero no le gustó demasiado de todas maneras. Aquel desierto gris poseía una extraña cualidad que lo hacía indescriptiblemente horrible.

Leslie Scott, Paul Tregarth, Dai Morgan y Tim O’Riley se le reunieron. Los cinco hombres permanecieron de pie, en silencio, contemplando la vasta extensión de aquel polvoriento suelo gris...

—¡Ni la menor idea de dónde nos encontramos! ¿y vosotros? —preguntó Leslie.

—Tampoco, chicos —dijo Paul.

—No se parece a ningún lugar de la Tierra —dijo Dai Morgan.

—Sin embargo debemos estar en la Tierra, seguro —exclamó Tim O’Riley—. Repámpanos, no hemos ido tan lejos creo yo, pero eso más bien parece la superficie de la Luna que la de la Tierra —su voz parecía asombrada.

—¿Y cómo diablos sabes que la superficie de la Luna se parece a esto? —quiso saber Leslie Scott.

—Pues, sí, se parece algo a lo que yo supongo que debe de ser —explicó O'Riley—. Esto es lo que yo espero que sea.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Dai Morgan—. Sea como fuere, mira, yo estoy contigo.

—Es como si hubiera habido algún desastre terrible —dijo Paul Tregarth.

Bob Walters movió la cabeza afirmativamente.

—Es lo que más o menos se ve en un film de miedo respecto a una guerra atómica que pone fin a la civilización —dijo, sonriendo tristemente.

—Tal vez… —se interrumpió casi antes de empezar—. Dai, observa el marcador —en su voz vibraba la más punzante ansiedad.

—Sigue mostrando una ligera radioactividad, pero muy leve —dijo Morgan, sacando la cabeza por la portezuela—. Voy a sacar el marcador portátil para analizar ese polvo. —Colocó el pequeño contador portátil sobre el suelo—. *Fue* radioactivo —anunció—, pero de ello hace mucho tiempo. Ya sé lo que vais a decirme —dijo encarándose con el capitán—. Vais a decirme que hemos ido a caer accidentalmente en un campo de experimentación o algo, pero es que si aceptamos está idea de que estamos en un campo de experimentación debemos tener en cuenta que debió de ser utilizado hace mucho, mucho tiempo. Bob Walters estaba moviendo de nuevo la cabeza, con aquel gesto tan peculiar en él, mezcla de aturdimiento y asombro.

—Pero esta materia me da la impresión —dijo el *cockney*— de ser el resultado de una explosión atómica… y sin embargo tú dices que si éste es el caso… la radioactividad ha perdido toda su potencia hace ya mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo?

—¡Por San David, hombre! ¡Este es el problema! —exclamó el galés—. ¡Por la gran Roca Blanca, y la tumba de Llewellyns, no lo sé! Si me guío por la parte científica es una cosa, pero mi sentido común me dice otra. ¡Maldita sea, hombre, entonces no habían bombas atómicas!

—¿Qué quieres decir con eso de *entonces*? —insistió Bob Walters.

Los demás habían captado ya el hilo de sus pensamientos.

—Quieres decir —dijo Leslie Scott— que si esto es el resultado de una explosión atómica, es que esa explosión debió tener lugar hace *mucho… mucho tiempo*. Eso es lo que estás tratando de decir, ¿verdad, Dai?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —dijo Tim O'Riley—, A pesar de que soy fundamentalmente un matemático, como ya sabéis,

he hecho también algunos trabajos de física.

—Mira —dijo Dai Morgan—. He arriesgado mi reputación en el hecho de que esta radioactividad debe de estar aquí desde hace cientos de años… ¡eso como mínimo! Es mucho más probable que haga miles de años!

—¿Crees que hemos aterrizado en algún rincón remoto del mundo como la lejana Siberia?

—No es lo suficientemente fría para eso —dijo Morgan—. Ni lo bastante caliente para ser el desierto del Sahara, más bien parece atemperado. Quiero decir, que si no lo supiera mejor diría que nos encontramos en Inglaterra, o cualquier otra parte, situada en Europa; es decir en clima atemperado. Desde luego aquí no hay un clima tropical, y tampoco polar, o Ártico o Antártico. Estamos, definitivamente, en una zona atemperada, muy agradable; pero no puedo acordarme de ninguna zona atemperada que tenga ese aspecto.

—Es un lindo problema —comentó Leslie Scott.

—Para el cual no sé encontrar ninguna respuesta —dijo Paul Tregarth.

—Sólo desearía poder encontrar una —convino Dai Morgan.

—¡Ja!, y yo también, podéis esitar seguros —indicó Tim O’Riley.

—¿Crees, tal vez —dijo súbitamente Bob Walters—, que puede haber habido una especie de explosión atómica natural? Ya sabes…

—Pues, decían que la detonación natural que hizo saltar en pedazos Krakatoa era mucho más fuerte que cualquier bomba atómica construida jamás por nosotros.

—Quieres decir una explosión atómica natural —dijo Leslie Scott —. Es decir, con otras palabras, que la naturaleza se volvió furiosa. Yo opino que hay una probabilidad contra miles, o millones de que así fuera. En otras palabras, sería lo mismo que esperar que un mono escribiera a máquina la Enciclopedia Británica, esto también está en la proporción de una contra mil millones.

—Eso es, en efecto —convino Tim O’Riley.

—O sea que esto nos enfrenta con un problema todavía más imposible —dijo Paul Tregarth—. ¡Esto significa que algo *extravagante* ha sucedido con el tiempo!

Todos le miraron aturdidos, en medio de un silencio estremecedor.

CAPITULO V

EL MISTERIO DEL DESIERTO GRIS

Fue la mente fuerte, ruda, de Leslie Scott la primera en recobrarse.

—¿Qué demonios te propones Paul?

—Ni yo mismo lo sé —replicó el hombre del oeste—, pero esto no me gusta, sea lo que sea. Estoy haciendo caso omiso de una posibilidad que tengo en la mente, y por proceso lógico de ideas me he encontrado con otra posibilidad, y esa es todavía peor que la que he tratado de pasar por alto. Hemos acordado que una explosión atómica natural difícilmente podría haber tenido lugar, es increíble, quiero decir, que tiene una probabilidad contra infinito por el hecho de que las condiciones naturales de la tierra tendrían que combinar de tal manera y lugar que sería preciso que se cumplieran una serie de complicados requisitos, que son necesarios para provocar una explosión atómica. Nosotros salimos de la Tierra el sábado siete de julio de mil novecientos sesenta y dos. Ahora bien —se detuvo, agachándose para coger un puñado de polvo, gris que mostró a sus compañeros—, si esta explosión tuvo lugar entre mil novecientos cuarenta y cinco y mil novecientos sesenta y dos, entonces es que nosotros hemos sido lanzados a varios centenares, o tal vez miles, de años del futuro. Si, por otro lado, esta explosión hubiera tenido lugar allí por los años mil, nos veríamos obligados a creer que Guillermo el Conquistador y algunos de sus contemporáneos eran muy hábiles manufacturando bombas atómicas, *y* que en algún lugar de la superficie del globo, puesto que no sabemos todavía dónde nos encontramos, algún grupo de supercientíficos estuvieron haciendo pruebas con bombas atómicas mientras los normandos estaban todavía cazando a los anglosajones. Esto, en mi opinión es todavía más increíble que la otra posibilidad.

—A ver si nos entendemos —dijo Leslie Scott muy nervioso—, si todo esto es el resultado de una explosión atómica que debió de tener lugar entre los años mil novecientos cuarenta y cinco y mil novecientos sesenta y dos, durante una era de experimentos atómicos con los que estábamos familiarizados, en cuyo caso esa nube gris que liemos encontrado, en cierto modo más allá de nuestros conocimientos científicos presentes, nos ha lanzado a varios años más allá en el futuro, o bien debemos creer que esta explosión atómica debió de tener lugar hace miles de años...

—Deja que te aclare esto —dijo Dai Morgan—, verás, yo no puedo señalar con exactitud la fecha de la explosión pero puedo asegurarte

que por lo menos tuvo lugar hace quinientos años atrás, quizás muchos más, pero como mínimo estos quinientos años, bien, pero si hubiera sido mucho tiempo antes, esto nos haría retroceder a aquellas fantásticas e increíbles teorías que hemos oído relativas a que tal vez en el pasado esas grandes plataformas del Asia Menor y del medio Este, no eran sólo templos sino lugares de despegue de proyectiles espaciales. ¿No habéis oído nunca esas teorías avanzadas, por otra parte, por las que se cree que las viejas leyendas que han llegado hasta nosotros desde tiempos remotos, respecto a dioses que llegan por el cielo en carrozas aladas? ¿Podría ser realmente que esos dioses que cabalgaban en carrozas aladas fueran en realidad inteligencias superiores del espacio exterior que cabalgaran en naves espaciales? ¿Habéis leído que varios profetas del Viejo Testamento ascendían al cielo en *carrozas de fuego*? ¿Os dais cuenta de que si aquellos individuos que consiguieron la admiración y temor, e incluso miedo y respeto de aquel viejo pueblo, no debieron ser sobrenaturales sino superhumanos? ¿Y si esos hombres santos que ascendían al cielo en *carrozas de fuego* o atravesaban los cielos en una alfombra mágica, fueran en realidad de otro planeta y su alfombra mágica fuera una nave espacial con un gran cohete a propulsión, y su carroza flamante fuera otra clase de nave espacial, de forma redonda, o como fuera? Todos los relatos mitológicos hablan de estas cosas; una vez hice un estudio de ello, y era verdaderamente fascinante, ¿sabéis?

—Este desierto, desde luego, ha planteado algunos problemas —dijo el *cockney* Bob Walters—. Su misma existencia nos ha planteado algunas preguntas de las que tal vez nunca llegaremos a conocer la respuesta. El asunto es que nosotros nos vemos envueltos en ello y con ello. Tenemos que encontrar esas respuestas si queremos saber qué debemos hacer.

—Es cierto —convino el galés—, muy cierto, desde luego, amigos míos.

—Ah, estoy seguro, repámpanos —confirmó el irlandés—. El desierto está lleno de secretos y misterios.

Ahora fue Bob Walters quien se inclinó para examinar un puñado de aquel polvo gris, plateado; aquella arena polvorienta. Dejó que ésta se escurriera por entre sus dedos formando pequeños montoncitos. La suave brisa hacía revolotear algunos de los más pequeños granos de arena.

—Tan pequeños… —exclamó—, y sin embargo nos han planteado un problema tan grande. Cada uno de estos granitos es una miniatura insignificante, pero todos ellos juntos significan un problema que, ni

uniendo todas nuestras inteligencias, somos capaces de resolver… a ningún precio. Dejadme exponer mi idea y discutámosla luego —siguió—. Si este lugar en que estamos hubiera sido producido por alguna explosión atómica, debió de producirse, según ya hemos establecido anteriormente, por lo menos quinientos años atrás, lo cual significa que alguien tenía bombas atómicas entre el tiempo de Guillermo el Conquistador y los días de Chaucer. O bien las tuvieron aún antes, ¡lo cual es ridículo! Nosotros sabemos muy bien que eso no es posible. Sabemos que las naturales condiciones terrestres no se unirán para producir explosiones atómicas, y además, un desierto de las dimensiones de éste se habría conocido ya. No hace mucho que tuvo lugar el año nacionalgeofísico. Ellos hubieran descubierto este desierto; y, sin embargo, nadie dijo nada de esto porque no sabían que existiera. Esto nos deja otra posibilidad… la de que hayamos podido penetrar en el futuro; que hayamos aterrizado, digamos, quinientos años adelante de nuestro tiempo, en uno de los últimos campos de experimentación.

—Eso es sólo una posibilidad, amigos —dijo Leslie Scott, rudamente—. Existe otra posibilidad todavía peor que esa.

—¿Peor todavía? —preguntó el *cockney*—. ¿Qué quieres decir, Les? No puedo alcanzar…

—Estamos pensando únicamente en campos de experimentación —explicó el escocés—, pero lo que es esto no es ningún campo de experimentación, sino las ruinas de un mundo que se vio envuelto en una terrible guerra atómica, según mi opinión. Sólo nos hemos enfrentado con una parte del problema, ¿sabéis? Hemos estado haciendo conjeturas de que hemos aterrizado, en una época del futuro, en esa nube gris. Que hemos aterrizado, digamos, en uno de los viejos cráteres que haya dejado uno de los experimentos de lanzamiento de bombas en el desierto de Arizona, o en Woomera Range de Australia, pero yo creo que tal vez no nos encontremos en un cráter producido antes de nuestra marcha, sino que tal vez nos hallemos sobre las cenizas producidas por una explosión producida después de nuestra marcha… tal vez cien años después dé nuestra marcha…

—Comprendo tu punto de vista —convino Paul Tregarth—. Tú quieres decir que nosotros salimos de la Tierra el sábado, siete de julio de mil novecientos sesenta y dos; tal vez en el año dos mil veinte haya habido una gran guerra atómica; quizás en el año dos mil, y como resultado de esa gran guerra atómica tuviera lugar una gran destrucción. Esa extraña nube gris debe habernos lanzado, creemos, tal vez cientos de años o quizás miles… —bajó la voz al pensar, al

meditar en la enormidad de la idea que había nacido en él—, o tal vez un millón de años. No tenemos medios de saber lo adelante que hemos sido lanzados.

Los cinco hombres se contemplaron unos a otros en medio de un sobrecogedor silencio.

—Bien, según mi punto de vista, repámpanos —dijo el irlandés—, la única manera de averiguar dónde estamos y qué nos ha sucedido, es emprender alguna especie de viaje de exploración. Los hechos no se le presentan al explorador, sino que el explorador ha de seguir adelante y descubrirlos.

Su lógica era irrefutable.

—Estoy absolutamente de acuerdo contigo —dijo el galés—. Creo que debemos proceder a alguna exploración. Todo lo que podemos ver por el momento es ese cráter lleno de polvo, que afortunadamente estaba aquí para poder aterrizar en él. Sin embargo un cráter muy superficial, ¿no os parece? Con la forma de una especie de platillo, como si el viento y el tiempo lo hubiera ido suavizando y perfeccionado con el transcurso de los años.

—Sí, no hay nada de afilado ni dentado en él, parece como si la erosión lo hubiera cincelado y esmerilado a través de los años —dijo el *cockney* Bob Walters.

Hubo otro silencio y entonces Walters tomó una decisión.

—Espero que todos estéis de acuerdo, caballeros, por lo cual les propongo esto…

—¡Oh, por los Clavos de Cristo, hombre, no seas tan formal! ¡Ya sabes que estamos de acuerdo contigo! —exclamó el galés—. Cualquier cosa que digas será buena, así pues, anda, dinos lo que quieres que hagamos.

—Reconozco que debemos sacar algún material de ahí —dijo indicando la cápsula—, coger comida y agua, y ver si podemos encontrar la orilla de este lugar —dijo Bob.

—¡Espléndida idea! —aprobó el galés—. No podías pensar nada mejor. Ni siquiera yo mismo hubiera podido tener una idea más acertada. Comprendedme, es agradable poder hacer un poco de ciencia experimental después de haber estado tanto tiempo dentro de un laboratorio; estupendo poder salir y encontrar uno mismo un laboratorio mucho mayor, el laboratorio del mismo mundo, ya me comprendéis…

Emprendieron la marcha a través del polvoriento desierto gris…

CAPITULO VI
LA COLINA

Anduvieron alrededor de una media hora; no habían ido demasiado aprisa, puesto que llevaban consigo toda la comida y agua que se contenía en la cápsula.

La nave JX2 no transportaba mucha cosa, ya que se había calculado que realizaría solamente un vuelo ciertamente limitado, y las provisiones habían sido previstas, más que nada, por si acaso el mecanismo automático de regreso no hubiera funcionado a la perfección, y así tener algunas raciones de emergencia. Estas, visto el número de los titulantes, eran por cierto verdaderas raciones de emergencia en el más amplio sentido do la palabra, puesto que consistían en concentrados, tabletas de vitaminas, chocolate, y una pequeña cantidad de fresca agua para beber. Habían supuesto que, aun extremando las cosas al límite más lejano, serían más que suficientes para mantenerles en buen estado durante tres días.

Tres días son mucho tiempo...

Pero si aquel desierto resultaba ser precisamente el centro de las Australian Badlands, o el centro del desierto del Sahara, o el de Navaho, entonces estarían totalmente perdidos.

Reconocían que en aquellos tres días de que disponían, podrían recorrer unos centenares de millas, y que esto sería el limite absoluto. Si ellos iban a intentar su proeza desde el centro de uno de los grandes desiertos, como sería el Gobi, por ejemplo, unos centenares de millas serían como las patéticas maquinaciones de un insecto tratando de atravesar el océano.

Siguieron andando; el tiempo iba pasando; el sol descendió un poco..., no mucho, pues había dejado sólo ligeramente el cénit, sólo lo suficiente para darles una somera indicación del paso del tiempo. No calentaba como haría en la zona tropical, ni siquiera como en la subtropical, y la temperatura les confirmó de nuevo su decisión de que se hallaban en una zona atemperada, fuera donde fuera el lugar donde habían ido a parar.

Pero aquella zona atemperada era un lugar terriblemente grande y ellos no podían estar todavía seguros de si se hallaban en una zona atemperada del norte o del sur. Aquella nube espacial gris les había desorientado por completo. Como es natural, habían conocido el paso exacto de su órbita cuando se pusieron en marcha, pero los cálculos previstos y la actual geografía no podían avenirse en modo alguno, como el poeta cantaba *, los mejores planos cubiertos de ratones y los*

hombres muchas veces una pandilla de fracasados…

El Plan de Jennings había fracasado definitivamente pero por lo que parecía no se debía a la culpa de Jennings, por lo menos por lo que hasta entonces habían podido averiguar los cinco astronautas. Nadie podía haber previsto aquella nube gris, ni pensar en que el mecanismo de aterrizaje de emergencia pudiera ponerse en acción tan velozmente. No tenían idea de qué vientos o corrientes les habían empujado donde sólo el cielo lo sabe, en aquel descenso, un descenso que había empezado a una velocidad de 18.000 millas por hora. Viajando a 18.000 millas por hora, un hombre puede recorrer diabólicamente un largo camino en un tiempo relativamente corto.

Llegaron a lo que parecía ser una pequeña y alomada colina. Era más bien pequeña en cuanto a alturas, si bien podía ser una duna extendida, una duna, larga, muy grande, girando en todas direcciones. Sus declives no eran empinados, y como de común acuerdo, subieron hasta la cima de la colina y contemplaron a su alrededor. La diferencia de aquella ligera elevación no podía ser superior a unos sesenta pies de altura, dándoles a comprender que aquel paisaje era fenomenal.

Desde la cima de la colina pudieron comprobar que estaban en lo cierto al suponer que habían aterrizado en su nave sobre el suelo de un cráter superficial, en forma de platillo. Estaban ahora de pie en el verdadero margen del cráter aquél, en el borde ligeramente levantado del platillo, metafóricamente hablando.

A lo lejos, en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista, extendiéndose hasta el lejano horizonte, y probablemente más allá debía haber otros cráteres en forma de platillo. Algunos parecían estar a pocas millas, otros estaban agrupados muy juntos. Aquí y allá en irregulares fajas de tierra que introducidas en triángulos curvos, en forma de cimitarra entro las depresiones casi esféricas, desmedrada, de aspecto enclenque, con plantas de color gris verdoso medio fertilizado en lo que parecía ser un desarrollo muy penoso y estéril.

El cuadro que se plasmaba ante sus ojos les venía a confirmar sus propias sospechas, cuando los astronautas contemplaron aquel desierto gris, interrumpido aquí y allá entre los cráteres en forma de platillos, por la enfermiza y enclenque vegetación, haciéndose bien aparente que estaban contemplando el paisaje de un mundo que se había visto envuelto en una lucha que había terminado con una explosión atómica. Estaban contemplando con profundo sobresalto un mundo que se había convertido en añicos como consecuencia de una explosión atómica…

Bob Walters fue el primero en romper aquel silencio sobrecogedor.

—Esto es la respuesta al enigma del desierto —dijo—, por lo que de momento hemos visto. No existe nada parecido en la Tierra, de manera que hemos sido arrojados al futuro..., Dios sabe cuán lejos... ¿Cuándo debió suceder? —Formuló la pregunta retóricamente; la brisa llevó sus palabras a los lados superficiales de las depresiones en forma de platillo; llevando su murmullo a la melancólica, movible, polvo gris haciéndole repetir: *¿Cuándo debió suceder? ¿Cuándo debió suceder? ¿Cuándo debió suceder...?*

Los perspicaces ojos del hombre del país del oeste escudriñaban en las sombrías distancias. La posición del sol en el cielo les daba los puntos de la brújula y Tregarth estaba observando hacia el Norte.

—Ahí arriba hay algo que podría ser un río —dijo, encogiendo los ojos—, a una milla o a milla y media de aquí... ¿veis donde quiero decir?

Cuatro pares de ojos siguieron la dirección de los suyos.

—Cierto, creo que tienes razón —convino el escocés—. La luz del sol brilla sobre algo; me parece que valdrá la pena ir a echar un vistazo.

—Estoy seguro de que es un río —insistió Tregarth testarudamente.

—Apostaría gustoso, incluso dinero, para que tuvieras razón, ya lo ves —dijo Dai Morgan.

—Opino como tú —confirmó Bob Walters.

—Ah, seguro, seguro que se traía de un río —dijo el irlandés, confiadamente.

—¿Creéis que debemos ir hasta allí para echar un vistazo? Sería un lugar donde dirigirnos —dijo el hombre del Oeste, lógicamente.

—Reconozco que tenéis razón —dijo Bob Walters—. Es un lugar tan bueno al cual podemos dirigir nuestros pasos como cualquier otro. Por lo que parece, no hay nada que nos guíe hacia el Sur, Este u Oeste, ¿verdad? Por lo visto el Norte es nuestra única esperanza. O.K., vámonos y echemos un vistazo a ese río tuyo, pues, Paul.

Anduvieron durante otra media hora hacia el Norte, dirigiéndose hacia el lado del borde, a través del arco del próximo cráter con forma de platillo y subiendo plenamente convencidos de que aquello que brillaba a lo lejos era un río, totalmente definido, y ahora sólo a unas pocas docenas de yardas, lejos de ellos, pudiendo distinguir las pequeñas olas que producía la brisa. Hasta ellos llegaba un agradable sonido, cuando estuvieron al lado del agua casi inmóvil. Era un río ancho, completo, y sus aguas eran tan grises como aquel desierto de arena a través del cual corría, pues la brisa arrojaba constantemente

arena en el agua, e incansablemente el agua la transportaba lejos para depositarla en algún lugar del océano.

Los ojos de Bob Walters se estrecharon al contemplar de arriba abajo el río.

—No es posible que estemos tan lejos del mar —expresó.

El escocés le miró.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó.

Bob estaba observando de nuevo el río.

—El viejo Támesis, ya sabéis, es de marea, por Teddigton. Este río tiene el aspecto de ser un río de marea. Cuando era chiquillo acostumbraba a estar y vigilar de cerca al Viejo Padre Támesis subiendo y bajando, sin fatigarse nunca. Ya sabéis lo que son los chiquillos…, acostumbraba a soñar en ser un día marino y en navegar por un gran río algún día. Acostumbraba a vigilar las lanchas que bajaban… lanchas, remolcadores y barcazas…, Este río, si tuviera otro color y estuviera en Londres podría ser muy parecido al Támesis.

El escocés dio la vuelta dirigiendo sus observaciones al aire, por encima de las cabezas de sus compañeros, haciendo resonar su voz a lo lejos…

—¿Si hubiera habido una guerra atómica habrían bombardeado las ciudades o los condados? ¿Si nosotros hubiéramos tenido una guerra, habríamos dejado caer las bombas en Siberia o en el corazón del mismo Moscú?

Súbitamente el completo significado de sus palabras hirió al capitán Bob Walters, como si hubiera recibido un hachazo. Su cabeza se giró tan rápidamente que casi pudo oír el crujir de los músculos del cuello.

—¿Qué has dicho? —pidió.

Su voz se había convertido en una anhelante súplica.

—Les, repítelo, de nuevo, por favor. Debo saber lo que has querido decir, lo que estás pensando.

—Estoy pensando —repitió el escocés, oficial investigador, muy gentilmente— que este desierto podría muy bien haber sido Londres…

—¡Oh, no! —exclamó Bob Walters.

Como todos los hijos de una metrópolis amaba a su ciudad con fuerte y abrasador amor. Inglaterra era su hogar, pero para un *cockney*, Londres era Inglaterra.

—Si bombardearon en el mismo centro —dijo Bob repentinamente — debe haber algo que haya quedado en pie alrededor del borde. Tal vez… —observó más allá del borde del cráter—, donde el calor no es tan fuerte, quizá allí pueda haber algo que podamos reconocer,

aunque sólo sean unas piedras, tal vez un retorcido poste de electricidad, o quizás un pedazo de cristal roto, o un poste de telégrafo, o una boca de entrada al subterráneo, o incluso un pedazo de este…, es decir algo. ¡Tengo que saberlo! —Apartó una lágrima de sus ojos—. ¡Si Londres ha muerto debo estar informado. Comprendo que ello no os preocupe tanto, pero es que yo… soy de los parientes más próximos!

CAPITULO VII
LAS RUINAS

Leslie Scott, Dai Morgan, Tim O’Riley y Paul Tregarth, observaron a su capitán con simpatía, verdadera simpatía. Había algo muy admirable en el piloto de pruebas y sus colegas del oeste, norte de la frontera y al otro lado del mar irlandés, sabían que para un *cockney* verdadero, Londres es más bien una persona que un lugar.

Mirando a Bob Walters, Leslie Scott se dio cuenta de que se puede sacar a un chiquillo del East End de Londres, darle la necesaria educación, enseñarle los conocimientos necesarios que le capaciten para convertirse en uno de los principales pilotos de prueba del mundo, pero nunca se conseguirá arrancar de él básico material descarnado que poseen sólo aquellos que nacen en la City de Londres como una herencia inviolable. En el desarrollo de un *cockney* existe algo que le dota de un sentido agudamente nativo, con invencible valor, y con una alegría que puede reírse en las mismas narices del diablo.

Bob Walters había recorrido un largo camino desde el East End, pero él seguía siendo todavía el *cockney* Bob Walters y la sola idea de que el Londres que amaba pudiera estar yaciendo bajo aquellas fantasmagóricas ruinas desde Dios sabía cuándo..., la. sola idea de que bajo aquella gris altiplanicie de cráteres en forma de platillos polvorientos pudiera estar todo lo que él había dejado de una maravillosa metrópolis, le había herido muy profunda y agudamente.

Leslie Scott amaba su país de gaitas y brezos. Paul Tregarth amaba el suelo del país del oeste con sus ríos y sus rocas y el cenagoso suelo rojizo. Dai Morgan amaba las montañas y los valles de Gales, con sus toscas colinas, y sus ovejas pacientes.

Tim O'Riley pensaba que Killarney era el más preciado regalo que el cielo hubiera podido hacer a la Tierra. Por todo ello, se daban perfecta cuenta de que Bob Walters amaba a Londres, y si aquellas ruinas en las que ellos se encontraban ahora, si aquel horrible desierto gris era todo l0 que había quedado de la ciudad que él había amado, él contaba, pues, con toda su simpatía, naturalmente.

Pero con asombroso coraje, con la asombrosa alegría y vivacidad que era la primogenitura de todo nacido en el East End, como era la de todos los nacidos en la City de Londres, Bob Walters lanzándose adelante, de nuevo, elásticamente, dijo:

—En marcha, compañeros, vamos a seguir el curso del río hasta ver lo que encontramos.

Apenas había recorrido una milla y media cuando se dio cuenta de que a menos que concurrieran una serie de enormes coincidencias, aquel río gris era sin lugar a dudas el Viejo Padre Támesis que él había conocido y amado cuando era chiquillo. Sus contornos le eran familiares y aquella peculiar acción solapada de marea, corriente y viento, era algo que ningún verdadero londinense podría olvidar jamás y ningún otro río procedía de la misma manera que el Támesis. Expresó sus pensamientos en voz alta.

—Tenías razón Les —dijo.

—¿Quieres decir que crees que en realidad esto es lo que queda de Londres, pues? —preguntó Scott.

—Lo reconozco, sí —convino Bob—. Me acuerdo del camino que tomaba aquí para bajar rápidamente, por Lambeth. No hay error posible en esa sección de agua. Todas las casas bombardeadas, los almacenes y establecimientos y despachos; bombardeadas todas las calles, todo destruido, pero el viejo Támesis sigue todavía aquí. Siguiendo su curso a través del desierto de polvo que fue en otros tiempos la ciudad más hermosa del mundo..., es como una tumba líquida, algo así, que pone una señal donde en otros tiempos se levantaba Londres.

—¿Así pues, quieres decir que no queda lugar a dudas? —preguntó el galés—. Realmente hemos ido a enfrentarnos con algo que está desde luego, más allá de nuestra inteligencia de astrofísicos y maneras teológicas. Es algo que tal vez el viejo Einstein hubiera podido comprender mejor que cualquiera de nosotros, ya veis. Extrañas teorías acerca del proceder del tiempo, extrañas teorías acerca de la cuarta dimensión..., todas esas cosas atadas y ligadas juntas, cimentadas por la extraña combinación de la teoría que nosotros limamos relatividad. Después de todo, como un cerebro más inteligente que el mío definió una vez: *la gravedad es sólo una curvatura en el continuo espacio-tiempo*; cometió sólo una falta, sólo una imperfección. El tiempo y el espacio no son la esencia realidad, pues no hay duda alguna de que hay algo más allá del tiempo.

El brillante pensador galés se detuvo unos instantes como si tratara de encontrar una alegoría que pudiera justificar la idea que tenía en su mente.

—Imaginemos, por ejemplo, que deseas efectuar un dibujo de una habitación haciendo un simple bosquejo.

»Tú estás sentado en la habitación haciendo los apuntes, y si deseas efectuar un dibujo completo., bien terminado, de la habitación, incluyéndolo *todo*, entonces tu bosquejo deberá incluir también a “ti

haciendo el bosquejo”. Y la pintura de tu persona pintando, con un bloc de apuntes en las rodillas, deberá mostrar en la hoja de ese bloc otra vez toda la pintura con otra reproducción tuya con otro bloc de apuntes en las rodillas, y en éste, otra vez toda la operación antes citada y así una y otra vez, aunque el dibujo sea tan pequeño que la última pintura sea solamente una mil millonésima parte de una pulgada, y así conseguirías realizar un dibujo completo y perfecto. Si eres un maniático de la perfección, si pudieras realizarlo con la técnica de la microfotografía, comprenderías lo que quiero decir, ¿sabes? —explicó el galés—. Me estoy refiriendo a un retroceso infinito.

—¿ *Retroceso infinito*? —Leslie Scott movió la cabeza—. Una cosa extraña.

—Ah, pero sin embargo, muy importante —dijo Paul Tregarth—. Sea lo que Dai quiere significar con sus palabras, pues siempre que trates de comprender que es un ser humano y trates de explicar el ser humano en términos de tiempo y espacio, te enfrentarás irremisiblemente con un problema de *retroceso infinito*. No puedes explicar qué es un ser humano en términos de tiempo y espacio, es decir, no podrás hacerlo por completo, pues irás más allá del tiempo y del espacio, y te encontrarás metido en una retrocesión infinita, lo cual no es muy divertido, puesto que no te aclara nada. Es como la definición del círculo; un hombre es un ser humano. ¿Qué es un ser humano? Un ser humano es un hombre. ¿Comprendes? Vuelves una y otra vez al punto de partida. Un asno es una cosa con cuatro patas, largas orejas y que hace ji-ja. ¿Cómo llamarías a una cosa que tuviera orejas largas, cuatro patas, y que hiciera ji-ja? Le llamarías asno. No va a ninguna parte.

La íntegra y directa simplicidad de la lógica del hombre era innegable.

—Volviendo a mi definición de retrocesión infinita —dijo Dai Morgan—, el hombre dibujando una habitación…, nos plantea, nos deja con un problema. Nos deja con un verdadero problema, muy difícil. Ello quiere decir que no podemos comprender en realidad el tiempo y espacio, a menos que podamos salir de él. No podemos salir de él mientras estamos vivos, ¿comprendes? Y aquellos que han salido,, nunca han regresado para decirnos algo al respecto.

—Me gusta confiar —dijo Tim O’Riley— en que vendrá un hombre de más allá del tiempo y del espacio y nos explicará todo lo que no comprendemos y cómo hacer lo mejor.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —repuso el galés—, claro

que sí, pero recuerda que Él lo explicó en términos *espirituales*, no científicos. Estoy tratando de encontrar un camino científico que me guíe al mismo término, porque creo que es el único término que vale la pena conseguir. Pero creo que no es ni la hora ni el lugar adecuado para iniciar una larga discusión filosófica y religiosa como es ésta, si os detenéis a considerarlo.

—Opino que cualquier lugar y tiempo es correcto para discutir una cosa realmente importante —dijo Paul Tregarth—, y nosotros nos encontramos en unas circunstancias tan especiales que es absolutamente necesario discutirlo.

Siguieron andando, hablando mientras avanzaban.

Hablando sobre la cosa, tan extraordinaria que les había sucedido, hablando de la nube gris que les había arrancado tan súbitamente del tiempo y espacio dejándoles en un lugar desconocido. Algo les había arrebatado del siete de julio de mil novecientos sesenta v dos, lanzándoles a alguna fecha increíble en el futuro, una fecha en la cual Londres, aparentemente, ya no existía y había dejado de existir hacía miles de años o, por lo menos, cientos de años.

—¿Qué es aquello? —preguntó Bob Walters repentinamente—. Allí, allí encima, ¡ *mirad*!

En la cuesta del siguiente margen del cráter, en un espacio entre los bordes de los dos cráteres juntos había un montón de tierra curiosamente rectangular cubierto con porquería y vegetación. Parecía uno de los túmulos prehistóricos que abundaban después que los últimos hombres de las cavernas habían pasado a la Feliz época de Caza.

—¿Qué es esa cosa? —preguntó Bob Walters, retóricamente.

—Ni idea..., parece como si fuera una ruina cubierta por vegetación —respondió Paul. No parece natural.

—Parece como si fueran los últimos vestigios de lo que debió ser alguna vez un edificio —dijo Dai Morgan.

—Bueno, vayamos a verlo, y así lo averiguaremos, repámpanos — dijo Tim.

—¡Vamos, pues! —dijo Bob Walters, y entonces recorrieron los últimos centenares de yardas que les separaban de aquella extraña cosa que había llamado su atención.

Bob Walters fue el primero en llegar allí, se detuvo, e inclinándose escarbó un poco la tierra y enclenque vegetación. Volvió a ponerse de pie sosteniendo en sus manos algo cuadrado y de color rojo apagado.

—Repámpanos, ¿qué veo? —exclamó Les. lie Scott.

—Es un ladrillo —dijo Paul Tregarth—, un viejo y roto ladrillo.

CAPITULO VIII
LA COSA

Rodearon toda aquella extraña y rectangular extensión de tierra sucia y vegetación que cubría la ruina. Era desde luego un edificio.

Si había sido una casa, un establecimiento, un garaje, oficinas, biblioteca o lo que fuere, era ahora totalmente imposible de adivinar. Debió haber sido una construcción rectangular de ladrillo, que había sido desintegrada casi en su totalidad, pero no del todo. Tal vez el cráter ocasionado por una explosión lo protegió de la peor devastación que seguiría tras aquellas. Podría haberse tratado incluso de un edificio público, pues parecía más bien grande para ser una simple casa. Dieron varias vueltas a su alrededor antes de que Bob Walters descubriera lo que parecía ser una estrecha entrada que sobresalía de la vegetación.

—Hay un camino para entrar —murmuró.

—¿Será realmente prudente? —preguntó Leslie Scott—. ¿No es posible que...?

—No irás a decirme que temes que haya alguien vivo ahí dentro, ¿verdad? —preguntó Bob.

—No sé lo que pienso o temo —replicó Scott—. Ya han sucedido otras cosas imposibles. Hemos sido lanzados al futuro, y dejado en un mundo en el cual *esto* —y abriendo las manos señaló aquel desierto gris, desvalidamente— es todo lo que ha quedado de Londres. Ahora incluso es *posible*, o no, que aun suponiendo que la clase de vida que nosotros conocemos no exista, pueda existir alguna clase de vida que sea peligrosa, siniestra...

—¿Quieres decir *mutaciones*, supongo? —dijo Paul Tregarth—. La clase de cosa que H. G. Wells, Julio Verne, R.L. Fanthorpe y todos los brillantes escritores de ciencia ficción emplearon en sus relatos. Pues, supongo que no es imposible, pero todas las mutaciones que parecen haber hecho esa vegetación es convertirse en más débil y enfermiza. No parece haber recorrido mucho camino para que se produjera ningún gran *cambio*. Fíjate en la hierba... sigue siendo hierba, pero no la llevarías a tu casa si fueras un granjero. No quemas mezclarla con tus pastos por miedo a que los contaminara su debilidad, su pobreza, su tono amarillo-gris-verdoso. Es repugnante, pero supongo que ha hecho bien en sobrevivir. Después de todo, es curioso comprobar que la hierba que no posee ninguna inteligencia ha sobrevivido más que el hombre, a pesar de su cerebro.

—Eres todo un filósofo, ¿eh, Paul? —dijo Dai Morgan, admirado—.

Casi puedo imaginarle en uno de aquellos programas de radio dando tu filosofía doméstica y respondiendo a toda clase de complicados problemas de la vida, relatando simplemente casos análogos sucedidos en tu país.

Paul Tregarth sonrió.

—Hay peores maneras de responder a las complejidades de la vida moderna. Yo creo que la respuesta está en el país. Desearía estar de nuevo en casa en mi pequeño pueblecito del siglo XX en lugar de encontrarme aquí, mirando todo esto…

—Voy a entrar —dijo de pronto Bob Walters.

—No te lo aconsejo —dijo Tim O'Riley.

—Prefiero que no lo hagas —dijo a su vez Dai Morgan—. Mira, ¿qué sucederá si hay algo ahí dentro? Es probable que no encuentres nada más que viejos ladrillos, pero puede haber algo. Por la manera que la vegetación ha crecido a través de esa entrada parece como si se hubiera tratado de ocultar alguna especie de caverna o algo parecido, y que así estuviera camuflada. No me gusta.

—Voy a entrar —repitió Walters, testarudamente.

—Preferiría que me dejaras ir a mí, amigo —dijo Tregarth con su acostumbrado acento—. Yo te diré lo que hay, anda, déjame ir. Nos dividimos toda clase de trabajos, los dos somos pilotos de pruebas… y tú eres mejor que yo.

—No digas eso —exclamó Walters— y, además, esa era mi ciudad. Quiero ver qué hay ahí, Paul, gracias de todas maneras por tu ofrecimiento.

—Como quieras, tú eres el capitán —replicó Paul.

—No estoy tratando de hacer valer mi título honorario sobre nadie ni sobre nada —dijo Bob Walters—, pero quiero entrar ahí. La curiosidad me está corroyendo. Está destrozándome los nervios. Tengo que ver si hay algo ahí adentro.

Se dirigió cuidadosamente hacia la cortina de denigrante vegetación que cubría la entrada a la ruina. La atravesó tan rápidamente que ninguno de sus compañeros podría haber hecho nada para detenerle, aun cuando hubieran querido hacerlo…

—¿Qué puedes ver ahí? —gritó Paul Tregarth, a través del follaje.

—¿Hay alguna cosa? —preguntó Leslie Scott, a su vez.

—¿Qué hay, Bob, qué has encontrado? —quiso saber Morgan.

—¿Tienes bastante luz para verte? —gritó Tim O'Riley.

No obtuvieron respuesta de Bob Walters.

Se preguntaban si le habría sucedido algo y entonces oyeron su exclamación de sorpresa y horror.

—Ahora salgo —anunció.

Oyeron sus pasos moviéndose al otro lado de la cortina de follaje y entonces salió de espaldas a ellos… arrastrando algo… Mientras tiraba pudieron ver un contorno de algo blanco; algo blanco y blando, algo que era absolutamente flexible en sus manos; algo que olía como si estuviera muerto desde hacía varios días. Finalmente salió a la luz; Leslie Scott se le acercó en seguida, y se detuvo para examinar aquella cosa. Había sido una vez una criatura de alguna especie, pero una criatura viviente de cuya especie ninguno de ellos había visto nunca. Tenía una semejanza superficial con el hombre. Pero más que su semejanza con el hombre poseía aquella semejanza con los fantásticos, blancos, fláccidos, semi-transparentes, translúcidas cosas que viven y se mueven y tienen su existencia en las profundidades oscuras de las cavernas subterráneas. Tenía ojos pero apenas parecían haber tenido funcionamiento. Leslie Scott miró a Tregarth. Tregarth miró a Morgan. Morgan observó a O'Riley. O'Riley miró a Bob Walters.

Ninguno de ellos habló. Hubo un largo y tenso silencio.

Aquella cosa fláccida, semihumana sin vista, yacía a sus pies, fuera de las ruinas entre los cráteres del desierto de polvo gris que había cubierto el sitio del extinguido Londres; y sin embargo… y sin embargo… de acuerdo con todas las reglas de la realidad cuando ellos habían salido en la nave espacial pocas horas antes en la mañana del sábado siete de julio de mil novecientos sesenta y dos todo había sido normal, todo, había ido bien hasta que aquella nube gris… fuera lo que fuere… había seguido su nave, lanzándoles Dios sabe cuán lejos en el futuro, y su aterrizaje de emergencia les había ido a dejar precisamente *allí*.

Al final Dai Morgan rompió aquel silencio.

—Creo, aunque odio tener que expresarme de esta manera… —dijo suavemente— creo que estamos contemplando una de las mutaciones que han nacido como resultado de…

—¿Una mutación de lo que fue en otro tiempo un ser humano… ¿es eso lo que quieres decir, Dai? —preguntó Bob.

—Eso es exactamente lo que yo quería decir, en efecto —replicó el galés—. Lo que haya podido suceder con los otros no lo sabemos. El noventa por ciento debieron morir, pero algunos de los supervivientes debieron mutar en *esto*.

—Bien, observando esto, yo diría que estaban acostumbrados a vivir bajo tierra, ¿no os parece? —preguntó Tim O'Riley.

—Tienes razón —dijo Bob Walters—. ¿Sabéis qué era este edificio? —preguntó haciendo un gesto hacia las ruinas.

Tregarth movió la cabeza.

—Era una estación —dijo Bob— y esto conduce al viejo subterráneo. Había un laberinto debajo de Londres, un laberinto de vaciaderos, vías férreas, desagües, túneles, pasadizos para esto o aquello. Tal vez algunas persona, tuvieron el tiempo justo de esconderse ahí debajo antes de que estallara la bomba y entonces, naturalmente, no pudieron salir de nuevo a causa de la radioactividad, por lo menos no pudieron salir durante mucho tiempo y la radioactividad se filtró hasta allá. Puedo comprenderlo. Es claro como el cristal al contemplar esa cosa. Los supervivientes vivieron, se multiplicaron y mutaron ahí abajo. Esa es una de las cosas que han resultado del hombre. Esa cosa desnuda, translúcida, sin cabello, blanca y fláccida.

—Tiene demasiados dedos en una mano —dijo Leslie Scott.

—Y pocos en la otra —dijo Paul.

—Me gustaría saber cuántos más hay ahí abajo —dijo Bob—. Este no hace mucho que debió morir.

—¿No os, gustaría saber qué le mató? —dijo Tim O'Riley. Dai Morgan se inclinó y examinó cuidadosamente el cuerpo. Lo giró hacia arriba, y en la espalda tenía una herida abierta.

—Lo que me suponía —dijo Tim O'Riley—. Fue herido con algo grande y muy afilado. Lanzas primitivas me atrevería a suponer, lo cual significa que él y sus amigos que habitan ahí abajo, en esas cavernas, no están demasiado amistosos unos con otros o bien con los extraños a ellos.

—Por esa razón —explicó Walters—, me gustaría poder ponerme en contacto con ellos. No estoy tratando de persuadir a nadie para que me acompañe si no deseáis hacerlo. Os consumiréis tratando de cruzar el desierto si no queréis venir, pero yo quiero ir abajo, para echar un vistazo.

Tenían una o dos pequeñas antorchas, antorchas de mano, que formaban parte del equipo que habían sacado de la cápsula. Las habían cogido con el propósito de servirse de ellas en caso de necesidad.

—Supongo que no habrás supuesto que permitiríamos que te metieras ahí debajo tú solito, ¿verdad? —preguntó Leslie Scott.

— Yo no voy a quedarme atrás, desde luego —exclamó Paul Tregarth—. No me gusta el desierto.

—No podemos permitir que un elemento tan valioso como tú se largue a esas profundidades por sí solo —dijo Morgan—, no sabiendo a dónde vas, podrías perderte..., ¡podrías subirte a un tren de distinto

destino!

Indudablemente Morgan poseía un agudo sentido del humor.

—Bien, si hay alguna probabilidad de pelea, y me parece que así será, no puedes olvidarte de un irlandés —dijo Tim O'Riley.

Bob fue contemplándoles uno a uno, con la mente demasiado agobiada por distintas ideas para expresar su sentir mediante algunas palabras; al final consiguió decir:

—Gracias, caballeros. Muchísimas gracias, de verdad.

Con Walters a la cabeza emprendieron su marcha hacia las ruinas de la antigua estación subterránea.

CAPITULO IX
EL LABERINTO

Lo que parecía haber sido la larga y ahora inmóvil escalera mecánica terminaba precisamente a su derecha. Iluminaron con las antorchas a su izquierda. Un tramo de escaleras descendía por el lado de la escalera mecánica inmóvil.

El aire o era demasiado fresco ni puro, y había un o más bien desagradable, viciado.

—¿Cómo podían vivir ahí debajo después de que las bombas estropearan los ventiladores? —preguntó Scott, súbitamente.

—Muchos debieron morir prácticamente en seguida —dijo Tregarth—, la corrupción que debió haber aquí abajo debió ser terrible. Aquellas que sobrevivieron debieron ser muy pocos y deben ser increíblemente resistentes.

—¿Qué deberían comer? —preguntó Morgan.

—Prefiero no pensar en esto —contestó O'Riley—. He visto hombres desesperados, he visto hombres hambrientos, y les he visto recurrir no sólo al canibalismo, sino al canibalismo vampiro. Les he visto comerse cadáveres, repámpanos —dijo Tim O'Riley.

—¡Dios mío! —exclamó Walters—. ¿Quieres decir que esa cosa blanca que he sacado afuera es un descendiente de una raza que viola los cuerpos de sus compañeros?

—Eso supongo —respondió el matemático irlandés.

Bob Walters se sintió psíquicamente enfermo.

—La vida es bien dura —dijo Tim O'Riley—. Muy dura en verdad. Y a causa de su dureza sobrevive. Cuando la civilización desparece, todo vuelve a la supervivencia de los más listos. Incluso un hombre civilizado puede convertirse muy pronto en un salvaje. Se dice a sí mismo que una vez hayan desaparecido las circunstancias de emergencia volverá a su civilización de nuevo, a alternar con ella, poniéndosela como si fuera el traje limpio que uno se pone cuando ha terminado de realizar un trabajo sucio. Eso es lo que hacemos..., nosotros hacemos una cosa que no es digna de nosotros, pero nos decimos que todo está conforme, que el fin justifica los medios, y que volveremos a ser distinguidos, civilizados y respetables cuando aquel asunto esté listo. Pero sólo tratamos de excusarnos ante nosotros mismos, y engañándonos al propio tiempo, puesto que cuando el trabajo está listo no podemos volver a ponernos nuestro traje de civilización como si fuera la camisa limpia que nos ponemos después de tomar un baño, porque una vez quitado descubrimos que ya no nos

sienta bien… No es apropiado para nosotros; no tiene ya utilidad para nosotros, y entonces otro juego de desesperadas circunstancias nos agobia y nosotros nos volvemos todavía más primitivos, y así más y más. Vamos retrocediendo hasta convertirnos en bestias y quizás en algunas ocasiones aún *peor* que bestias.

—Comprendo —dijo Walters sensatamente—. Todo lo que has dicho tiene un sentido aterrorizador, Tim. ¿Así, pues, esas cosas blancas son algo así como un cruce entre salvajes y animales y lo peor de la civilización pervertida?

—No me gustaría tener que enfrentarme con ellos —replicó O'Riley—, pero tú quieres verlo por ti mismo, y nosotros no vamos a permitir que vayas solo, Bob.

Empezaron a bajar por las escaleras. La plataforma del fondo habíase derrumbado y desmenuzado en mil pedazos. Las vías, por lo visto habían sido arrancadas.

—Me gustaría saber por qué se ha preocupado alguien en hacer esto —indicó Scott.

Paul hizo chasquear de pronto los dedos.

—¿Sabéis por qué los hombres de la Edad de Hierro sacudieron a los de la Edad de Piedra? —preguntó—. ¡Porque las armas de hierro eran mejores que las de piedra! ¿Sabéis por qué los hombres de la Edad de Hierro sacudieron a los de la Edad de Bronce? Porque las armas de hierro eran mejores que las de bronce. Si alguien hubiera descubierto el acero mientras los hombres de la Edad de Hierro seguían dominando, entonces la Edad del Acero hubiera desafiado a los hombres de la Edad de Hierro. Recordad aquellas leyendas que nos hablan de antiguos héroes que blandían espadas mágicas. El rey Arturo tenía la Excalibur, y uno o dos más poseían también armas mágicas especiales que sólo ellos podían usar, y que habrían partido en dos las espadas de otras gentes y nunca debían ser afiladas, y bien, ¿todo eso qué os dice?

—A mí me parece —dijo Scott— que si alguien, de alguna manera…, algún gran guerrero, poseía una espada de hierro y luchaba contra la cultura de bronce, de tal manera que su arma parecía mágicamente poderosa porque podía literalmente partir en dos él bronce, o el cobre, que eran la clase de armas que sus enemigos empleaban.

—Exactamente —convino Paul Tregarth.

Miró sugestivamente hacia el lugar donde habían estado los raíles.

—Mejor que minarlo. Millas de esa materia yaciendo ahí esperando ser empleada en algo. Ya veis, las armas no desaparecerán

jamás por completo aun cuando sólo las tengan algunos pocos. No les sería ya posible acercarse a la tienda de la esquina en busca de municiones. En situaciones desesperadas los hombres luchan por la vida. Si dos supervivientes quieren un pedazo de pan se matarán uno al otro para conseguirlo. Si dos hombres desean la misma mujer se matarán para conseguirla, y así podríamos ir citando infinidad de casos. Puedo imaginarme a los supervivientes dividiéndose en peligrosas e iracundas tribus..., por el instinto de la conservación. El hombre más fuerte llega a convertirse en el jefe de la tribu y entonces atacan a la tribu vecina, matan a sus hombres y se llevan a las mujeres, uniéndolas a su tribu. Tal vez no matarían a los hombres, sino que los convertirían en sus esclavos. Ya ves el proceso natural, volviendo a surgir el tipo de salvaje primitivo. Un nuevo sistema feudal pudo crecer aquí debajo donde los hombres fuertes enviaban a los débiles en busca de comida.

—Es una idea increíble, chico —dijo Leslie Scott.

—Pero muy probable, ya ves —respondió Dai Morgan, que había astado escuchando atentamente.

—Ciertamente creo que eso explicaría lo que ha sucedido con los raíles —indicó Tim O’Riley—. ¡Estoy seguro, estoy seguro, repámpanos! Estoy seguro de que esa es la res. puesta. De manera que lo que vamos a encontrar es una cultura primitiva cuyos moradores emplean armas de metal.

—¿Cómo deberían fundir el hierro o acero que componían esos raíles? —preguntó Bob Walters.

—Ah, posiblemente no serían capaces de hacer tal cosa —replicó O’Riley—. No tendrían la técnica, ni tendrían nada para hacerlo.

—Bueno, pues —insistió Walters—. ¿Así cómo diablos se explica que ellos puedan emplear el metal una vez hubieron arrancado esas vías?

—Tal vez fueron capaces de cortarlas y golpearlas... —dijo O’Riley —, martillearlas, ya sabes.

—Tiene sentido —convino Walters—, no sería imposible fabricar alguna clase de sierra para metal primitiva, que cortara las vías en pequeños trozos que luego se martillearían hasta quedar lisos y luego ir sometiéndolos hasta convertirlos en afiladas flechas, o martilleándolas de plano, obtener hojas de hachas. Podían incluso ser capaces de calentarlos hasta que quedaban dúctiles y golpearlos hasta que cortaban. No creo que pudieran obtener temperaturas suficientemente elevadas que hicieran posible darles la forma que ellos desearan.

—Naturalmente —dijo Paul Tregarth—, con la clase de esclavitud en que yo pienso, cuando una tribu conquistaba otra, ponía a sus esclavos a trabajar en el taller de armas, ¿comprendes? Obtener armas del metal es un trabajo duro, laborioso, y naturalmente nada mejor que emplear en ello a tus esclavos. Cuanto más fuerte y más guerrero seas, más esclavos conseguirás, y cuantos más esclavos tengas, más armas necesitarás para seguir siendo todavía más fuerte y, más guerrero. Un círculo vicioso tanto literal como metafóricamente. —Anduvieron varios centenares de yardas en silencio. Era un túnel aterrador, imponente y sobrenatural, extraño, atemorizador, terrorífico…

—Bien, esto identifica definitivamente la identidad de la ciudad —dijo Bob Walters—. Nos encontramos desde luego en un pedazo del viejo subterráneo londinense.

—¡Mirad esto! —dijo Leslie Scott—. Algo que nunca hubiera esperado ver en un túnel de tren subterráneo.

—Una estalactita —dijo Paul Tregarth— y mira, ahí debajo una estalagmita que brota del suelo.

Dai Morgan observó aquellos dos pequeños carámbanos con gran interés.

—Muy poco frecuente y muy interesante —dijo—. Normalmente estas cosas sólo tienen lugar en terrenos calizos, pero por lo visto aquí debe de haber suficiente carbonato cálcico en la capa de ahí encima para ser disuelta por el agua que se filtra por ella formando esos graciosos fenómenos. Ahora Tim, ¿qué te parece si nos pusiéramos a hacer algunos cálculos un poco complicados?

—Siempre estoy deseando ejercitarme y hacer trabajar al cerebro en pro de las matemáticas —contestó O'Riley—. Seguro, seguro que sí, ¡repámpanos!

Dai Morgan observó su reloj.

—Anda, ayúdame a cronometrar el tiempo que transcurre entre la caída de una gota y otra, ¿quieres Tim, por favor?

—Naturalmente, hombre. Claro que quiero —replicó Tim.

El matemático y el físico cronometraron el tiempo de las gotas que caían de la estalactita a la estalagmita.

Scott y Morgan consiguieron juntos el total más o menos aproximadamente de sedimentación. Le dieron varios números a O'Riley para que trabajara con ellos y el cerebro matemático del irlandés comenzó a trabajar con aquellos números con toda el alma.

Hubo un largo silencio mientras calculaba; al final dijo:

—No os gustará esta solución, chicos, estamos horriblemente lejos

en el futuro. Me atrevería a afirmar que esta estalactita y esta estalagmita…, siempre y cuando vuestros números originales sean correctos, que estamos aproximadamente a unos diez o quince mil años hacia el futuro. Hemos sido lanzados muy lejos, ¡muchísimo!

—Bueno, no es tan malo como hubiera podido ser, supongo —dijo Tregarth—. ¡Quiero decir que igual hubiera podido ser un millón de años.

—No creo que tenga mucha importancia —dijo Bob Walters—, ya sean miles de años o millones. No regresando a nuestra época, ninguna otra es tan buena para nosotros personalmente.

Paul Tregarth movió la cabeza afirmativamente.

—Tienes razón —convino—. No queremos el pasado, ni el futuro. Yo quiero el siete dé julio de mil novecientos sesenta v dos, que es donde creo pertenecer. Ningún otro día es tan bueno.

—Yo he decidido el mismo año —dijo Bob Walters.

—Igual que yo —convino Tim O'Riley.

—Me gustaría saber qué sucedería —dijo Tregarth si en lugar de ir a parar a una época en que nosotros ya no existiremos físicamente, es decir que nuestros cuerpos terrenales ya no existan, hubiéramos ido a uno o dos años adelante o uno o dos atrás. Imaginaros que hubiéramos ido a parar al año pasado, imaginaros que hubiéramos ido a aterrizar al año mil novecientos sesenta y uno. Si hubiéramos dado con aquella nube gris, y hubiéramos aterrizado en el año antes de ponernos en marcha…

—Creo que te comprendo —dijo Dai Morgan.

—Lo que me gustaría saber es esto —dijo Tregarth—: ¿podríamos ocupar el mismo espacio físico que nosotros mismos? Una vez leí una historia acerca de un hombre del futuro que retrocedió en el tiempo, pero que no pudo ir lo suficientemente atrás. Llegó en un período en el cual él todavía vivía, si bien no era más que un chiquillo, y las leyes de la metafísica, que abarcan los trabajos dimensionales del tiempo y espacio hicieron imposible que aquel hombre que había aterrizada dentro de su propio tiempo de existencia por lo que tuvo que serle arrebatada la vida.

—Es una idea muy complicada, pero posiblemente haya algo de cierto en ella —dijo O'Riley—, afortunadamente éste no es nuestro caso. Por suerte no nos hemos duplicado en el cosmos, ¿verdad? En realidad, por lo que hemos visto hasta ahora, me atrevería a decir que este mundo es muy, *muy poco* poblado. Por lo que nosotros no estaríamos de sobra ni física ni psicológicamente.

Oyeron un sonido delante de ellos. Fue un grito. Scott miró a

Tregarth. Morgan miró a O'Riley. Walters miró frente a él en dirección a donde se había oído aquel grito.

—¿Qué ha sido esto? ¿Lo habéis oído? —preguntó el escocés.

—Ni idea, amigo —repuso Tregarth.

—Estoy desconcertado, debo confesarlo, chicos —dijo Morgan llanamente.

—No tengo ni la más remota idea de lo que pueda ser, en absoluto —dijo Tim O'Riley. Walters exclamó:

—¡Vamos, vamos a averiguarlo!

Se pusieron de nuevo en marcha, en medio de la oscuridad que les rodeaba, en dirección a donde había sonado aquel grito.

CAPITULO X
EL GRITO

Avanzaban en medio de aquella oscuridad tan rápidamente como les era posible, tropezando con la superficie continuamente resquebrajada allí donde habían estado en otro tiempo las vías. Parecía imposible pensar que en un tiempo muy lejano, habían habido cables eléctricos y señales y alegres y animadas muchedumbres que viajaban en aquellos vagones a lo largo de aquel túnel; y ahora la entrada de aquel laberinto estaba señalada por el cadáver de un blanco mutante herido en la espalda, que olía a corrupción, y el propio laberinto se llenaba de gritos, gritos que les parecieron femeninos...

A Bob Walters no le había gustado en absoluto el sonido de aquel grito. Era el grito supremo de un corazón desesperado, era como el grito de un alma en agonía. Había sonado como si hubiera sido proferido por alguna de las víctimas de Satanás, en las profundidades de aquel infierno que Dante imaginó.

—Apagad las antorchas —susurró Bob Walters.

O'Riley, Morgan, Tregarth y Scott obedecieron al momento. Más adelante podía verse una luz lánguida alrededor de una curva del túnel. Su rápida carrera cambió por un paso subrepticio, furtivo.

—¿Qué te parece que está pasando? —murmuró Leslie Scott.

Oyeron de nuevo aquel grito, esta vez quedaron plenamente convencidos de que se trataba de una mujer la que lo había proferido, y desde luego se hallaban ya mucho más cerca del lugar de donde provenía.

Además de aquel grito desgarrador oían ahora un sonsonete tenue, bajo, de un modo más bien macabro, horripilante aunque había cierta melodía en aquel sonido, que se elevaba y disminuía rítmicamente, pero, sin embargo, había algo horripilante en él.

—Nunca en mi vida había oído nada semejante, es como la canción de la muerte que se canta antes de realizar un sacrificio —dijo Paul Tregarth, sombríamente.

—Ssshh... —dijo Dai Morgan—, estaremos allí mismo en un minuto...

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó O'Riley.

—Para empezar, observar —respondió Walters.

Dieron la vuelta al recodo del túnel y vieron, ante las vacilantes llamas de un fuego, un cuadro que heló realmente la sangre en sus venas. Pareció coagular incluso los mismos corpúsculos de sus

arterias. A pesar de su rudeza, Bob Walters no pudo evitar un estremecimiento de horror y repugnancia. No se habían equivocado en cuanto al origen de aquel grito. Era una muchacha. Por lo que podía adivinarse a la vacilante luz de las llamas, una muchacha atractiva, Parecía absolutamente normal, absolutamente sana y fuerte, absolutamente humana. Su piel era ligeramente bronceada, ahora teñida de rojo naranja y rosado por las llamas del fuego que las cosas blancas habían encendido.

Estaba atada a una especie de enrejado de metal que por lo visto se había construido sir. viéndose del hierro de los viejos raíles. Un enrejado que habían construido los blancos habitantes del laberinto. Pulgada a pulgada, con el acompañamiento de aquel fantasmal ruido, aquel horrible cántico semi musical, rítmico, el enrejado de hierro iba siendo acercado más y más al fuego que tenían preparado.

—¡Dios mío! —exclamó Walters—. ¡Van a quemarla viva!

—Son todavía caníbales, pues —murmuró Scott—. Caníbales, sádicos y Dios sabe qué más.

—No es asunto nuestro —dijo O'Riley—, pero voy a obrar como si lo fuera.

Con un repentino, salvaje, grito de guerra céltico, de aquella clase que los guerreros irlandeses habían empleado durante miles y miles de años, con la clase de grito de guerra que producía terror a los enemigos de los irlandeses desde que hubo una Irlanda, Tim O'Riley se lanzó a la carga, más como un osiánico o finlandés que como un profesor de matemáticas de la magnífica Universidad de Dublín. La visión de la atrocidad que aquellas *cosas* blancas iban a cometer con aquella muchacha, había arrancado la capa exterior de civilización de Tim O'Riley como si hubiera sido una capa. No era ya el profesor de matemáticas, no era ya un instruido astronauta del siglo XX. Era un guerrero irlandés que veía con indescriptible horror que iba a cometerse una atrocidad y estaba decidido a evitarlo.

Algo parecido agitó la sangre de Leslie Scott. Era como si el tiempo hubiera desaparecido y la civilización también, quedando sólo un rugido furioso, una especie de grito de guerra que había reunido hombres al estandarte de Wallace o Bruce.

Tregarth no hizo ningún ruido, pero estaba apenas a medio paso de O'Riley y Scott.

Morgan llevaba en sus venas sangre de aquellos valientes luchadores de las fronteras de Gales. Morgan poseía la facultad, la habilidad de saber pelear como el famoso y gran Llewellyn. Sus músculos eran los músculos de Dynas Wawr, de los hombres de la

frontera. Bob Walters se sentía más encolerizado de lo que se hubiera sentido jamás en su vida. No le importaba ya la nube gris, nada de aquello le importaba ya, a excepción de conseguir arrebatar a la muchacha de las garras de aquellas horribles cosas. No pensaba en aquellas cosas blancas, translúcidas, fláccidas como criaturas humanas en absoluto. Eran animales, eran atávicos; eran peores que los animales, no merecían siquiera una mínima porción del sucio aire que habían encontrado en aquel fantasmagórico laberinto subterráneo que en otro tiempo había sido una estación de intercomunicación subterránea.

O'Riley fue el primero en llegar.

La cosa blanca más cercana, en la punta del grupo que iba cantando aquel, himno a la muerte mientras se disponían a quemar viva a aquella muchacha, llevaba una lanza de pesado metal. O'Riley le dirigió un fuerte puñetazo, con toda la fuerza de sus catorce libras en pleno cuello. Cayó fulminado sin pronunciar el más leve sonido. Tim le arrebató la lanza y la blandió ora a la izquierda, ora a la derecha.

Morgan cogió la lanza de una de las primeras víctimas de O'Riley haciendo caer a dos criaturas más sin que nunca pudieran saber lo que les había atacado.

Tregarth, con la tradicional fuerza de los hombres del país del Oeste, alzó a dos de aquellos extraños seres, cuyos cráneos aparecían totalmente calvos y los hizo entrechocar uno contra otro como si hubieran sido dos cocos, y luego él, también, recogió una lanza y se lanzó contra el enemigo, como si estuviera en plena siega del maíz con una hoz.

Leslie Scott se había procurado una larga barra de hierro que aparentemente debía de estar en proceso de ser convertida o cortada en alguna clase de arma. Leslie Scott era un hombre corpulento y fuerte. La barra de hierro era muy, muy pesada. Lo reconoció así cuando la empleó dándose cuenta de que aquello debió de ser una sección de vía de unos seis pies de longitud. Se oía un nauseabundo ruido cada vez que lo dejaba caer sobre alguna de aquellas fláccidas cosas blancas.

Bob Walters avanzó corriendo por el tramo que sus amigos habían dejado despejado en dirección a la muchacha empezando a cortar frenéticamente las ataduras que la aprisionaban en aquella parrilla de hierro. Ella observaba a sus libertadores como si fuera total y absolutamente incapaz de creer en sus propios ojos.

Sonrió.

Walters no sabía cómo hubiera sonreído cualquier otro en aquel lugar fantasmagórico» pero como él no comprendía el lenguaje de la muchacha pensó que aquello era la única colisa que ella podría comprender a su vez. Por esto haciendo un esfuerzo trató de sonreírle a su vez, puesto que aquello era un medio de comunicación más que un intento de expresar sus emociones. Les sobrepasaban en número en setenta u ochenta por cada uno; de ellos, a juzgar por la muchedumbre enorme que se apiñaba en lo que había sido, sin. lugar a dudas, una gran estación subterránea. Pensó que tal vez pudo haber sido la de Picadilly. Tras la primera impresión por el ataque inesperado, aquellas criaturas blancas se pondrían también a la ofensiva, y entonces tal vez hubiera seis víctimas de aquel fuego en lugar de una.

No era una muerte lo que Tregarth paladeaba particularmente. Estaban luchando como demonios. Era una batalla increíble, más <de la clase de batalla que acostumbra a ofrecerse en las pantallas de cine al proyectar películas del Oeste, o una versión hollywoodense de la guerra en Birmania, que lo que era en realidad. Era más bien la clase de pelea que podrían haber representado John Wayne o Errol Flynn, en la pantalla que una pelea en la vida real, como estaba desarrollándose.

Y sin embargo, con el mismo total de éxitos que Wayne o Flynn mostraban usualmente en sus aventuras a través del celuloide, Scott, Tregarth, Morgan y O'Riley iban liquidando a los blancos mutantes como un cuchillo caliente derrite un pedazo de mantequilla.

En la inmortal obra de *Anabasis*, Xenofonte narra cómo diez mil griegos derrotaron al imperio persa, luchando contra millones de gente. En su tiempo, los soldados griegos de infantería pesada eran invencibles. En el suyo o mejor dicho fuera del suyo, Scott, Tregarth» Morgan y O'Riley eran igualmente invencibles.

No estaban realmente en su tiempo, estaban muy, muy lejos de su tiempo, pero estaban realizando hazañas fantásticas...

Cubiertos por la sangre de los blancos mutantes seguían partiendo y repartiendo, asestando golpes y trancazos con aquellas mortíferas armas hasta el extremo que si alguien hubiera sugerido que ellos eran la crema de los hombres intelectuales del siglo XX y de su civilización, seguramente se habrían reído por aquella ocurrencia.

La civilización está tejida con hebras finas.

CAPITULO XI
LA BATALLA

En plena batalla Scott había cambiado de armas en varias ocasiones. Una de aquellas fláccidas criaturas estaba frente a él con su rostro semi humano, perverso, con un aspecto peligroso y mortífero. Abrió la boca y dando un terrible aullido, la cosa blanca cayó herida por la brecha que Bob le había infligido al clavarle la lanza en sus órganos vitales. Había otra arma en el suelo, que Bob recogió sirviéndose de ella piara arrojarlo a lo lejos. Se le acercaban otras de aquellas fláccidas monstruosidades que iban a cogerle por un brazo. Su contacto era frío y viscoso; sus cuerpos parecían los de aquellos peces blandos.

Tregarth clavó el arma muy profundamente en aquel monstruo blanco, ocupándose en seguida de otro que se le acercaba por detrás, hiriéndole también de muerte y yendo a parar al lado del otro. No había duda de que Paul Tregarth era un formidable adversario.

Dai Morgan luchaba con una furia tremenda, empleando ahora una lanza, luego un fragmento de hierro, después levantando al oponente con la mano izquierda y dirigiéndole un salvaje puñetazo con la derecha.

O'Riley había descubierto también que en aquel holocausto a la muerte, en aquel remo, lino de furia salvaje, no había reglas ni cuartel.

Ya empleaba una lanza, como un garrote, o bien una barra de hierro, pero no había duda alguna de que los blancos mutantes por entonces se habían dado cuenta ya de lo poco numerosa que era la fuerza de sus atacantes.

Sus cánticos habían dejado de oírse. Aparte de los gritos y aullidos y del ruido de sus cabezas al chocar unas contra otras y el producido al desplomarse heridos o muertos al suelo no se oía nada más.

Entonces oyeron unas palabras y unos gritos y O'Riley supuso que debían ser órdenes del comando. No podía ver al jefe, pero supo, por una especie de instinto de guerrero, que quienquiera que fuera el que dirigía a los blancos mutantes sería un diablo mucho más peligroso que todos aquellos que habían visto hasta entonces. Aunque el fantástico éxito de los hombres del espacio daba la impresión de que los blancos mutantes no eran unos oponentes demasiado formidables, era *sólo* una impresión y distaba mucho de ser la verdad.

Scott, Tregarth, Morgan, y O'Riley habían sido escogidos para realizar aquel viaje espacial no sólo por ser expertos en sus disantos

campos, ni sólo por ser hombres de excelente carácter e inteligencia, sino porque eran hombres que estaban soberbiamente dispuestos físicamente; y soberbia disposición física significa fuerza física, en nueve casos de cada diez.

Un hombre que posee disposición, tiene fuerza, un hombre que posee fuerza, tiene poder muscular, tres cosas que van intrincadamente unidas, irrevocablemente entrelazadas.

Mientras Scott se hallaba atareado tratando de deshacerse de dos de sus oponentes una frase de Tennyson acudió a su mente. Era una frase del ciclo artúrico, y trata de la muerte de aquel noble rey.

El ruido de la batalla siguió redoblando a lo largo de todo el día.

Les Scott tenía la impresión de haber estado luchando desde hacía una eternidad; a Paul Tregarth le parecía estar peleando desde que Drake se hizo al mar y había seguido peleando hasta la batalla de Armageddon que puso fin a las demás batallas. Dai Morgan tenía la sensación de estar peleando desde los días de Llewellyn y Gelert; Tim O'Riley sentía como si hubiera estado al lado de osiánicos y finlandeses en la primera de sus grandes batallas épicas; pero todo aquello no importaba, puesto que aquellos cuatro hombres estaban dispuestos a pelear hasta que el capitán Bob Walters hubiera terminado con su cometido.

Estaban luchando, desde luego, con cierta clase de estrategia a pesar del lio que había allí, tratando de mantener un paso protegido a fin de que Bob Walters pudiera escapar con la muchacha. Scott y Tregarth estaban luchando hombro contra hombro en un lado y Dai Morgan y Tim O'Riley en el otro... Entre aquellos cuatro hombres quedaba un pasadizo en el cual Bob Walters tenía puesta toda su atención.

Bob Walters tenía unos dedos fuertes puesto que los pilotos de pruebas deben tener manos fuertes, pero necesitaba de toda su fuerza y algo más todavía para conseguir desatar las ligaduras que aprisionaban a la muchacha. Mientras trataba de libertarla, pensó que aquellos blancos mutantes no debían estar completamente carentes de inteligencia... Ellos sabían que alguien que va a ser quemado vivo se moverá y agitará con fuerza sobrehumana, con violenta desesperación en su intento de escapar de aquel destino tremendamente horrible, y las ligaduras estaban tan bien hechas que hubiera resultado totalmente imposible, incluso para un hombre de valor como Sansón, Tarzán o Charles Atlas, haber conseguido librarse de ellas. Estaban más allá de la fuerza de Hércules.

Habrían estado más allá de Héctor o Lysandro; hubieran desafiado

el poder de Alejandro Magno. Hubieran sido demasiado para un Titán, hubieran abatido a los cíclopes. No había la menor posibilidad de romperlas, pues los nudos realizados en tiras de piel cruda, debían ser deshechos. Los nudos habían sido hechos bien apretados uno por uno, mediante varios de aquellos monstruos blancos. Aquello debía formar seguramente una parte de la preparación de la ceremonia, y podía imaginarse a la muchacha moviéndose y agitándose para evitar que pudieran apretar demasiado al hacer aquellos nudos.

Hasta entonces la atención de los blancos mutantes estaba totalmente puesta en la batalla que estaban realizando, por lo cual ninguno de aquellos extraños seres se había dado cuenta de las intenciones de Walters, y, por consiguiente nadie había tratado de detenerle. Por lo que podía apreciar nadie se había fijado todavía en lo que estaba haciendo. Ya había conseguido quitar las ligaduras de la muñeca izquierda de la muchacha y las de la derecha. La parrilla metálica iba acercándose más y más al terrible calor del fuego. Estaba lastimándose las manos al tratar de desatar las ligaduras de sus pies. Ella distaba mucho de estar inactiva o imposibilitada. Una vez tuvo la mano izquierda libre, ella misma se ocupó de terminar de soltarse las ligaduras de la derecha. Ya tenía el tobillo izquierdo libre y empezaba a ocuparse del derecho cuando uno de aquellos fláccidos blancos mutantes se dio cuenta de lo que Bob Walters estaba haciendo y dio un estremecedor aullido de alerta. En seguida tuvo a varias docenas de aquellas extrañas criaturas rodeándoles. Girándose de espaldas a la muchacha se enfrentó con aquella salvaje horda. Respiraba con dificultad a causa del calor del fuego; goleas de sudor resbalaban por su cara.

Tenía las uñas rotas y sangrando por la violencia con que había tratado de romper aquellas ligaduras de piel. Sólo esperaba que la muchacha tuviera la fuerza suficiente para conseguir deshacer el último nudo, puesto que por el momento él no podría ayudarla, por lo menos en aquello.

La primera de aquellas cosas fláccidas, horribles, repugnantes, se encaró con él con un fantasmagórico aullido. Bob Walters le recibió realizando una llave de judo golpeando con el lado de su poderosa mano…

CAPITULO XII

LA ESCAPADA

La cosa que Bob Walters golpeó cayó al suelo, desplomada, quedándose muy quieta, mucho. Los demás se detuvieron un fugaz instante, el tiempo suficiente para que Walters girando la cabeza ligeramente pudiera ver que la muchacha estaba terminando de deshacer aquel nudo. Le dirigió una sonrisa alentadora y luego ya no tuvo tiempo más que para ponerse en acción... Acción con letras mayúsculas. Acción ¡ACCION!

La cosa que había golpeado con el canto de su forzuda mano cayendo desplomada al suelo había dejado caer con ella una lanza de rudo metal. Parecía como si hubiera sido hecha con un pedazo de rail debidamente martilleada y arreglada.

La recogió y la fue a clavar en la fláccida cosa blanca que tenía más cerca. Esta cayó desplomada al suelo, si bien ya era de esperar. La lanza quedó fuera de servicio tras aquella. Bob Walters sabía que era obtuso tratar de arrancar el arma para emplearla de nuevo...

La siguiente estaba vigilando atentamente su mano. El pie del capitán se alzó rápidamente, un pie calzado con unas botas con tacón de acero y con suela gruesa magnética, yendo a dar de lleno en aquella fláccida cosa blanca en algún lugar que debía ser más o menos el medio del plexo solar, pues Bob Walters había sido un excelente jugador de fútbol amateur antes de convertirse en piloto de pruebas, lo cual le ocupó ya, sino Todo el tiempo, casi todo... De haber sido una pelota de fútbol lo que hubiera habido frente a aquella bota, el esférico hubiera recorrido una distancia de una media milla, y desde luego, el efecto de la cosa blanca fue igualmente satisfactorio pero menos espectacular. La fláccida cosa blanca se derrumbó con un sonido más bien patético. Hubo un prolongado e indeciso *WHEEEEEeeeeww* como si el aire hubiera sido aspirado de sus pulmones, o de la cavidad de aire, o cualquiera que fuera el fantástico mecanismo que les sirviera para realizar las funciones respiratorias. El siguiente mutante golpeó al capitán Walters con una lanza. El capitán esquivó el golpe a tiempo, arrancando el arma de las manos del mutante y golpeándole con el extremo. Enterró aquella lanza en el tórax del mutante siguiente que se le acercaba. La muchacha había terminado ya de deshacer el nudo. Estaba ligeramente herida por rasguños y ampollas principalmente alrededor de los pies y de los tobillos y cojeaba un poco al saltar de la parrilla de hierro en la que había estado atada, si bien las quemaduras eran sólo superficiales y

ligeras. Dentro de pocos días volvería a estar completamente bien, decidió Walters tras haberla contemplado. No había tiempo que perder tratando de hacerse comprender, dadas las dificultades que surgirían por el empleo de distintos lenguajes. Tenía que salir. Tenían que alejarse de aquel laberinto rápidamente.

Había una brecha en el ring de los blancos mutantes. A cada lado de aquella brecha había dos hombres peleando desesperadamente. Bob se dio cuenta de que aquel magnífico equipo había procurado por todos los medios de dejarle un camino abierto que le permitiera poder escapar con la muchacha.

Otro de los blancos mutantes se dispuso rápidamente a impedirle el paso al capitán Bob Walters. La bota de éste fue a dar contra el blanco mu ante sin que por ello detuviera su marcha. Más bien fue un movimiento giratorio hecho con mucha gracia y precisión. El blanco mutante, calvo, translúcido, no pareció saber apreciar las gracias de aquella maniobra que había sido realizada única y exclusivamente para él. Perdió el conocimiento y se derrumbó al suelo. Bob Walters y la muchacha se dirigieron hacia el pasadizo que sus hombres les habían preparado. Como ellos formaban un conjunto perfectamente unificado, en lugar de ser cuatro mentes separadas, Morgan, O'Riley, Scott y Tregarth se juntaron formando un apretado nudo de salvajes fibras musculares, hombro con hombro. Los mutantes pasaron por el lado del montón de muertos y un hosco murmullo llenó el aire.

—Creo que van a precipitarse contra nosotros —dijo Tregarth.

Walters y la muchacha estaban ya adelante, sin peligros avanzando por el pasillo. Los mutantes retrocedieron un poco más. Los cuatro astronautas les miraban fijamente.

—Desde luego, queridos amigos míos, van a precipitarse contra nosotros —dijo Tregarth.

—¿Qué sugieres que hagamos? —preguntó Scott.

—Pues esperar hasta que estén un poco cerca y entonces correr hacia el pasillo y reintegrarnos de nuevo. Podemos defendernos mucho mejor en el pasillo que luchar en este sitio abierto, puedes darlo por seguro —indicó el irlandés.

Las dos hileras opuestas de blancos mutantes, translúcidos, fláccidos, hicieron un amenazador gesto en dirección a los cuatro astronautas.

—¡Ahora! —exclamó Paul.

—¡A la orden! —contestaron sus tres compañeros casi al unísono, girándose y empezando a correr pasillo adelante.

—A Dios gracias, podemos correr más deprisa que ellos —dijo el

escocés.

—Lo cual no deja de ser una gran suerte, ¿eh?, ¡pues de otra manera pront0 habrían cuatro tenazmente atados en esa parrilla de hierro de esos! No me importaría terminar como una gota de cera derretida tratando de defender a alguien que está en una situación ciertamente apurada. Sentiría que habría cumplido mi deber en favor de la pobre humanidad sufriente si mis huesos sirvieran para perfeccionarse. ¡Ah, eso parece casi un poema, pero no consiento pensar en que voy a terminar como una costilla a la parrilla en beneficio de mis tataratataranietos mutantes de miles de miles de generaciones venideras; no gracias!

Los blancos mutantes iban avanzando acercándoseles por el pasillo tras elfos. Sus cuerpos fríos, fláccidos producían un ruido peculiar.

—¿Qué vas a hacer una vez llegues al claro? —gritó Leslie Scott a Bob Walters, que corría con la muchacha a pocos pasos de ellos. Al llegar al final del túnel encontraron las escaleras.

—Son muy estrechas —exclamó Walters—. Dai, sube con la muchacha, mientras nosotros defendemos las escaleras. Yo todavía no he tenido mi parte en la batalla y vosotros sí.

—Regresaré tan pronto la haya dejado a salvo arriba, ¿entendidos? —replicó el galés.

Y cogiendo a la muchacha en sus brazos poderosos emprendió el ascenso de las escaleras hacia el exterior, dando la espalda a las ruinas.

—Ya sé que no puedes comprender ni una palabra de lo que te digo, querida mía —dijo—. Sin embargo, quédate aquí, ¿eh?, y no te pasará nada. Vamos a limpiar el camino de esas cosas blancas. Son desagradables, ¿verdad?

Y dando media vuelta regresó al lado de sus compañeros que se hallaban en la escalera.

CAPITULO XIII
LAS ESCALERAS

Las cosas blancas estaban claramente furiosas y coléricas. El asado de la muchacha habría sido mucho más importante que la mera preparación de la cena. Los cuatro astronautas se daban ahora cuenta de ello. Aquel acto debía tener algún significado profundamente ritual en cuanto a los repugnantes y translúcidos mutantes concernía. El hecho de que fuera una muchacha a quien iban a sacrificar se debía probablemente a alguna clase de motivo de origen sexual, por lo visto.

Bob Walters supuso que tal vez sería por alguna clase de rito atávico de fertilidad, aunado con algún sadismo muy desagradable; y el hecho de que ellos se hubieran atrevido a intervenir significaba que habían cometido algo mucho peor que robarles la cena. Habían cometido un sacrilegio y una blasfemia a los ojos de aquellos fantasmagóricos mutantes blancos, que habitaban en aquel laberinto. Estaba bien claro por la ferocidad

con que los mutantes acababan de renovar su ataque.

Y además quedaba bien patente, también, que ellos no estaban dispuestos, de ninguna manera, a permitir que la muchacha escapara. Sabían que la muchacha habia sido llevada arriba, a un lugar comparativamente más seguro, pero habiendo dedicado su sacrificio, argumentó Bob, creerían que el dios o los dioses, a los que el sacrificio había sido dedicado, se sentirían muy enojados si el regalo prometido no les era entregado. Parecía como si los hombres del espacio tuvieran que matar a toda la población mutante porque los translúcidos mutantes no parecían dispuestos a retirarse.

Hasta cierto punto, Walters sintió pena de sus enemigos. Aquellas criaturas eran absolutamente repelentes, no poseían ningún mérito reconocible de estética. Nunca había visto ninguna especie viviente que le atrajera menos, y sin embargo, desde su punto de vista, su sagrado festival religioso, había sido súbitamente interrumpido por los cinco extranjeros salvajes que habían saltado sobre ellos, matando a muchos de los suyos, y alejándose con su víctima. Había dos maneras de enfocar aquella situación, pensó Walters.

Y si se juzgaba la situación desde un punto de vista sencillo y suficientemente primitivo, y reconociendo el hecho de que los salvajes mutantes con sus cuerpos fláccidos y translúcidos estaban totalmente exentos de cualquier clase de género ético y moral, no era difícil comprender la manera de razonar de aquellas atávicas criaturas en cuyas quejas había una especie de rudimentaria justicia. Según su

punto de vista, para defenderlo, los blancos mutantes estaban realizando una Cruzada. En honor a su dios, o a sus dioses, estaban intentando recuperar la víctima que debía ser sacrificada, y vengar con sangre la sangre derramada por sus hermanos que habían sucumbido.

Aquellos salvajes extranjeros habían matado y herido a muchos de sus compañeros, con el único fin de robarles su sacrificio...

No había más tiempo para pensar, decidió Bob Walters, el objeto de sus pensamientos estaba apiñándose como un grande y blanco mar al pie de las escaleras y en cada uno de aquellos rostros bestiales, podía verse el deseo de matar y el odio más agudo. Era casi imposible pensar que aquellas cosas pudieron haber sido alguna vez seres humanos. Como la viscosa lava que brota del cráter de un volcán las cosas empezaron a subir por las escaleras. Pero sólo podían subir de cuatro en cuatro debido a lo angosto de la escalera, y avanzaban de aquella manera como una gran masa en pos de aquellos extranjeros. Sus lanzas servían de protección contra los astronautas, pero Bob y sus ¡compañeros no estaban dispuestos a retirarse, a ningún precio...

Caer vivo en las manos de aquellas cosas significaría ser asado vivo en aquel fuego horriblemente lento o aún peor. Estaban dispuestos a vencer o a morir en plena lucha. Para Bob Walters era cuestión de caballerosidad y honor el rescate de la muchacha, pero no estaba dispuesto a permitir que aquel esfuerzo fuera malgastado permitiendo que la damisela recientemente rescatada volviera a caer en poder de aquellos horrendos ogros. Las cuatro lanzas atacaban casi al mismo tiempo, por lo que era bastante difícil evitar la acción de aquellas en el reducido espacio de las escaleras, pero los cinco astronautas estaban empezando a familiarizarse ya con aquel espacio y con el ataque de sus enemigos adquiriendo práctica en el arte de esquivarles... Arrebataron las lanzas de las manos de sus enemigos girándolas contra aquellos, prendiendo a dos e hiriendo a un tercero con la punta. Era un ataque nuevo.

Scott y O'Riley atravesaban a los que se les enfrentaban mientras Bob Walters atravesaba a dos más y hería a un tercero. Reforzándose unos a otros y en los lados de las escaleras los astronautas levantaban los pies dejándolos caer salvajemente hacia abajo. El peso de los cuerpos caídos arrastraba tras de sí a las dos o tres primeras filas de mutantes blancos haciéndoles rodar escaleras abajo con ellos, pero la siguiente ola de aquel mar humano les amenazaba con engullir a los cuatro desesperados aventureros del espacio. Lenta, pero inexorablemente iban viéndose obligados a retroceder y súbitamente

Bob Walters se dio cuenta de su peligro.

—¡Esas escaleras mecánicas! —susurró sin atreverse a señalarlas con la vista—. Si poseen la inteligencia necesaria para darse cuenta de que pueden subir por las escaleras mecánicas igual que por aquí, nos atacarán por la espalda! Nos veremos atrapados en medio de este angosto desfiladero.

Mientras hablaba, Tim O'Riley recordó al gran Leónidas. Leónidas que con su puñado de guerreros espartanos habían desafiado a las masas del ejército persa en el Paso de las Termopilas, y en cuya memoria un león de piedra se yergue en aquel lugar esculpido en la misma roca. Hora tras hora los aguerridos espartanos, hombro contra hombro y lado contra lado, habían ido rechazando los ataques persas, hasta que al final fueron traicionados por un griego traidor quien condujo al ejército persa dando la vuelta y haciéndoles salir detrás de ellos, de forma que pudieran ser atacados por la retaguardia.

Entonces Leónidas y su leal puñado de hombres retrocedieron hasta el punto más estrecho del paso, y allí, hombro contra hombro siguieron luchando hasta haber eliminado a la flor y nata del ejército persa. Fue una victoria pírrica, naturalmente, por lo que a los persas se refería. La crema de su ejército habia sido liquidado por unos centenares de griegos. Ni uno de los hombres gallardos de Leónidas había quedado con vida, pero por cada griego habían muerto cientos de persas al final de aquel día. Los cuerpos estaban amontonados en aquel sanguinario Paso. El peso del número de los coléricos habitantes del laberinto, aquellos mutantes blancos, translúcidos, horribles, estaba empezando a significarse.

Y entonces, precisamente tal y como Bob Walters había temido, uno de los más inteligentes de aquellos atávicos salvajes, se dio cuenta repentinamente de que subiendo por las escaleras mecánicas podrían atacar al enemigo por la espalda.

La agitada masa de lava blanca, viviente, bajo los cinco hombres desesperados pareció desparramarse, como hace un río cuando encuentra un nuevo canal abierto por el cual desviarse, y como ansiosa y aginada agua corre a explorar aquel nuevo curso, en busca de un nuevo lecho, una masa de blancos mutantes comenzó a subir rápidamente por las escaleras mecánicas en desuso para atacar al grupo de la nave JX2 por la retaguardia.

—¡Por Dios, chicos! Contaba con conseguirlo —dijo Bob Walters.

—Oh, somos cinco y ellos sólo son unos millares aproximadamente —dijo Leslie Scott.

—No me preocupo por nosotros —dijo el galés—. Es la muchacha

lo que me preocupa ahora. Mientras la mayoría de ellos nos mantienen atrapados aquí abajo, algunos de los otros podrán subir y cogerla de nuevo.

—¡A menos que ella haya tenido el suficiente sentido común para largarse de aquí!

—¡Sí! Espero que así lo haya hecho. Tenía motivos más que suficientes para desear no volver a verse aprisionada por esos seres, pero no sabemos de cuán lejos viene. Me gustaría saber lo lejos que se encuentra su gente —dijo Bob.

—Dejemos esto y sigamos con la lucha —dijo Tim O'Riley, clavando su lanza manchada de sangre en otro mutante blanco.

Los cinco hombres se vieron envueltos en un estrecho nudo de luchadora y sudorosa humanidad. Las lanzas iban tras ellos por todos lados, si bien conseguían esquivarlas por pulgadas, aunque no esquivándolas todas por completo. Había un corte en el hombro, luego una pierna rozada y además se hallaban horriblemente fatigados. Habían luchado como troyanos, habían peleado como espartanos por espacio de casi una hora, pero la carne *y* la sangre tienen un límite. La atmósfera en las escaleras era mejor de lo que hubiera sido abajo en el andén del subterráneo, pero así y todo no era demasiado buena.

—Si no viene alguien a ayudarnos muy pronto —indicó Bob, con una mueca—, no volveremos a necesitar ayuda alguna jamás.

Desde la parte superior de las escaleras, llegó una repentina interrupción.

CAPITULO XIV
REFUERZOS

La alteración en la parte superior de las escaleras iba haciéndose más clara. Los cinco astronautas estaban completamente acorralados. Los altos lados de las escaleras les privaban de poder escapar por uno u otro lado. Encima de ellos había solamente la masa sólida de los blancos mutantes, que iba siendo reforzada y alimentada por los que iban subiendo por las escaleras mecánicas, cruzando los pocos pasos que les separaban de aquellas otras escaleras y bajando para reunirse y atacar juntos. Debajo de ellos había otra masa que iba siendo reforzada también desde abajo mismo. Pero ahora parecía que el anhelado, pero aparentemente imposible milagro había sucedido.

Algo o alguien..., en realidad muchos, algunos o algos... daban estacazos con el mismo propósito y efecto en la parte superior de las escaleras haciendo que los blancos y translúcidos mutantes, habitantes de aquel laberinto espantoso, que había sido en otro tiempo el subterráneo, retrocedieran en pleno desorden.

Hubo un ruido en la parte superior de las escaleras; fue un grito de guerra, tan fuerce y poderoso como ningún grito de guerra que el escocés o el irlandés lanzaron al comienzo de la batalla. Hacía estremecer y coagular la sangre pero por lo menos era HUMANO. Era mucho más humano que los ruidos que habían ido haciendo aquellas cosas blancas previamente. Los blancos mutantes temblaban apurados en la parte superior de las escaleras. Un puñado de ellos había quedado atrapado entre quienes quiera o cualquier cosa que fuere, que había llegado y el grupo pequeño de los astronautas atrapados a su vez a mitad de las escaleras.

Dai y Tim estaban luchando a la retaguardia, mientras que Bob Walters, el poderoso Paul Tregarth y Leslie Scott el duro norteño, estaban encargándose de lo que ya no era una defensa, sino ataque, contraofensiva, en el grupo de los blancos mutantes, quienes, habiendo sido previamente los atacantes, se encontraban ahora atrapados en un espacio muy breve entre los nuevos invasores en la parte superior de las escaleras y el grupo de astronautas a medio camino.

El hecho de que habían llegado aparentemente refuerzos, fueran de quienes fueran, animó en gran parte al grupo de hombres de la nave JX2. Paul Tregarth estaba agarrando mutantes blancos y los arrojaba por los lados de las escaleras, con la misma facilidad con que hubiera cogido un saco de carbón vaciándolo en la carbonera. Era un hombre

corpulento, fuerte, y aunque sus enormes músculos se hallaban fatigados después de aquella hora de incesante batalla, e, aspecto psicológico, que había sido enteramente alterado por la presencia de los recién llegados a la parte superior de las escaleras, había puesto nueva vida y vigor en sus abultados bíceps.

Uno… dos… tres mutantes blancos saltaron por los lados de las escaleras y entonces, por primera vez, ahora que la situación había mejorado apreciablemente, los hombres de la nave JX2 pudieron ver algo de sus ayudantes.

Fueran quienes fueren los recién llegados, estaban allí desde luego en fuerza. Iban arrojando mutantes blancos desde arriba al fondo según iban alcanzándoles. Tenían un aspecto muy humano, aunque su vestuario no era ni mucho menos ortodoxo. Parecían ir vestidos con trajes o túnicas que les daba un aspecto mezclado entre árabe y romano, pero podía adivinarse, sin lugar a dudas que se trataba de una gente razonablemente culta, sin adornos de salvaje. Muchos mutantes blancos murieron al ser arrojados por la escalera hasta que los recién llegados llegaron junto a los cinco astronautas de la nave JX2. Uno de ellos sonrió ampliamente mientras agitaba una espada corta, manchada de sangre, de exquisito trabajo, y que tenía una fuerte semejanza con la clase de armas que empleaban los romanos por lo que Leslie Scott podía deducir. Walters y el poderoso Paul Tregarth sonreían también.

Tim O'Riley y Dai Morgan se hicieron a un lado de manera que los guerreros ataviados con túnicas y provistos de aquellas espadas cortas y escudos que les daban todavía más aspecto de romanos pudieran habérselas a sus anchas con los blancos mutantes de la parte alta de las escaleras. Dos columnas de dispuestos y atacantes guerreros hicieron retroceder a los blancos mutantes como los expertos ganaderos guían a los torpes bueyes.

Y de pronto no quedaron más mutantes blancos en las escaleras, habían dado media vuelta y desaparecido dejando a sus muertos tras ellos. Un trozo de la parte superior de las escaleras y todo el interior del ruinoso edificio, estaba lleno de aquellos bronceados guerreros de piel aceitunada vestidos con túnica. Había algo de los árabes en ellos, había algo de Levante en sus rasgos y también había otras cosas, otros rasgos de otras razas. Era por lo visto un grupo muy mestizo, y llevaban mezclas de sangre de muchas naciones según mostraban sus rostros. Sangre y color se habían combinado para producir una raza civilizada que parecía mostrar vestigios de muchas viejas razas magníficas de la Tierra.

Un alto gigante de largos y forzudos miembros estaba limpiando cuidadosamente su espada, y Tregarth no pudo evitar recordar las pinturas que había visto de los nobles guerreros zulúes. A la derecha del gigante había un hombre más bajo, muy musculoso que parecía decididamente griego o latino; otro muy próximo a éste tenía aspecto de polinesio, mientras que otro parecía asiático. Pero todos ellos poseían aparte de estos rasgos ligeros unas características generales. Desde luego no eran todos del mismo color. Había unos pocos de piel absolutamente blanca. Los de color moreno y aceitunado eran innumerables y Paul Tregarth empezó a asociarles rápidamente en su mente. Tenía la impresión de que en muchos países debieron haber puñados de supervivientes. En algunas grandes ciudades, algunas razas se habían escondido en los subterráneos mutando, no por culpa suya, sino a consecuencia de la radioactividad degenerándose en aquellos atávicos salvajes que habían intentado quemar viva a la muchacha. Otros supervivientes habían seguido en la superficie alejándose todo lo que pudieron de los mortíferos rayos Alfa, Beta y Gamma uniéndose al final con otros formando así razas nuevas, unidas. Ingleses, africanos, griegos, romanos, italianos, latinos, chinos, asiáticos y australianos habían ido uniéndose con el transcurso de los años, formando un grupo unido porque al fin aquellos pocos hombres supervivientes se habían dado cuenta de qué la guerra no había resuelto nada, sino por el contrario había creado todavía más problemas. Y ahora aquella raza poseía la superficie del planeta mientras que debajo, en los malolientes laberintos que habían sido en otro tiempo las cloacas y las estaciones de subterráneos de las mayores ciudades del mundo, los horribles y semi transparentes mutantes vivían y movían y se desarrollaban a su manera. De pronto Walters descubrió la presencia de la muchacha, a la que uno. de los guerreros estaba vendándole cuidadosamente su pie. Era un guerrero de cabellos grises y cuyos ojos estaban llenos de inexplicable alegría y al propio tiempo de gentil simpatía. Había un asombroso parecido entre aquel hombre y la muchacha. Esta estaba haciéndole gestos a Walters indicándole que se acercara. Así lo hizo y una vez a su lado ella puso su brazo sobre el de Walters diciendo algo muy rápidamente al guerrero de cabellos grises que estaba vendándole las heridas muy expertamente después de examinarlas y untarlas con un ungüento que sacaba de un pequeño recipiente que llevaba en la cintura. Los demás guerreros les rodearon con interés, uno o dos de ellos se quedaron para vigilar las escaleras, por si acaso.

Un hombre viejo con barbas blancas y ojos brillantes y penetrantes

señaló la puerta y todo el grupo salió afuera. Una vez allí en aquel desierto de polvo gris la muchacha empezó a hablar todavía más excitada. El alto gigante quien por lo visto era tenido en gran estima por sus compañeros soldados, tendió la mano a Walters asistiéndole ampliamente. Entonces, repentinamente toda la masa de guerreros comenzó a hacer lo mismo. Los cinco asombrados pero contentos astronautas se encontraron a sí mismos estrechando las manos con todos aquellos moradores del desierto, que habían acudido en su ayuda.

Walters estaba tratando de poner rápidamente las cosas en orden en su mente. La muchacha debía ser, sin lugar a dudas, la hija del guerrero de cabellos grises...

CAPITULO XV
COMUNICACION

Tim O'Riley, el profesor de matemáticas de la Universidad de Dublín, no era solamente un hombre brillante en cuanto al estudio de los números se refería, sino también un consumado lingüista y estaba escuchando atentamente y con mucha fijeza cada una de las palabras que cambiaban entre sí los guerreros que les rodeaban. Repentinamente sus ojos se iluminaron y dijo algo que sus cuatro compañeros no pudieron en ningún modo comprender. Al instante las sonrisas de los rostros de los guerreros se ampliaron todavía más comenzando a charlar con Tim O'Riley y con los demás.

Al final, el de la barba, que parecía ser una especie de jefe, por no decir oficial general, levantó la mano solicitando silencio, y comenzó a hablar él muy lenta y claramente a O'Riley.

—¿Qué están diciendo? —quiso saber Dai Morgan, muy excitado.

—Hablan una especie de esperanto —dijo O'Riley—, una derivación del lenguaje que se había establecido como universal.

—Era la cosa más lógica a hacer, creo yo. Entre los supervivientes deberían de haber quizás uno o dos de cada nación que deberían hablar esperanto, lo cual debió ser el mejor medio de comunicación entre ellos. ¿Se me habría ocurrido pensar en ello? —dijo Morgan—. Ahora que tú lo has dicho está muy claro. Debe ser una de las cosas que les mantiene unidos. No puede esperarse que un ruso hable necesariamente inglés, o que un finlandés sepa hablar el dialecto zulú. Pero un hombre instruido de cualquiera de esos países, de Italia, España, Inglaterra, de cualquier parte, sería capaz de hablar esperanto, por lo menos uno o dos de ellos, y así de esta manera debió de convertirse en lengua universal desarrollándose un poco ¿no?

—Se ha desarrollado mucho —dijo O'Riley—. Una o dos inflexiones son totalmente desconocidas para mí, pero ahora ya las he comprendido. Cállate un momento Dai y déjame escucharles.

—Claro que sí, hombre —convino Morgan.

—Os lo contaré todo dentro de un minuto —dijo Tim O'Riley a sus cuatro compañeros, a media voz, perdiéndose acto seguido en una intrincada conversación con aquellos guerreros ataviados con túnicas.

Cuando al fin, terminaron su conversación, Tim se giró hacia sus compañeros.

—Bueno ya está todo aclarado, repámpanos —dijo O'Riley—, la gente que nos han rescatado, son la tribu que tienen destinada esa área para ellos, y desde luego teníamos razón, no en lo que se refiere

al subterráneo, sino en que esto fue Londres. Aparentemente después del gran conflicto todos perdieron la noción de las fechas de manera que no sabemos cuándo debió de tener lugar, pero desde luego fue hace muchísimo tiempo, miles de años en cualquier modo. Esa gente ha conseguido de nuevo un alto grado de civilización. Esta zona está considerada como de peligro a causa de la presencia de los blancos mutantes, por lo que hay constantemente una cuadrilla de ellos, armados que vigilan por aquí. Esas cosas que habitan en el laberinto del subterráneo, son los primeros que han exterminado bien. Esas gentes son muy gentiles en su civilización aunque no pensáramos así cuando hace unos momentos les vimos con sus espadas manchadas de sangre. Por lo que me han dicho de estos blancos mutantes, lo mejor que podrían hacer con ellos sería poner gases mortíferos ahí debajo y acabar con todos de una vez. Pero no quieren hacerlo. Siguen esperando que un día los blancos mutantes se despojaran de su primitiva selvatiquez, pero yo no creo que haya que confiar demasiado en esto.

—¿Por qué capturaron a la muchacha? —preguntó Bob Walters.

—Parece ser el punto flaco del jefe; por lo visto merodeaban en busca de quién pudieran cazar, principalmente mujeres jóvenes si podían poner sus manos en ellas y emplearlas en sus rituales fantasmagóricos. Es una especie de sacrificio al dios fuego, una especie de canibalismo y al mismo tiempo rito de la fertilidad. Un asunto terrible, que aparentemente el quemarlas vivas no es lo peor de todo. Van dándoles algún tratamiento de calor y luego las separan de allí para otras cosas y..., bien yo me considero un hombre fuerte, pero no puedo evitar que la sangre se me hiele al pensar en algunas cosas que me han dicho. No vale la pena entretenernos con detalles, y no hay que decir lo agradecidos que están por haber salvado a la muchacha...

—¿Se encuentra bien ya? ¿No le han hecho nada más que...?

—No. Nada más; llegamos justo a tiempo, y precisamente por esto nos están todavía más agradecidos. Ese hombre mayor de quien es hija, es uno de sus más distinguidos oficiales. Por lo visto ella estaba en el fuerte y salió para coger algunas flores o algo que brota entre las grietas que hay entre los cráteres. Creían que estaba a salvo por hallarse tan cerca del fuerte. No tenían la más mínima noticia de este lugar camuflado. El fuerte está precisamente sobre el cráter próximo.

—¿Qué te han dicho de su civilización? ¿Poseen maquinaria de alguna clase? ¿Son técnicos en algo?

—Por lo visto poseen ciertas máquinas primitivas; han conseguido

de nuevo el motor de combustión interna, pero no emplean las armas de fuego si pueden evitarlo. Por lo visto están muy escarmentados en cuanto a armas de cualquier clase. No les gustan. Todos estos hombres son voluntarios. A nadie le gusta pelear. Pero se dan cuenta de que debe hacerse algo mientras existan esos blanco mutantes. Les llaman Corbos. No les tienen miedo porque son mucho más fuertes…

—¿Quieres decir que los humanos civilizados son mucho más fuertes que los blancos mutantes?

—Ah, sí, les sobrepasan en número en varios centenares por cada uno de ellos, aparentemente. Sólo es la bondad de sus corazones lo que les impide exterminarles como bestias; siguen esperando y confiando en ellos. Siguen tratando de descubrir algo bueno en ellos.

—Esa explosión atómica parece haber dejado buena señal entre todos los hombres —dijo Paul Tregarth lentamente.

—Tú dirás, chico —dijo el escocés.

—La cuestión es que me gustaría saber qué vamos a hacer ahora —dijo Bob Walters.

—Eso, tienes razón, chico, ¿qué vamos a hacer? Nos han invitado a acompañarles al fuerte y a permanecer con ellos hasta que puedan devolvernos a la civilización. Aparentemente hay varias ciudades florecientes esparcidas de nuevo en el este de Anglia y en las tierras del maíz, y en Lincoln y York y encima mismo del Canal existe un buen pedazo de continente todavía deshabitado. —Sonrió tristemente —. La raza humana no ha muerto, dijo dándose un ligero golpe en el estómago, sino que está empezando a andar de nuevo…

—Vale la pena saberlo…, dice mucho en favor de su tenacidad, al precio que sea. Cuando he dicho *¿qué vamos a hacer?*, quería decir que qué sería de nosotros con el tiempo. ¿Vamos a dejar transcurrir nuestras vidas entre esas gentes? Me parecen muy agradables, pero de todas maneras, yo prefiero mil novecientos sesenta y dos. No me importaría que esto fuera el propio paraíso, yo seguiría prefiriendo mil novecientos sesenta y dos. Yo quiero el mundo que conocí, el mundo que comprendo, no me gusta este desierto atómico… Quiero regresar allí adonde pertenezco y fingir que todo esto no ha sido más que una horrible pesadilla…

—Comprendo tus sentimientos —convino Tim O’Riley.

—Y yo, chico, y estoy de acuerdo contigo, pero ¿cómo vamos a conseguir regresar? Existe una probabilidad contra mil millones en que esa nube gris estuviera ahí y además aquí no deben existir los proyectiles. No creo que esta gente posea la suficiente pericia tecnológica para conseguir poner en marcha un proyectil, ¿no te

parece? —preguntó Morgan.

Tim les habló brevemente y al terminar sus palabras movía la cabeza tristemente.

—No. No tenemos ni la más remota esperanza, chicos —dijo—. El motor de combustión interna es el límite de sus adelantos. Su técnica debe ser más o menos la que debía haber por nuestros mil ochocientos cincuenta y mil novecientos. El motor de combustión interna es todavía una reciente novedad, me imagino.

—Han ido progresando bastante de prisa.

—Pero no lo bastante de prisa para nosotros —indicó Paul Tregarth sonriendo tristemente—. Seremos viejos cuando empiecen a, construir su primer proyectil. Y de todas maneras, aun suponiendo que consiguieran lanzar un proyectil, no tenernos garantía alguna de poder encontrar de nuevo aquella nube gris… Parece como si tuviéramos que procurar conformarnos con lo que nos ha tocado en suerte.

Dai Morgan no les escuchaba.

—¡Mirad ahí arriba! —dijo el físico galés,—. ¿Qué diablos es aquello?

Algo estaba moviéndose arriba en el cielo, algo grande y plateado. El profesor Tim O'Riley señaló aquella cosa e intercambió algunas palabras en esperando con el general al cargo de todos aquellos hombres que habían acudido en su ayuda.

—Dice que nunca ha visto nada semejante, y por consiguiente no tiene ni la menor idea de lo que pueda ser —dijo.

—Oye, por un momento… —dijo Morgan—, por un momento hubiera jurado que podía ver a través de eso, pero se ha ido haciendo más sólido a medida que lo observaba; debe tener un débil resplandor. Sin embargo, no parece descender del cielo, sino que parece que haya surgido de la nada. Yo estaba mirando en aquella dirección y allí no había nada, y luego estuvo allí, sin embargo. Increíble, ¿eh?

—Es cierto, yo estaba mirando en la misma dirección y me ha pasado lo que a Dai. No me parece que descienda de ninguna parte —convino Bob Walters.

Fuera lo que fuera, aquella cosa había terminado de aterrizar en aquellos momentos, y los astronautas de la nave JX2 junto con los moradores del desierto, se quedaron mirando extrañados.

CAPITULO XVI

LA PATRULLA

—¿Qué diablos puede ser eso? —dijo Leslie Scott profundamente asombrado—. Que me cuelguen si lo entiendo —dijo al ver que su pregunta quedaba sin respuesta.

—Desde luego es algo muy extraño, no cabe duda, amigos —dijo Paul Tregarth—, y me gustaría saber las respuestas a tus preguntas, porque no sabes cómo deseo esas respuestas para poder dejar descansar mi mente. Nunca había visto nada parecido. No se parece a una nave espacial; no desciende. Se limita a aparecer. Hace ya mucho tiempo..., ya sé que eso parece el comienzo de un cuento de hadas, pero fue hace tanto tiempo que lo cierto es que no puedo recordar exactamente cuándo fue y además no se me ocurre mejor manera para comenzar. Hace mucho tiempo, siendo yo un chiquillo recuerdo que una vez leí un libro escrito por H.G. Wells, llamado *La máquina del Tiempo*. El héroe de ese libro se llamaba “Viajero del Tiempo”. Reunió a algunas personas importantes en una habitación y les mostró un modelo de su máquina del Tiempo; cuando todos estaban observándola cuidadosamente la puso en marcha; no se elevó en el aire, ni salió de la mesa en que estaba puesta, no descendió ni avanzó adelante o atrás, sino que *simplemente fue desapareciendo poco a poco*. Gradualmente fue haciéndose más transparente hasta que ya no pudieron ver nada. Pusieron las manos allí donde había estado, pero allí no había nada. Nada en absoluto. Desde aquel día pensé muchas veces en la manera que un viajero del tiempo podría aparecer cuando así lo deseara. Me parece a mí que esa es la manera que debe haber sucedido. No saldría de la tierra, ni correría a lo largo del espacio, y no descendería del cielo, sino *que aparecería tan sólo repentinamente*. ¿Comprendéis lo que quiero decir? Cuando la gente dice que han visto fantasmas no han visto fantasmas, sino viajeros del Tiempo. Ya os he dicho antes que no creo en fantasmas, pero muchas personas inteligentes creen haber visto alguno, lo cual demuestra que desde luego han visto algo. Por ejemplo, estás solo en una habitación o solo en una casa, y de pronto alguien está a tu lado. Ha salido del aire. En lugar de desaparecer aparece. Y una vez han representado su papel, una vez han hecho lo que debían, desaparecen de nuevo. Si se trata de tocarles no parecen estar allí. Por esto opino que esas gentes deben ser observadores de cualquier otra época o de otro espacio. Pueden vernos y nosotros podemos verles a ellos. Podemos hablar, podemos escuchar, pero no podemos tocar, porque no son físicos. Están formados de

distinta materia. Creo que esa cosa que ha aparecido ahí debe ser alguna especie de máquina del Tiempo.

—¿De dónde te parece que pueden haber venido? —preguntó Dai Morgan—. Si lo que dices es cierto, ¿de dónde son? ¿Son del pasado o del futuro?

—Si son del pasado —dijo Tim O'Riley—, deben pertenecer a una época que puede oscilar entre nuestro tiempo en mil novecientos sesenta y dos, y la época del conflicto. No pueden venir de antes de nuestra época, porque por aquel entonces no se conocían todavía las máquinas del Tiempo, a menos de que estuvieran en la lista secreta, ¡repámpanos!

—Hombre, eso es una posibilidad —dijo Bob Walters—, pero no una probabilidad. Yo creo que si vienen de alguna parte deben hacerlo del futuro, aunque naturalmente, dando por sentado que ahora estamos quince mil años adelante de mil novecientos sesenta y dos y mil años después de nuestra época…

—Ah, pero no es posible que pasara tanto tiempo después de nuestra época —dijo Tim O'Riley—, pues has de tener en cuenta que el subterráneo de Londres estaba todavía allí. Si hubiera sido como tú dices ya hubieran encontrado otros medios de viajar por Londres mejores que el subterráneo.

Bob Walters quedó silencioso durante unos momentos y luego dijo:

—No se me ocurre ningún otro medio mejor para viajar por Londres y sus alrededores que el subterráneo, y no se me ocurre ningún otro medio mejor que pudiera haberse inventado cientos de años después. Mientras siguiera habiendo la congestión de tráfico en las calles, el servicio de subterráneo es seguramente la mejor cosa que haya existido. Me atrevería a decir que fue lo mejor por mucho tiempo.

—Sí, pero no debió de seguir siéndolo durante cinco mil años —dijo Tim.

—Hay otra cosa que debes tener presente —dijo Paul Tregarth con su acento del Oeste.

Le observaron todos, expectantes. Cuando el poderoso Paul Tregarth hablaba lo hacía siempre lentamente, y sus palabras valían la pena de ser escuchadas.

—Ya sabes que a veces conservamos cosas que ya no se emplean… Yo he visto en un espectáculo viejos motores de tracción. Verdaderamente maravillosos, pero apostaría que no habían sido usados desde cuarenta o cincuenta años atrás. Si vas a un museo de motores podrás ver algunos de los maravillosos coches antiguos… Por

cualquier motivo que nosotros no podemos adivinar, esta estación pudo ser conservada, si bien no se empleó más, pero fue conservada. ¿No quisieron cerrar todos los túneles subterráneos para no tener que rellenarlos de nuevo? Es posible. Además podía ser una interesante atracción turística, como las catacumbas de Roma. Imagínate Londres en el año tres mil sesenta y dos. Tal vez el metro no funcionaba desde cuatrocientos o quinientos años atrás por la sencilla razón de que poseían helicópteros que aterrizaban en los terrados, o coches con alas, o cualquier cosa en la que no hemos soñado siquiera, en una escala comercial, en gran escala. Ahora bien, en este caso, el viejo laberinto del subterráneo valdría la pena de ser visitado. Sería de considerable interés histórico. ¿Por qué quinientos años después de haber dejado de funcionar tendría tanto interés para las gentes que vivían en Londres y para los visitantes que llegaran de fuera? Pues por lo mismo que los castillos medievales nos llamaban la atención a nosotros. Sería igual que ir a Stratford on Avon para ver dónde vivió Shakespeare, o como ir a Hampton Court, ya ves. El tiempo confiere a las cosas encanto, atractivo y misterio, de manera que no significa que las explosiones pudieran tener lugar cuando el subterráneo estaba todavía en funcionamiento. No estamos más cerca de descubrir la fecha de esa guerra…, en realidad yo creo que estaremos mucho mejor sin saberlo. Sólo nos cabe esperar y desear que no hubiera tenido lugar durante la época de nuestra vida.

—Hablando como físico —dijo Dai Morgan—, debería decir que tal vez no hubo sucedido necesariamente en nuestra época de ninguna manera. Puede que sólo sea un camino probable. Podemos haber sido lanzados simplemente tiempo adelante, como un juguete en manos del maquiavélico destino, y sin embargo, podemos haber sido lanzados también a través de caminos probables.

—¿Cuáles son esos caminos probables? —dijo el hombre del Oeste interrogativamente—. Cuéntame algo de esto, Dai, por favor.

—Verás, es una teoría algo complicada, pero interesante —dijo el galés—. Tú sabes que en cada momento de la vida tú puedes escoger, hacer una cosa determinada. Si en este momento yo escojo encender un cigarrillo, echar un trago, o abrochar el cordón de mi zapato, cada una de estas cosas tendrá ciertas consecuencias. Pongamos la acción de abrochar mi zapato. Si escojo entonces abrochar aquel cordón aflojado de mi bota que acabo de ver de aquella manera, no tropezaré. Si me limito a hacer ver que no lo he visto, caeré y me romperé la cabeza. Ahora bien, si yo hubiera abrochado el zapato, hubiera podido vivir hasta el año siguiente, y al año siguiente podría haber sido padre

de otro chiquillo, y ese chiquillo podría haber crecido y convertirse en un gran hombre. Ahora bien, existe también la posibilidad de que si yo no abrochaba mi zapato, me caía y rompía la cabeza, y el chiquillo no hubiera nacido nunca, porque yo había muerto, ¿comprendes? Por otro lado hay la posibilidad de que el nacimiento tuviera lugar. En un camino probable podría haber nacido y convertirse en un gran hombre, y tal vez descubrir algún nuevo remedio contra alguna horrible enfermedad, haciendo del mundo un lugar algo mejor, pero según otro camino probable el chiquillo no existiría; de manera que ya ves, existen dos caminos probables y cada uno de ellos se hubiera convertido en realidad si yo hubiera atado o no el zapato. ¿Comprendes? Al momento siguiente yo tendré otra situación semejante, y luego otra. Y no seré yo solo, sino que habrá miles de millones de personas que tendrán situación similar al mismo tiempo. Según cuales sean sus determinaciones habrá distintos caminos probables y cada uno de ellos irá subdividiéndose en ramas, y ramas y ramas. En realidad, no es más que el proceso de la progresión geométrica hasta el cosmos completo. Amplio como es, será un enorme almacén de caminos probables.

—Comprendo lo que quieres decir —dijo el hombre del Oeste—. Tú quieres decir que siguiendo un camino probable algunos políticos de esos que les gusta hablar más de la cuenta dicen algo desagradable a cualquier otro condenado político y debido a que están comportándose como dos críos mal educados, en lugar de comportarse como hombres de Estado, un político manda a su general que apriete un botón, y el otro político dice lo mismo a su general, de manera que tres billones de personas son matados en una guerra atómica que no hubiera tenido que tener lugar. Pero el otro camino probable es el que en lugar de ser dos políticos locos hubieran dos hombres de Estado, y ambos tratan de encontrar el medio de aliviar la tensión, y por la gracia de Dios, consiguen que el mundo no tenga que estallar en pedazos. Pero tú no sabrás nunca cuál es el mundo real. ¿Es que esa nube gris nos arrancó de nuestro camino probable para lanzarnos en otro, de manera que pudiéramos ver un futuro que tal vez no deberá convertirse en realidad...? No lo sé.

—Ni yo tampoco —dijo el galés—. Nadie lo sabe. Ya ves que la posibilidad de viajar a través del tiempo es tan lógica y factible como la posibilidad de viajar a través de probabilidades. Si la mente es la esencial realidad, como algunos metafísicos nos hacían creer, entonces todo son caminos probables y las cosas que nosotros llamamos materia sólida son tan sólo cargas latentes de electricidad en ciertos modelos

básicos. Una de las más claras mentes del mundo dijo en cierta ocasión que todo el universo físico es un gran pensamiento en la mente de un supremo Pensador. Un supremo pensamiento en la mente de un puro y supremo matemático… pues el que tú has tenido. —Se encogió de hombros haciendo un gesto desesperado en el aire con las manos—, tú los has tenido —repitió—. La cosa completa no sería más que caminos probables y sueños y no habría sustancia alguna en todo ello. Nosotros seríamos invención de la imaginación de un gran Pensador… No sería realidad material, sería solamente pensamiento; pero si empiezas a pensar en todo esto te encuentras perdido, ya ves. Absolutamente perdido.

—Si, en efecto; yo estoy ciertamente perdido —dijo Bob Walters.

—Hombre, yo no diría que estoy completamente perdido —dijo Tim O'Riley—, pero estoy colocado en el extremo de un pensamiento que es demasiado grande para una mente finita. Y yo seré el primero en reconocer que mi mente es finita.

—Todos somos finitos —dijo Dai Morgan—. pero aun cuando no podamos cruzar el gran abismo, tenemos derecho a ir y mirar desde el borde. ¿No?

—Eso creo —dijo Tregarth—. No existe ninguna orden en ninguna parte que diga *No pensarás*.

—En efecto —dijo Leslie Scott, el duro norteño—. Lo más que un hombre puede pensar, es que es probable que llegue a reconocer su necesidad de ese gran poder que puede guiar sus pensamientos por el camino de la verdad, de otra manera, nos encontraríamos como Poncio Pilato preguntando: *¿Qué es la verdad?* y nunca aprenderíamos la respuesta, puesto que es una pregunta que no puede ser respondida por un solo hombre, sino que es una pregunta que sólo puede ser contestada con la ayuda del infinito poder que es la Verdad misma.

Hubo un silencio después de las palabras de Leslie y entonces Tim O'Riley señalando aquella extraña nave que había aterrizado dijo:

—Creo que pronto sabremos si estamos en un camino probable o en el futuro; o si estamos en el futuro y en un camino probable, seguro, ¡repámpanos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó Bob.

—Alguien está saliendo de ese chisme —dijo O'Riley.

Los cinco hombres dirigieron los ojos hacia aquella nave.

—Tienes razón, chico, loado sea Dios —exclamó Dai Morgan—. Son casi una docena que llevan unos uniformes plateados y cascos. No me parecen muy amistosos, por la manera que tienen de acercarse.

—Me parece que llevan algunas armas —dijo Tregarth—. No estoy

muy seguro.

Tim O'Riley habló rápidamente de nuevo con sus salvadores en esperanto.

El anciano de la barba, el general del grupo, le respondió:

—Dicen que nunca habían visto nada de eso antes de ahora. Están seguros —dijo el irlandés—. Están tan confundidos como nosotros mismos.

—Me gustaría saber si vienen en son de paz —dijo Bob Walters.

—Me gustaría saber de dónde vienen —dijo Paul Tregarth.

—Y a mí me gustaría saber si su llegada será para nuestro mal o nuestro bien —dijo Leslie Scott.

El grupo de individuos de cascos relucientes, metálicos, salidos de aquella extraña nave del tiempo, si era eso, se detuvieron a pocos pasos de los habitantes del desierto y de los astronautas de la nave espacial JX2. Antes de que ninguno de ellos pudiera moverse o hablar, las armas de mano que los recién llegados llevaban explotaron en una nube de crujientes llamas azules, que rodeó a los astronautas y habitantes del desierto en una parálisis horriblemente inmovilizante.

CAPITULO XVII
CAPTURA

Cuando Leslie Scott, el vigoroso y duro norteño, sintió aquella crujiente llama azul paralizadora que le envolvía, le pareció al duro irlandés que había llegado el fin del mundo, por lo menos, por lo que a él, personalmente, se refería. Le parecía haber sido golpeado por alguna arma de gran poder. La llama azul seguía bailando a su alrededor, y fue precisamente entonces cuando se dio cuenta de que todavía podía ver, a pesar de aquella completa y absoluta pérdida de sensación y tacto, preguntándose si el propósito de aquella arma no sería el de matar, sino tan sólo helar, paralizar, petrificar. No podía mover la cabeza para ver a ninguno de sus compañeros, pero podía ver todavía un poquito a Paul Tregarth por la posición en que se hallaba. Tregarth seguía también de pie, y por lo que Scott sabía, no existía arma que pudiera matar a un hombre dejándole equilibrado sobre sus pies. No podía imaginarse un arma, siquiera en el futuro, que pudiera matar a un hombre dejándole de pie en el mismo lugar donde se hallaba.

Tregarth sentía el mismo entumecimiento acerado, frío. Parecía haberse vuelto de piedra, pero todavía podía pensar y ver. Nadie hacía ningún ruido, sin embargo, Paul tuvo la impresión de que si alguien lo hubiera hecho, hubiera podido oírlo. Era tan sólo su sentido del tacto, su percepción, lo que habia quedado anulado por la explosión de aquella arma de llamas azules.

Dai Morgan estaba pensando en todo esto con su mente de brillante físico. Era una cosa difícil de descifrar incluso para una capacidad intelectual como la de Dai Morgan. Pero lenta más seguramente, fue descubriendo cierto sentido aparte de lo fantástico e incomprensible. Un gas que paralizara los nervios no había sido conocido durante el siglo XX, ni tenía los efectos de las corrientes eléctricas en el cuerpo humano. Podía imaginar una sociedad que había perfeccionado un arma, quizás para humanitarias razones que paralizaría, inmovilizaría, que rendiría al enemigo dejándole totalmente indefenso y, sin embargo, los efectos de dicha arma podían ser anulados, puesto que aquella arma no era mortal, en el sentido amplio de la palabra. Era una clase de arma que podía ser ideal para una patrulla de policía, era por completo y literalmente hablando, un arma *arrestadora*.

Tim O'Riley estaba pensando más o menos lo mismo que el físico galés.

Bob Walters estaba luchando mentalmente contra aquel poder inmovilizador del arma, pero sus esfuerzos eran absolutamente inútiles. Podía pensar, podía ver. Si hubiera algún sonido estaba plenamente convencido de que hubiera podido oírlo, pero era totalmente incapaz de moverse ni siquiera el músculo del dedo pequeño del pie. Se sentía como si todo su cuerpo hubiera sido sumergido en una potente solución de novocaína. Era como si hubiera ido al dentista y le hubiera dado una inyección con una aguja de la medida de un poste de telégrafos, que hubiera llenado todo su cuerpo de una droga adormecedora.

Aquellos hombres uniformados y provistos de cascos, de aquella extraña nave, que había aparecido de la nada, comenzaron a examinar a los cinco astronautas de la nave JX2 con unos instrumentos parecidos a los aparatos de medición que llevaban ellos en su nave. Una o dos veces se hablaron unos a otros moviendo la cabeza. Tim O'Riley reconoció que hablaban un lenguaje más avanzado y desarrollado dentro del esperanto modificado que hablaban los habitantes del desierto gris.

Bob Walters podía ver a algunos de los habitantes del desierto y podía decir que ellos también habían quedado prisioneros bajo aquella nube azul paralizadora. Todo el grupo había quedado convertido súbitamente en un cuadro al vivo, helado. Cada hombre, vivo, había sido convertido de pronto en una figura humana de cera, ya fueran los moradores del desierto o bien los astronautas mismos. Los hombres uniformados metálicamente que hablaban un esperanto mucho más avanzado conversaron algo más.

Tim O'Riley pudo descifrar el quid principal de lo que estaban diciendo, pero sobre cualquier otra cosa aquello había sido la respuesta a su pregunta. Si eran viajeros del tiempo entonces no venían de un período transitorio entre mil novecientos sesenta y dos y el holocausto que había destruido la Tierra. Venían del futuro, es decir del futuro relativamente hablando desde donde se hallaban ellos ahora. Habían venido de alguna época más avanzada que los días de los moradores del desierto y los moradores blancos y fláccidos del laberinto.

Cuando uno de los recién llegados pasó por delante de Tim O'Riley, el profesor de matemáticas de la Universidad de Dublín pudo ver en los rasgos y en el color de la piel, que aquella gente eran descendientes, aunque remotos, de la civilización que habían producido los habitantes del desierto. No fue un pensamiento particularmente atemorizador el comprobar que habían empleado un

arma paralizadora mejor que una mortífera, lo cual le dio a Tim bastantes esperanzas para el resultado final.

Aquellos hombres uniformados y provistos de cascos, levantaron del suelo a Scott, Tregarth, Morgan, O'Riley y Walters como si hubieran sido cinco maniquíes de sastrería, emprendiendo el regreso hacia su nave.

Los moradores del desierto seguían todavía inmóviles, absolutamente quietos, incapaces de mover un solo músculo, incapaces de poder ayudarles, sin poder hablar, ni gritar. Parecían estatuas más que hombres. Los cinco astronautas de la nave JX2 fueron depositados suave, aunque firmemente a bordo de la extraña nave que había aparecido de la nada.

Leslie Scott pudo ver que Tregarth y Morgan que estaban al alcance de su vista, estaban siendo registrados por si llevaran armas de alguna clase, mientras otro de aquellos hombres le registraba a él. Por encima de las cabezas de los cautivos astronautas se encendió de pronto, una luz roja que iluminó súbitamente el interior de la habitación en que se encontraban. Cuando sus rayos les tocaron empezaron a deshelarse.

Fue una sensación extraña. Scott se dio cuenta de que recobraba el movimiento de sus pulmones; tosió y carraspeó un poco, pero aquella sensación desagradable duró tan sólo unos segundos. Sus miembros tenían una curiosa sensación también, muy semejante a un cosquilleo pero que, también, desapareció al cabo de unos segundos. Tregarth y Morgan estaban recuperándose también, al igual que O'Riley y Walters.

—Lamentaría haberles causado alguna molestia o incomodidad —dijo uno de los hombres uniformados metálicamente, hablando, no esperanto avanzado, sino en un inglés preciso y académico.

Leslie Scott le miró fijamente.

—En realidad no nos ha molestado apenas —dijo—. Simplemente nos ha paralizado, alejándonos de nuestros amigos. No hay inconveniente por lo que a mí concierne; pueden hacerlo siempre que gusten. Seis veces por semana y dos el domingo. ¿Puedo preguntar por qué?

El humor de su sarcasmo no pasó desapercibido para los seis hombres uniformados; sonrieron; las sonrisas no parecían desfavorables, si bien sus rostros continuaban austeros. Uno de ellos habló, empleando también aquella forma prosaica del inglés; parecía una mezcla de un profesor distinguido de Universidad y un locutor de la BBC que tuviese un desagradable flemón de buen tamaño con qué

batallar.

—Han sido ustedes arrestados por viajar ilegalmente a través del tiempo. Somos la Patrulla del Tiempo.

—¿Que hemos *qué*? —preguntó Walters.

—Han sido arrestados por viajar ilegalmente a través del tiempo —repitió el hombre—. Deben saber que está prohibido, según lo establecido en el convenio de Uni-tiempo, que miembros de una cultura superior visiten a los de una inferior o menos avanzada sin la correspondiente autorización. Incluso teniendo la autorización no podrían intervenir en nada, sobre todo no podrían tomar vida. La pantalla detectora nos ha mostrado que ustedes estaban infringiendo todas esas condiciones.

—Pero nosotros no llegamos aquí a propósito —dijo Dai Morgan—. Santo Dios, loado… sea el cielo. ¡Viajamos por accidente! Nos vimos metidos en una maldita nube gris.

—¿Qué es esto? —preguntó el jefe de la patrulla—. ¿Se vieron metidos en una nube gris, dice usted? ¿Qué estaban haciendo?

—Esta nave suya —dijo Bob Walters—, ¿puede viajar a través de la atmósfera?

—Las naves de patrullas pueden navegar por la atmósfera, espacio y tiempo. Son capaces también de actuar como aparato alado sobre la Tierra, cuando así se dispone, y si es necesario, puede viajar también por encima o por debajo del agua.

—Un Supercar regular, ¿eh? —dijo Bob Walters, con una mueca, apareciendo de nuevo su sentido del humor *cockney*—. De acuerdo compañero, si tiene la bondad de dirigir todos esos chismes aproximadamente en aquella dirección —dijo señalando por la ventana—, encontrará un vehículo de órbita con el nombre marcado en él de JX2.

—¿Y qué se supone probar con esto? —preguntó el jefe de la patrulla del tiempo.

—Si ustedes saben tanto acerca de los viajes a través del tiempo como dicen, servirá para probar lo que les hemos contado que sucedió —dijo Walters.

—Me atrevería a afirmar que ustedes pertenecen a la mitad del siglo XX —dijo el jefe de la patrulla del tiempo, mirando a Morgan y a O'Riley—. Puede ser que me equivoque naturalmente.

—Somos de la mitad del siglo XX, en efecto —dijo Bob Walters—. Fuimos desde la Tierra una mañana del sábado siete de julio de mil novecientos sesenta y dos. Teníamos que colocarnos en órbita. Desgraciadamente sólo pudimos comenzar a hacerlo cuando nos vimos

súbitamente envueltos en una espesa nube gris que aparentemente absorbía la luz. Desde luego absorbió toda la que nosotros llevábamos y aunque conectamos la de emergencia no nos sirvió de nada, ya que parecía absorberla igual que una esponja absorbe el agua.

El jefe de la patrulla tiempo enarcó una ceja. Era obvio que estaba profundamente interesado.

—Prosiga —dijo fríamente.

—Bien —dijo Bob—. Creímos que lo más conveniente sería intentar salir de allí lo antes posible, ya que pudimos observar que era altamente radioactiva…

El jefe de la patrulla del Tiempo movió la cabeza.

—Esto tiene sentido —dijo—. Continúe.

—Conectamos los mandos de aterrizaje de emergencia y nos encontramos en un lugar de la Tierra que ninguno de nosotros conocía y del que no teníamos la menor referencia, es decir, en medio de esa especie de desierto gris donde nos han encontrado ustedes. Hemos tenido una serie de aventuras durante nuestra corta estancia en ese lugar, y tras algunas pesquisas hemos deducido que nos hallábamos en lo que debió ser en otro tiempo, muy lejano, la ciudad de Londres, que tras un conflicto atómico se vio convertida en esa clase de desierto.

—Esto es absolutamente cierto —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo—. Se encuentran ustedes en lo que fue la histórica ciudad de Londres, y en lo que volverá a ser Londres de nuevo cualquiera de estos días. En nuestro tiempo, Londres es mucho mayor y mejor que nunca y el desierto de polvo gris está naciendo como una rosa, según dice el Libro supremo. Pero esto no altera las cosas —prosiguió el jefe de la patrulla del Tiempo—. Ustedes siguen habiendo cometido el delito de viajar ilegalmente a través del Tiempo.

—Pero no lo hicimos deliberadamente, ¿no comprende? —dijo Morgan.

—Es lo último que se nos hubiera ocurrido —añadió Paul Tregarth —. Todo lo que queríamos era podernos colocar en órbita y dar una vuelta en torno a la Tierra para luego regresar a casa.

—Es absolutamente cierto —dijo Leslie Scott—. Si un hombre se cae al mar y se está ahogando, ¿van a ir ustedes a pescarle para arrestarle inmediatamente por estar bañándose sin permiso.

—¿O si un hombre tiene un trompazo con el coche, van a arrestarle porque está obstaculizando el tráfico? —preguntó Tim O’Riley.

—La ley es la ley —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo, inflexible —, y la ley no debe ser desobedecida. Las leyes más importantes de

todas las leyes, son indiscutiblemente las del Tiempo. Dense cuenta que por haber interferido de esa manera la ley presentándose en una época determinada, ustedes han cometido una serie de indecibles asesinatos…

—¿Cómo va a terminar esto, ahora? —preguntó Leslie Scott más bien truculentamente.

CAPITULO XVIII
LOS FUTURIANOS

—La razón por la cual cualquier transgresión de la ley es tan extremadamente seria —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo—, es que cualquier interferencia, sea la que fuere, con el Pasado, de cualquier trivial naturaleza, puede, y con mucha frecuencia sucede, tener las más serias consecuencias sobre nuestra civilización. Imagínese por un momento que como resultado de su interferencia con el pasado, el remojo antecesor de algún hombre muy importante es muerto antes de casarse. Vamos a imaginar que ustedes aterrizan aquí y que en lugar de actuar amistosamente hacia los habitantes del desierto, como liemos podido ver a través de nuestras pantallas, ustedes hubieran luchado contra ellos como lo hicieron con los blancos mutantes. Ello hubiera sido bastante serio para algunos de nosotros. Uno de mis remotos antecesores fue en otro tiempo habitante de este desierto. No precisamente en esta misma época, sino en una ligeramente posterior. AL matar a mi remoto antecesor me hubiera matado también a mí. Hubiera quedado fuera de existencia, y lo mismo le hubiera sucedido a mi padre y a mi abuelo y a toda la línea entera.

—¿Comprenden lo que quiero decir? Una pieza de interferencia mil años atrás puede deshacer total y absolutamente una cadena completa de consecuencias históricas.

—Creo que empiezo a comprender sus palabras —dijo Leslie Scott —, y creo que lo único que puedo decir en nuestro descargo es que lo lamentamos muchísimo; ¿no es así capitán?

—Ciertamente —convino Bob Walters—, no *queríamos* hacer nada que pudiera dañar o perjudicar a su sociedad, pero espero que comprenderá que somos prisioneros de las circunstancias.

—Sus acciones hasta la fecha han sido siempre ejemplares —dijo el jefe de la patrulla—, pero por otro lado, si bien actuaron de acuerdo con los más altos motivos, en realidad no creo que ni siquiera un hombre de la patrulla del Tiempo siendo capaz de acercarse al paso, si hubiera oído a esa muchacha gritar de aquella manera, hubiera permanecido insensible y no hubiera hecho algo, aunque hubiera tenido órdenes concisas de no intervenir. Haremos cuanto podamos para hacer valer sus méritos.

—¿Quiere decir que van a resucitar a esos blancos mutantes que liemos matado? —preguntó Bob Walters, algo cínicamente.

—Naturalmente que no. No, esa ha sido una cosa bastante

afortunada. Los blancos mutantes están destinados a desaparecer por completo. Por consiguiente lo que ustedes les hayan podido hacer no es consecuencia *primaria*, sino *secundaria* y tal vez *terciaria*. Pero por fortuna, esto no tendrá terribles efectos sobre la raza humana en general. En realidad ello puede significar que debido a que ustedes han matado a un buen número de ellos hoy, cuando regresemos a nuestro propio tiempo, nos encontraremos con una serie de gente repentinamente en existencia, *que no estaban allí cuando nosotros nos fuimos*.

—¿Cómo se explica esto? —preguntó O'Riley asombrado.

Los astronautas miraban al jefe de la patrulla con verdadero asombro.

—No consigo entenderle —confesó Bob Walters.

—Bien, pongamos por caso que la muchacha hubiera sido muerta. No se hubiera casado nunca, por consiguiente, y no hubiera tenido descendientes; puesto que, como la cosa más lógica, siendo una joven atractiva, se casará y tendrá hijos, y algunos de sus descendientes estará entre nosotros, entre nuestra gente, cuando regresemos. Similarmente esos blancos mutantes, a los que ustedes han matado, podrían haber muerto a su vez a algunos habitantes del desierto. No es muy posible ya que es muy rara la vez que un habitante del desierto recibe la muerte de manos de un mutante blanco. Son cosas realmente desagradables, pero los habitantes del desierto saben muy bien cómo cuidarse de sí mismos. Pero al matar a aquellos como ustedes hicieron, pueden haber salvado la vida de alguna patrulla del desierto que hubiera podido caer en alguna emboscada en difíciles circunstancias... ¿comprenden lo que quiero decir? Por consiguiente los hijos que pueden haber nacido de estos hombres, no habrán caído en ninguna emboscada, y sus remotos descendientes estarán vivos en el futuro cuando regresemos.

—Todo esto es ciertamente complicado, no os parece? —dijo Dai Morgan—. Casi imposiblemente complicado.

—Es difícil, no lo niego, pero deben admitir que es lógico —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo.

Por unos momentos reinó el silencio, y al final Bob Walters mirando a los soldados del Tiempo preguntó:

—¿Qué van a hacer exactamente con nosotros? —quiso saber.

El jefe de la patrulla suspiró...

—No estoy todavía demasiado seguro... —dijo—. Me han puesto en un verdadero problema. Deben saber que la pena por viajar sin la debida autorización a través del tiempo, es la muerte.

— *¿La muerte?* —dijo Walters.

—Absolutamente sin dolor, casi agradable —informó el jefe de la patrulla.

—No hablará en serio, ¿verdad? —dijo Walters—. ¡Dios mío, hombre, no hemos cometido ningún error moral, no hemos infringido deliberadamente ninguna ética! ¡Nos hemos visto envueltos en un viaje a través del Tiempo accidentalmente por habernos visto envueltos en una nube gris que nosotros no sabemos…!

—Estoy de acuerdo con ustedes en que existen circunstancias atenuantes —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo—, pero desgraciadamente la Ley es la Ley.

—¿Y nadie puede repudiar esa Ley? ¿No puede nadie dejarla a un lado? —preguntó Walters, desesperadamente.

—No, por supuesto —respondió el jefe de la patrulla del Tiempo.

—Parecen ustedes singularmente despiadados en algunos aspectos. Sin embargo, puedo darme cuenta de las dificultades de su sociedad, sin lugar a dudas —dijo el irlandés—. Pero me gustaría saber qué va a ser de nuestros amigos, los que vinieron en nuestra ayuda para librarnos de los blancos mutantes.

—Oh, ¿los habitantes del desierto? No les pasará nada.

—Han recuperado el movimiento al cabo de unos minutos, aun sin necesidad de la lámpara roja de terapia —explicó el jefe de la patrulla.

Mirándoles de nuevo, añadió:

—Sí, en efecto existen algunas circunstancias atenuantes en su caso, pero está más allá de mi jurisdicción, compréndanlo. Tendré que acompañarles para que se solucione el caso de una manera adecuada y judicial.

CAPITULO XIX

EL JUICIO

Los cinco astronautas estaban observando al jefe de la patrulla del Tiempo como si no pudieran dar crédito a lo que habían oído.

—¿Dice usted que nos va a llevar a su Tiempo, es decir, a lo que para nosotros es el futuro, y que allí se celebrará un juicio del que dependerán nuestras vidas por un crimen que no hemos cometido? —preguntó Bob.

El jefe de la patrulla del Tiempo movió la cabeza gravemente. Leslie Scott encolerizado por la injusticia de que iban a ser víctimas, perdió de pronto el control de sus nervios arrojándose sobre el jefe de la patrulla del Tiempo. Este disparó con la rapidez de un héroe del Oeste de los viejos tiempos; una llama azul volvió a envolver al irlandés que quedó paralizado.

—Lo siento —se excusó el jefe de la patrulla—. Espero que nadie más trate de cometer ninguna tontería. Le dejaremos en el compartimento de almacenaje hasta que lleguemos.

lino de los ayudantes de la patrulla abrió una puerta dé una pequeña alacena en la que danzaban continuamente, rayos azules entre dos contactos eléctricos. Cerraron la puerta tras Leslie Scott.

—Esta forma modificada de campo de rayos le mantendrá bajo la influencia de la parálisis hasta que hayamos llegado a nuestro destino.

—Dios mío, ustedes son gente casi inhumanamente fríos, en ciertos aspectos —dijo Paul Tregarth—. No creo que pudiera ser demasiado feliz en su sociedad.

El jefe de la patrulla le observó con verdadera simpatía reflejada en sus ojos.

—Puede que le sea difícil creerme —dijo—, después de las acciones que han presenciado y a las que me he visto obligado. Uno de sus propios poetas, uno de los más célebres dijo hace ya muchísimo tiempo:

La obligación es la hija repulsiva de la voz de Dios.

—La patrulla del Tiempo somos una fuerza voluntaria de la misma manera que lo son los habitantes del desierto. Hemos aprendido muchísimo que vale más vivir unidos en paz y armonía, desde la terrible conflagración que aniquiló prácticamente a la raza humana. Sin embargo, hay algunas cosas que solamente pueden conseguirse mediante una estricta disciplina. El fin en tales ocasiones justificaría los medios. No podemos permitir en modo alguno que las leyes de los viajes a través del Tiempo sean ro.as. Las leyes del Uni-Tiempo deben

ser mantenidas a toda costa. —Su voz pareció suavizarse un poco—. Creo que cuando vean nuestra sociedad que es tan ideal como pueda serlo cualquier sociedad terrestre, estarán de acuerdo en que vale la pena defenderla, por duras que sean las medidas que deban tomarse. Normalmente, aunque el viaje a través del Tiempo es un suceso absolutamente común, está especialmente organizado y dirigido en una frecuencia diferente y en distinto número de modulación. Esto significa que cualquier viajero autorizado, viajando en una frecuencia vibratoria distinta no puede intervenir, aunque se sienta tentado a hacerlo, tan sólo puede ser espectador. Ocasionalmente es visto y creo que deben tomarlo por algo así como un fantasma o un aparecido o cualquier cosa por el estilo. Esto, como puede ver, explica algunas cosas que son inexplicables para los habitantes de su sociedad de mitades del siglo XX. Consideremos la historia de un hombre que ve un fantasma. Lo que está viendo en realidad es el rostro de un hombre que es un viajero a través del tiempo. Imagínese que usted no supiera lo que es la televisión y un día repentinamente viera una pantalla de televisión, por primera vez, no como un adelanto de la técnica en alguna tienda donde le explicarían de qué se trataba, sino súbitamente en una vieja casona aterradora en la que viera un rostro blanco plateado en medio de la oscuridad. El rostro de un hombre que tal vez tuviera cierta semejanza con alguien que usted conociera; en realidad, por una remota coincidencia da por sentado que un remoto descendiente ha viajado hacia atrás en este sistema para echarle un vistazo a usted. Puede incluso parecerse a usted y usted puede alejarse plenamente convencido de que ha visto a su propio doble, lo que los alemanes llaman un *doppleganger* y que debería ser un presagio de alguna clase. También explica el extraño fenómeno de los llamados fantasmas de familia que aparecen en algunos momentos trascendentales. Miembros de familias nobles aseguran que poco antes de que un viejo conde, duque o barón muera, aparece siempre un fantasma. Esto es simplemente porque la muerte de un hombre de estado importante o de un miembro de una familia noble es un acontecimiento de históricas consecuencias, particularmente en una sociedad como la de ustedes donde los títulos no son conocidos y donde los honores son concedidos solamente en tiempo de vida. Tiene que ser conseguidos no heredados.

»Sin embargo, me estoy desviando del tema. Pongamos un joven, pero lejano descendiente de una de las más antiguas familias nobles, que quiere saber qué fundamentos históricos condujeron a la supervivencia del holocausto, porque aunque muchas bibliotecas

principales metropolitanas fueron destruidas, en muchas pequeñas ciudades, algunas verdaderamente valiosas fueron preservadas; por esta razón, esta civilización ha sido capaz de levantarse de nuevo sobre sus propias cenizas, tan rápidamente. Pero estoy divagando de nuevo. El joven, históricamente interesado, descendiente de una antigua familia nobiliaria desearía viajar hacia atrás en un canal de observación para echar un vistazo. Y naturalmente la muerte del tatarabuelo sería mucho más importante que cualquier día de la vida del tatarabuelo, y por dicho motivo el visitante del fu uro sería visto poco antes de que aquel acontecimiento tuviera lugar. O puede ser que no supiera exactamente la fecha, sino que sólo supiera que había sido en verano de tal o cuál año, por lo que aparecería en distingas ocasiones..., pero tal vez estoy molestándoles...

—No, en absoluto —le aseguró Dai Morgan—, no nos molesta en modo alguno. Es muy interesante lo que nos está contando. Eso explica una serie de cosas completamente inexplicables de otra manera. Sólo desearía que sus leyes no fueran tan duras. Nosotros no nos enorgullecemos de ser una maravillosa sociedad, tenemos muchos defectos y la mayoría de nosotros creo que estaríamos dispuestos a reconocerlos; por causa de estos defectos tan graves parece ser que tendrá lugar un gran holocausto atómico.

—Entenderá los caminos probables, si se lo explico —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo.

—Hace un rato yo mismo estuve hablando de esto —dijo Dai—, pero no parece muy verosímil.

—Oh, sí —exclamó el jefe de la patrulla del Tiempo—, es muy verosímil y probable, en realidad puede ser científicamente probado por los matemáticos de nuestra sociedad, que están muchísimo más adelantados que ustedes...

—Me gustaría aprender algo de ellos, puede estar seguro —dijo Tim O'Riley.

—Bien, tal vez se presente la oportunidad —dijo el jefe de la patrulla del Tiempo—. Sin embargo, me he vuelto a despistar. —Girándose hacia Dai Morgan, prosiguió—: Existe un gran peligro en las mitades de su siglo XX de que estalle una guerra atómica, pero el buen sentido común puede también prevalecer. Si estalla una guerra atómica entonces se encontrarán ustedes en esa especie de mundo post-holocausto, pero existe también otra probabilidad que es la existencia de un fu. uro igualmente ideal. Es posible cruzar, como observador, de una probabilidad a otra, en realidad incluso, es posible interferirse en algunas, pero las consecuencias en metafísica cósmica

es tan compleja que no me .atrevería a entrar en maquinaciones de estos procedimientos particulares. Baste decir que si prevalece el sentido común, su paso por lo Ideal será mucho más fácil que si estallara la bomba.

Su voz cambió y se tornó con cierta nota de profundo y grave aviso.

—En realidad una de las probabilidades sería que los mutantes vencieran. ¿Pueden imaginarse un mundo ocupado, lleno de cosas como esos blancos y translúcidos mutantes que ustedes vieron en el laberinto subterráneo?

—He virado el círculo entero, señor —avisó uno de los hombres de la patrulla del Tiempo, súbitamente.

—Gracias —dijo el jefe—. ¡Quite!

La nave pareció vibrar sólo muy suave. Era la única sensación que notaron los astronautas.

—¿Cuesta mucho? —preguntó Dai Morgan con interés.

—Ya diría que es probablemente un asunto puramente relativo, ¿no? —preguntó el matemático irlandés.

—Temo que sólo podré responder a su pregunta algo imperfectamente —dijo el capitán de la patrulla del Tiempo—. Distribuimos nuestras obligaciones con gran extensión, mi piloto sabe la manera de colocarnos en un tiempo, determinado, lo cual es una de las más difíciles materias que se estudian en algunas de nuestras Universidades; comprenden ocho años de estudio intensivo y dos años más de aprendizaje práctico. La parte judicial y algunos otros aspectos de la parte militante de nuestro trabajo pertenecen a otros oficiales especializados, pero trataré de responder a sus preguntas en lo que me sea posible. No voy a preguntarle a mi piloto para que les responda, probablemente estarían ustedes ocho años aquí si le preguntaran a él. En la práctica es casi instantáneo. Es mucho más difícil pasar un curso que viajar en realidad. Está íntimamente relacionado con la teoría de la Relatividad que fue empezada por la magnífica inteligencia de Einstein, contemporáneo de ustedes...

—Sí, murió hace poco tiempo —dijo el irlandés—, y el mundo ha quedado muy desvalido con su falta.

—Ahora estamos ya en movimiento, aunque haya apenas sensación alguna, aparte de esta ligera vibración que sin duda ya deben ustedes haber notado —dijo el jefe de patrulla.

El irlandés movió la cabeza.

—He supuesto al empezar a notar esa vibración que algo por el estilo sucedía.

Hubo un silencio de algunos minutos. Gradualmente las vibraciones fueron disminuyendo las frecuencias retardadas; la nave quedó quiera; la vibración cesó por completo.

—Ahora, caballeros, debo decirles una cosa más antes de comunicarles dónde estamos. Hemos sido capaces, gracias a los medios de arqueológica exploración, de reconstruir su calendario del siglo XX con total grado de seguridad. Afortunadamente, aunque difícil, existen medios de saber las fechas. Gracias a ello liemos podido superar el embrollo de los años medianos, al decir embrollo me refiero al período inmediatamente posterior al conflicto y al levantamiento de nuestra propia ciencia, de manera que sabemos con uno o dos años dónde estamos.

Dio la vuelta a la luz azul del compartimento de la alacena y sacó al indignado escocés de su parálisis eléctricamente inducida. Entonces el jefe de la patrulla del Tiempo, habló:

—Al otro lado de esta puerta, caballeros, es el año diecisiete mil novecientos cincuenta y seis...

—¿Quiere usted decir que cerca de dieciséis mil años han transcurrido desde que nosotros fuimos lanzados al espacio con el proyectil? —murmuró Bob Walters, aturdido.

—Dieciséis mil años —repitió el jefe de patrulla, fríamente. Podía haber hablado con el mismo tono de minutos o segundos. Su voz carecía por completo de emoción.

Leslie Scott, el duro norteño, había podido oír toda la conversación a pesar de su encarcelamiento en la alacena. Ahora sentía crecer de nuevo su indignación, pero había aprendido a reprimirla limitándole a expresarse simplemente con palabras.

—¡Espléndido! —rugió—. Salimos accidentalmente de mil novecientos sesenta y dos, aterrizamos donde sólo el diablo sabe a cuantos siglos más tarde, cometemos el crimen de salvar la vida de una muchacha de un verdadero peligro, arriesgando nuestras vidas, y ahora usted se cree con el derecho de formar un tribunal cuya jurisdicción no reconocemos en el año diecisiete mil novecientos cincuenta y seis.

—Por aquí...—dijo el jefe de patrulla fríamente, mientras dirigía a los astronautas para que salieran de la nave del tiempo.

CAPITULO XX
EL TRIBUNAL SUPREMO

El jefe de la patrulla del Tiempo condujo a los cinco desventurados astronautas a un edificio alto, maravillosamente proporcionado de generosas dimensiones. Una puerta se abrió automáticamente cuando ellos estuvieron cerca. Le siguieron al inferior y la puerta se cerró tras ellos tan silenciosa y automáticamente como se había abierto. En el aire había una delicada fragancia de suave pino.

La habitación dentro de la cual fueron dirigidos era la sala más maravillosamente amueblada y decorada que nunca hubieran visto. No era ni excesivamente lujosa ni voluptuosa, sino maravillosa en el más completo sentido estético de la palabra. Tenía una belleza intrínseca. Había belleza decorativa y belleza de diseño. Era una habitación espléndida. Era una habitación de ensueño. Colores deliciosos por todas partes, combinando cada uno con sus vecinos con una perfección cromática.

Los astronautas quedaron parados contemplando silenciosamente la soberbia panorámica que les rodeaba.

—Este es uno de nuestros apartamentos puramente funcionales —explicó el jefe de patrulla, tranquilamente—. Sirve tan sólo como antesala para el centro patrulla de interrogación. Sin embargo, veo que les ha dejado sin habla, admirados.

—Es soberbia, desde luego —indicó Leslie.

Su antagonismo e indignación se habían evaporado en aquella habitación magnífica.

—Es de una belleza indescriptible —susurró el *cockney* Bob Walters.

—¡Repámpanos! Es la habitación más preciosa que he visto en mi vida —exclamó Tim, con fervor irlandés.

—Es la cosa más increíblemente maravillosa que he visto jamás, ya ve —acordó Dai Morgan.

—Posee la suficiente belleza de diseño y forma para mantener a un hombre feliz contemplándolo durante diez años —murmuró con profunda voz el hombre del Oeste.

El jefe de patrulla del Tiempo parecía plenamente satisfecho de la impresión que había causado aquella habitación a los cinco astronautas.

—Pues les aseguro otra vez —dijo tranquilamente— que hay lugares de específica belleza, nuestras galerías de arte y nuestros parques de esculturas, por ejemplo, donde la decoración de ésta

habitación les parecería funcional y primitiva en comparación.

—Estoy empezando a comprender lo que quería decir al nombrar a su Sociedad Ideal —murmuró Leslie Scott.

—¿Está empezando a comprender también que vale la pena ser defendida? —preguntó el jefe de la patrulla del Tiempo.

—Posiblemente —respondió Bob Walters—. Sin embargo, no me gustaría decir que el fin justifica los medios, ni siquiera para conservar esto, por muy magnífico que sea.

Una arruga de preocupación cruzó la frente del jefe de la patrulla. Su rostro se oscureció un poco por el profundo conflicto emocional que se desarrollaba en su mente.

—Este es un problema ético de gran complejidad —murmuró muy suavemente.

—Así, pues, ¿usted no está enteramente satisfecho con su propio sistema legal? —preguntó Morgan esperanzadoramente.

—Por el contrario —dijo el futuriano—, estamos más que satisfechos con él. Es el sistema legal por excelencia. Es el código legislativo más excelente nunca inventado. En un noventa y nueve coma, nueve por ciento de sus funciones es justo y honrado en un grado que las mentes de su siglo XX no podrían jamás llegar a concebir. Pero es precisamente esta décima de porcentaje el que desgraciadamente concierne al caso de su transgresión, donde hay lugar para un cierto reproche.

—¿Quiere usted decir que no se siente feliz por la clase de castigo que reciben los malhechores por transgredir lo que usted llama leyes de Uni-tiempo? —preguntó Tim.

—Esa es precisamente la cuestión —convino el jefe de patrulla—. Éticamente ustedes merecen únicamente alabanzas por su valor. Moralmente no merecen más que elogios. Pero teleológicamente ustedes han violado nuestras leyes, y la violación teleológica es el crimen más serio de nuestro calendario. Nuestros psicólogos pueden intervenir en cada tipo de mente criminal desde asesinos hasta carteristas. No existe delincuencia juvenil. Nuestras prisiones son por lo general monumentos históricos. El hombre ha aprendido que el crimen es una enfermedad de la mente y esto es tratado con simpatía. Nuestra sociedad tiende a curar al criminal no a castigarle. Si alguna vez un criminal es incurable o es un serio peligro, es entregado quietamente y sin dolor alguno a la Perfecta Justicia que está más allá, incluso, de los actos mejor intencionados del hombre.

—¿Quiere usted decir que si no pueden reformar a un hombre su sociedad le liquidan? —preguntó Bob Walters, con aturdida

consternación.

—Preferimos llamarlo eutanasia —dijo el jefe de patrulla, fríamente.

—¿Es necesario con mucha frecuencia? —preguntó Dai Morgan.

—Dos o tres criminales son puestos a dormir cada año —respondió el futuriano—. Representan un insignificante porcentaje con nuestra población tan grande —añadió.

El rudo Scott le miraba desafiante.

—Había pensado que ningún hombre estaba totalmente fuera de redención —dijo ceñudamente.

—¿Hubiera usted ahorrado las vidas de los mutantes blancos? —preguntó el futuriano.

Leslie quedó unos momentos silencioso.

—Creo que no hubiera aprobado su muerte a sangre fría —respondió al fin.

—Sin embargo, no ha tenido remordimientos de conciencia por matarles a docenas por salvar a la muchacha —dijo con cierta ironía el futuriano.

—Comprendo lo que quiere usted decir —convino Leslie, que había quedado sumido en profundos pensamientos.

—No condene una legislación y un sistema de moral y ética que no comprende, a menos de que pueda reemplazarlas por un sistema demostrablemente superior —murmuró el jefe de patrulla.

Por una vez Leslie fue incapaz de encontrar una respuesta adecuada para argumentar. Se sentía muy feliz por la posición que había alcanzado su discusión, y no tenía deseos de dejarlo en aquella coyuntura poco satisfactoria, pero se veía incapaz de añadir ninguna idea constructiva a todo cuanto ya había dicho.

—Admitiré que es un problema —gruñó el jefe de patrulla abriendo una puerta corrediza que daba a otra habitación.

Los astronautas se dieron cuenta de que las puertas eran automáticas. El futuriano había colocado su mano en una especie de mecanismo oculto. Probablemente por razones de seguridad, decidió Bob Walters.

Los cinco hombres de mil novecientos sesenta y dos siguieron al jefe de patrulla a la otra habitación contigua. Era un gran adelanto comparado con la primera que habían visto, y íes pareció también magnífica. Era absolutamente estupenda. Los colores eran como un suelo de las noches árabes sólo que mucho más brillantes. La pompa de las extravagancias del Oeste desaparecía bajo formas de insípidos pasteles. La habitación no estaba vacía.

Un hombre alto, muy delgado de edad aparentemente increíble, estaba mirándoles. Se pasó la mano suavemente por la barbilla bien rasurada y enarcó una ceja interrogativamente.

—Este es el Pensador de la Ley Swargfurts —murmuró su guía.

El anciano habló con el jefe de patrulla en una clase de esperanto muy avanzado. El jefe de patrulla le respondió en el mismo lenguaje.

Los astronautas del siglo XX les contemplaban encantados. Al fin el jefe de patrulla del Tiempo se giró hacia ellos con una alivia, da sonrisa.

—Son ustedes muy afortunados —dijo—. El Pensador de la Ley está dispuesto para argumentar su caso ante el Tribunal Supremo. No se siente muy confiado respecto al resultado, pero al menos pueden tener ustedes la satisfacción de saber que el mayor cerebro legal del país está de su parte. —El jefe de patrulla hizo una pausa—. En realidad no le he hecho justicia al Pensador de la Ley —añadió al cabo de un momento—. No es tan solo él mejor del país, probablemente es el mejor del mundo. Más aún, posiblemente es el mejor de todo el tiempo.

—Cuéntenme algo de esto —dijo Swargfurst girándose hacia ellos y hablando en el mismo inglés selecto que empleaba el jefe de patrulla.

Los astronautas le relataron su aventura.

CAPITULO XXI
JUSTICIA

El juicio estaba a punto de empezar. Había una atmósfera electrizante en la gloriosamente adornada sala de justicia. Comparado con los dos edificios que habían visto con anterioridad, éste era demasiado maravilloso para sus mentes del siglo XX, estaba más allá de su apreciación. Estaban admirados por su magnificencia, aturdidos por su majestad.

Swargfurst, girándose hacia el presidente del juicio, gloriosamente ataviado, comenzó a hablar, lenta y respetuosamente. Por deferencia hacia los prisioneros se expresaba en inglés, preciso, formal, académico; inglés con la exacta semántica del siglo XX.

—Empezaré por identificar a mis clientes al jurado, señor presidente. —Esperó que el oficial presidencial diera su consentimiento antes de proseguir para poner en efecto sus palabras. Tan pronto recibió la autorización del presidente, continuó—: En primer lugar, Usía, éste es Mr. Leslie Scott. Mr. Scott era un científico de investigación naval con el rango de capitán antes de embarcarse en la aventura que (tendría que conducirle a este jurado. El capitán Scott tiene cuarenta y tres años. Su país es Escocia, su tiempo mil novecientos sesenta y dos. Posee una carrera militar distinguida y honorable, antes de ser transferido a la Real Marina Británica, a petición suya, a fin de seguir ciertas líneas de investigación concernientes al combate en alta mar. A fin de poder efectuar dichas investigaciones estuvo frecuentemente expuesto a peligros verdaderamente personales, pero no le dio ninguna importancia. Su destreza y valentía le convinieron en uno de los hombres adecuados para la prueba de colocar un proyectil en órbita, dispuesto para el mes de julio de mil novecientos sesenta y dos. Incidentalmente era un sábado. —El defensor Swargfurst se detuvo un momento e indicó a Scott que se sentara—. Este caballero es el oficial aviador Paul Tregarth. Es de la parte suroeste del Reino Unido, conocido en otros tiempos por Cornualles. Su tiempo es mil novecientos sesenta y dos y cuenta treinta y nueve años. Posee también un amplio informe por valor acreditado durante la guerra, y está reconocido como uno de los mejores pilotos de pruebas. —El jurado observó detenidamente al poderoso Paul Tregarth, que dio un paso al lado tranquilamente cuando el defensor así se lo indicó. Dai Morgan se levantó—. Este es el doctor Dai Morgan, profesor de física de la Universidad de Cardiff. Su tiempo es mil novecientos sesenta y dos...

—¿Podríamos abreviar tiempo si dejamos sentado que todos los acusados pertenecen al mismo tiempo? —preguntó gentilmente el Presidente.

El defensor Swargfurst inclinó la cabeza.

—Gracias —dijo el Presidente, algo secamente.

—El doctor Morgan tiene treinta y siete años de edad —dijo el defensor. Le indicó a Morgan que se sentara. Tim O'Riley ocupó su lugar. El defensor decidió ajustarse a una nueva técnica.

—¿Tendría la amabilidad de decirnos cuál es su nombre? —preguntó.

—Timothy Neil O'Riley, para servirle —respondió el irlandés.

—¿Su edad, por favor?

—Cuarenta y un años, seis meses y cuatro días.

Se oyó un murmullo de risas ahogadas por la sala.

—Una precisión dada muy rápidamente —dijo el defensor—. Tal vez su respuesta a mi siguiente pregunta ayudará a explicar al jurado su pericia numérica. ¿Cuál es su profesión, Mr. O'Riley?

—Soy profesor de Matemáticas, decano, en la Universidad de Dublín en el país de Eire, conocido también por Irlanda, o República de Irlanda —replicó Tim orgullosamente—. Mi padre no tuvo jamás miedo de los Negrosˆ o Tostados y yo tampoco. Ciertamente no temo a este jurado. No lie hecho nada por lo que tenga que temer...

—Basta, basta, Mr. O'Riley. Me he dado perfecta cuenta de su indignación y estoy seguro de que comprenderá que estoy haciendo los máximos esfuerzos para favorecerle a usted y a sus colegas. Por favor, siéntese. —Tim le obedeció y el defensor hizo un gesto a Bob para que se acercara.

El *cockney* capitán Robert Walters dio su nombre con voz clara.

—¿Su profesión, señor? —preguntó Swargfurst.

—Soy piloto de pruebas —respondió Bob.

—¿Qué clase de reputación tenia usted dentro de su profesión?

—Creo estar considerado como un piloto de pruebas satisfactorio —respondió Bob, modestamente.

—Se está desestimando considerablemente en su valía, querido señor —dijo el defensor más bien rápidamente—. Tengo entendido que está considerado como uno de los tres mejores pilotos de pruebas de su tiempo. ¿Lo niega usted?

—No, señor —respondió Bob, quedamente.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Swargfurst.

—Treinta y cinco años.

—¿Es usted el más joven del grupo, pues?

—No puedo negarlo tampoco —respondió Bob, con una sonrisa.

—¿Considera que tiene usted una posición especial dentro del grupo?

—Tengo el privilegio de ser el capitán honorario.

—¿Cómo interpreta usted esas obligaciones?

—Me considero como un coordinador, más bien que como un oficial superior. No hacemos distinción de clases.

—¿Está intentando diseminar la culpa de su crimen?

—En absoluto, señor —respondió Bob calurosamente.

—Pero usted niega tener responsabilidad alguna. Usted asegura ser sólo *primus inter pares*, y no capitán. Usted dice que es solamente *el primero entre iguales*.

—No pretendía dar a entender esto, en cuanto a lo que a "responsabilidad" se refiere.

—¿Así pues, usted acepta la responsabilidad? —preguntó el defensor.

—Si mi equipo ha de verse totalmente libre de acusación estaré dispuesto a aceptar total y absolutamente la responsabilidad —concedió Bob, con voz clara y orgullosa.

—Gracias, Mr. Walters, por favor siéntese.

El defensor se giró hacia el presidente y a las hileras del jurado detrás de aquél.

—El objeto de mi introducción ha sido demostrar el carácter de los astronautas acusados —comenzó—. Son, sin excepción, hombres de calibre superior. Son valientes, leales y nobles. Sería un grave error de justicia si tales hombres fueran ejecutados por un crimen que estuvo más allá de su poder, para evitarlo.

—¿Tiene algún otro testigo, defensor Swargfurst? —preguntó el presidente.

—Sí, señor presidente.

—¿A quién desea llamar?

—Deseo llamar al mayor Zabor, jefe de la patrulla del Tiempo.

—Mayor Zabor —gritó un ujier de la sala con estentóreo tono.

—Mayor Zabor —repitió un ayudante de ujier algo más bajo que su superior.

—Aquí estoy —respondió el jefe de la patrulla del Tiempo, que había arrestado a los desgraciados astronautas.

—Tenga la bondad —le ordenó el presidente.

—¿Su nombre es Yaros Zabor? —preguntó el defensor Swargfurst.

—Sí.

—¿Y es usted mayor de la organización de la patrulla del Tiempo?

—Sí. Lo soy.

—¿Cuánto tiempo lleva con la patrulla del Tiempo?

—Veintitrés años, casi veinticuatro.

—¿Debe haber conseguido una gran experiencia en conocer a criminales de Tiempo?

—Sí.

—¿Se ha cruzado alguna vez con criminales de caracteres similares a los de estos astronautas de mil novecientos sesenta y dos?

—Nunca, señor.

—Gracias, mayor, por favor cuéntele al jurado con sus propias palabras lo que le llevó a arrestar a estos criminales que no tienen los caracteres de criminales.

Hubo un silencio estremecedor en la maravillosa sala del jurado. La atmósfera estaba tensa. El aire estaba lleno de tensión eléctrica. El mayor comenzó a hablar.

—De acuerdo con el normal procedimiento de observación, estábamos realizando las interferencias de Tiempo rutinarias para comprobación, cuando observamos que había una grieta en una nube férrea natural en el Tiempo que probablemente seguía el tejido y continuó, en el área designada 45386-55347 DXXZ en los mapas. Nos dispusimos a realizar un viaje que nos trasladaría al área afectada. Mientras tanto, haciendo pruebas de observación con sonido y visión, nos dirigimos a la zona peligrosa. Pronto nos dimos cuenta que un vehículo de órbita de mitades del siglo XX se había visto envuelto por aquella grieta de nube férrea y esto obligó a los cinco astronautas a encontrarse accidentalmente fuera de su propio tiempo y seguramente de su circuito. Tuvimos entonces la desgracia que se nos cayó un equipo menor de experiencia, lo cual retrasó nuestra salida por algún tiempo. Sin embargo, podíamos vigilar y observamos a los astronautas, que son ahora los defendidos, quienes fueron a rescatar a una muchacha humanoide que estaba a punto de ser dolorosamente ejecutada por los blancos mutantes. —Se detuvo—. Supongo que todo el jurado conoce de sobras las prácticas bárbaras de los blancos mutantes.

—No deseamos comentarios sobre este tema —dijo el presidente desabridamente.

—Por favor, prosiga —dijo el defensor.

—Los defendidos tuvieron éxito en su intento para rescatar a la muchacha y en la lucha murieron varios blancos mutantes.

El presidente golpeó la mesa con la pequeña maza que tenía en su mano derecha.

—No deseo escuchar nada más —exclamó.

—Pero, Usía, yo me opongo... —comenzó el defensor.

—Desestimada la oposición.

—La sentencia de este jurado es la muerte. Han interferido con una cultura inferior en otro camino de probabilidad. La ley no puede permitir esas provocaciones éticas o morales. Deben ser eliminados de su propio Tiempo. Han afectado al futuro. Deben purgar con el castigo. Mi sentencia es muerte. No hay apelación.

Se oyeron murmullos de simpatía.

—Señoría, ¿podría usted darme la definición de muerte? —preguntó el defensor.

—Deben ser puestos fuera de existencia —ordenó el presidente.

—Señoría, si ellos, si ellos no pueden ser sentidos en absoluto, ¿podría decirse que están fuera de existencia? —insistió el defensor.

—Sí —respondió el presidente, a regañadientes.

—Entonces permítame que les devuelva a su propia época, Señoría. Para todos los propósitos judiciales estarán entonces *fuera de existencia*.

Hubo un tumulto de aplausos por la brillante argumentación.

El presidente permaneció sentado en medio de un estupefacto silencio, durante largos segundos. Al final golpeó con la pequeña maza la mesa.

—De acuerdo —concedió—. Devuélvales a mil novecientos sesenta y dos.

FIN